



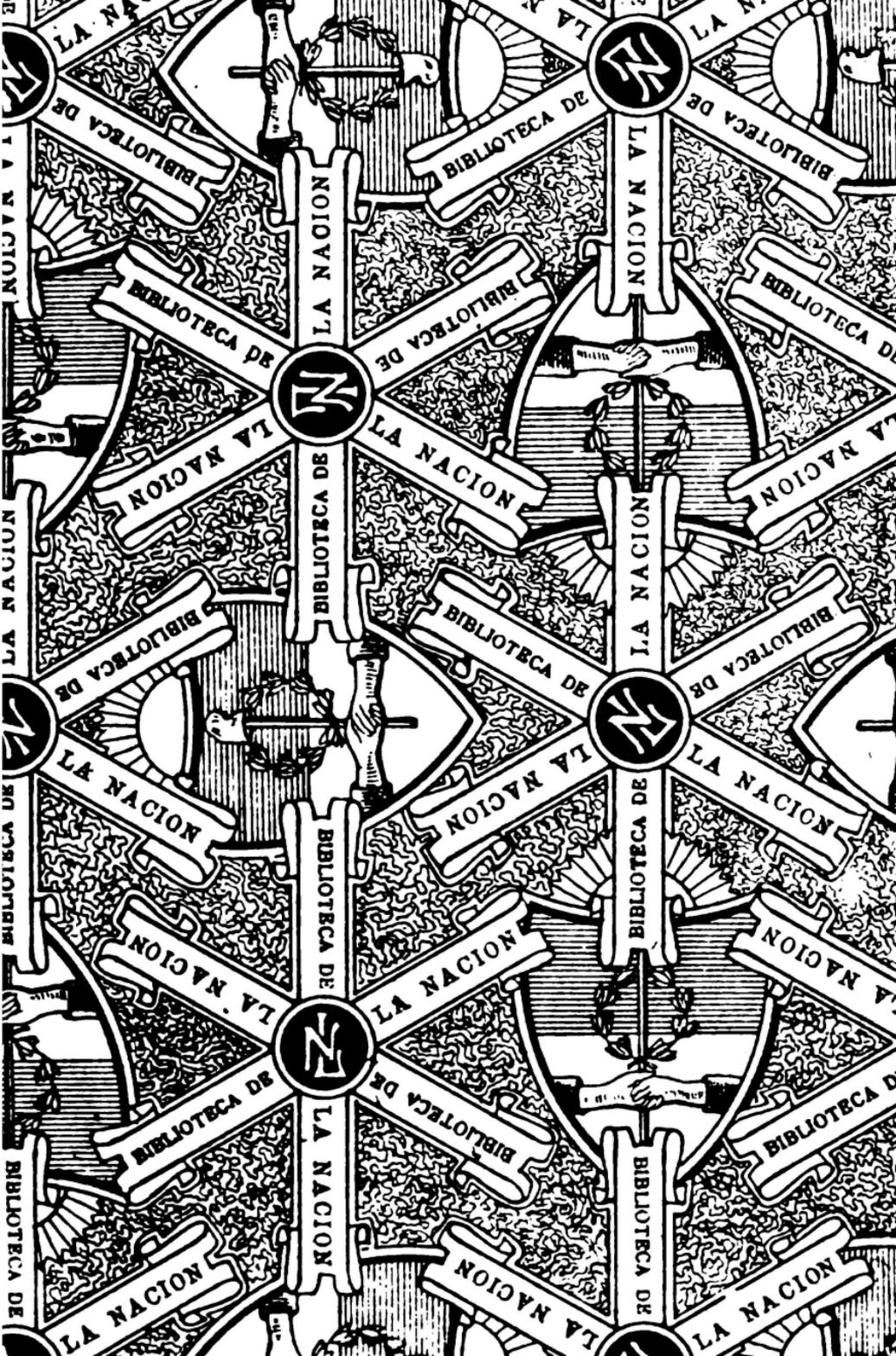
BIBLIOTECA DE "LA NACION"

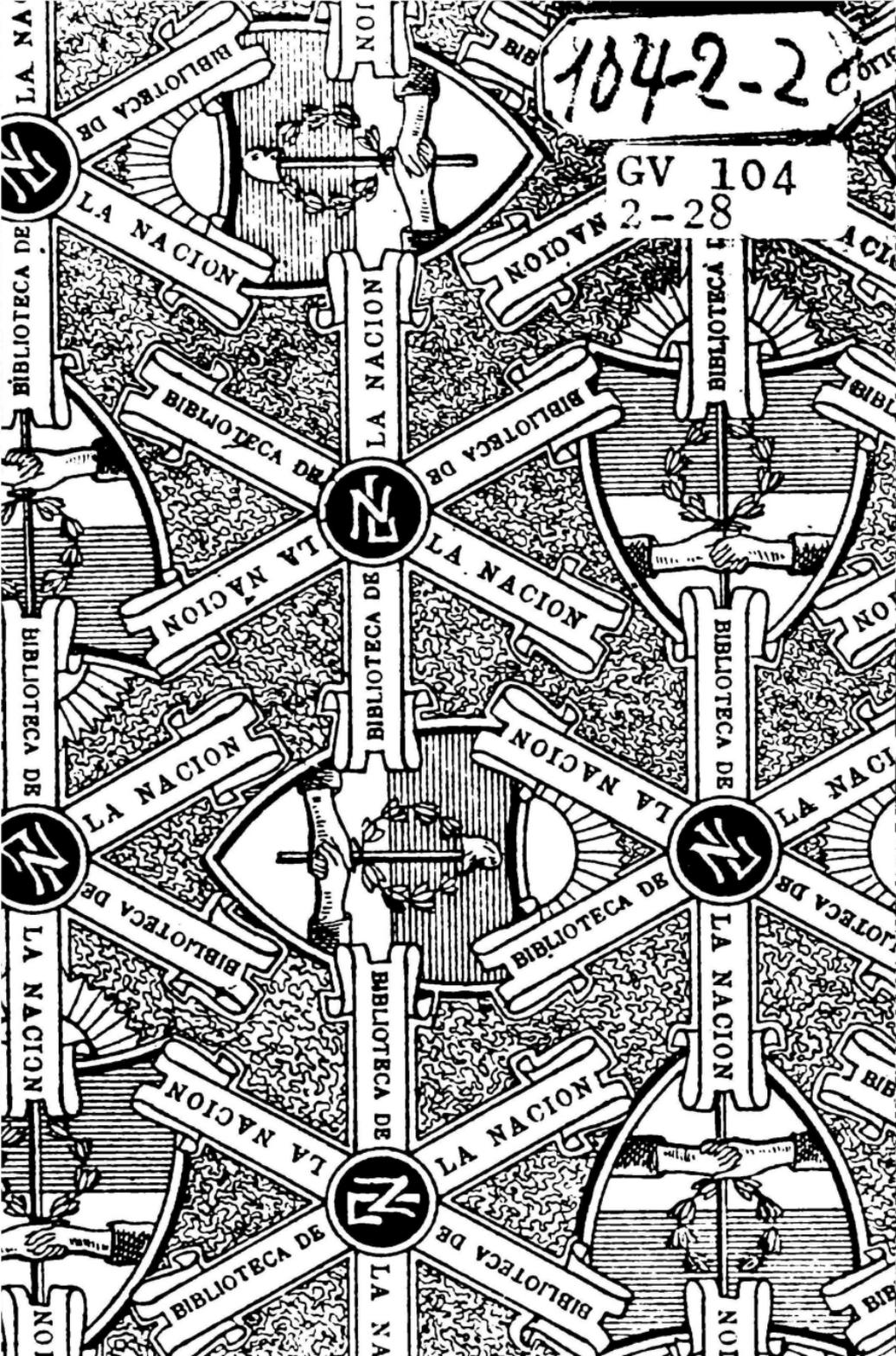
C. O. Bunge

Viaje á través de la estirpe
y
otras narraciones



VOLU 342 MEN





104-2-28

GV 104
2-28

BIBLIOTECA DE LA NACION

VIAJE Á TRAVÉS DE LA ESTIRPE

Y

OTRAS NARRACIONES



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

C. O. BUNGE

VIAJE Á TRAVÉS DE LA ESTIRPE

Y

OTRAS NARRACIONES



BUENOS AIRES

1908

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
I.—Teresa.....	7
II.—Asrael.....	17
III.—Darwin.....	25
IV.—El Génesis.....	35
V.—Las primeras especies.....	43
VI.—¡Adelante!.....	53
VII.—El hombre-mono.....	61
VIII.—El hombre primitivo.....	69
IX.—El hombre salvaje.....	79
X.—El hombre civilizado.....	85
LA SIRENA.....	93
I.—La aparición de la Sirena.....	95
II.—La pesca de la Sirena.....	109
III.—La fuga de la Sirena.....	125
¡UN VALIENTE!.....	137
LA PERFDIA FEMENINA.....	155

VIAJE Á TRAVÉS DE LA ESTIRPE

I

TERESA

Lector, si eres bueno, deséote con toda el alma que jamás hagas sufrir, por tus caprichos y genialidades, á un sér débil y querido. Piensa que algún día puedé morirse en tus brazos. Piensa que entonces, al verle morir, sabrás que en la vida hay también penas del infierno. Sabrás que ciertos recuerdos suelen convertirse en víboras del remordimiento, que hacen su nido al calor de nuestros pechos, para clavarnos en el corazón sus colmillos agudos y ponzoñosos.

Fué al sentir agonizar á mi esposa entre mis bra-

zos, cuando por primera vez comprendí las angustias de esos remordimientos... ¡Teresa se moría! ¿Para qué me servía ahora mi clínica tan ponderada? ¿Para qué mis largos estudios, mis obras y experimentos, mis teorías y drogas?

Desahuciada por la ciencia, la religión prestóle sus últimos auxilios. Después del médico, el sacerdote. Había confesado, comulgado y recibido los Santos Oleos. Sus ojos fluctuaban sin mirada, crispábanse sus manos sobre las sábanas, su boca se contraía en un gesto de supremo dolor, ¡y ya se iba, ya se iba para siempre, ella, la pálida y silenciosa peregrina de este valle de lágrimas!...

«¡Adiós, Teresa, mi dulce y resignada compañera! Te alejas de mí como hacia mí llegaste, con las manos llenas de rosas, las rosas del perdón. Tu yo, que era efímera ilusión de tu organismo, se ha extinguido en la eternidad con tu última sonrisa. De tu figura gallarda no quedará pronto más que un puñado de osamenta y podredumbre. Tu cuerpo, tan casto y tan fecundo, tu cuerpo de esposa y de madre, no será ya más que pasto de gusanos... ¡Adiós, alma de mi alma, carne de mi carne, sangre de mi sangre, oh, Teresa!» Así ex-

clamé sollozando y bebiéndole en los labios el postrer aliento...

Al arrodillarme después al pie del que antes fuera nuestra tálamo nupcial, ahora su tálamo mortuario, pasó rápido por mi mente el recuerdo de nuestra vida común. Había sido ella la amante y el amigo. Nuestro matrimonio pudo ser el más armónico y feliz, si no viniese, ¡ay! en mal hora á turbarlo la pésima índole de nuestros cuatro hijos. Sus desmanes y faltas habían amargado nuestros últimos años... ¡Y de esa amargura moría mi pobre, mi adorada, mi única Teresa!

Es que no sólo sufría por sus hijos. Ahora, yo mismo, desventurado de mí, comprendo cuánto contribuí á exacerbar sus penas. Acaso yo he sido el principal autor de su muerte. ¿Cómo? Avergüénzome de recordarlo...

Nuestro enlace fué de amor. Por amor me casé con ella, pues su posición social era inferior á la mía. Por amor se casó ella conmigo, no siendo avara ni ambiciosa. Su modesta y sensible naturaleza no le dejaba otro papel en la vida que el de mujer de hogar. Y mujer de hogar era, y virtuosísima.

En los primeros años de casamiento, no sólo nos

queríamos, si que también nos respetábamos. Sus gustos eran mis gustos, mi voluntad era su voluntad. Nunca habíamos tenido ni la menor contradicción ó diferencia... hasta que nuestros hijos crecieron y demostraron, ¡ya incurablemente! sus sentimientos plebeyos y sus torpes pasiones.

Al principio marchábamos de acuerdo sobre su corrección y disciplina. Pero, con el andar del tiempo, brotó en mi alma una idea venenosa, como semilla de cicuta que cae en campo fértil...

Recordaba yo que mi finada madre opuso decidida resistencia á mi casamiento. «Una mujer de tan bajo origen como Teresa, decía, no podrá hacerse feliz, pues no te dará jamás hijos dignos de ti... Los caballeros nacen de damas y no de criadas.» Atribuyendo yo esa oposición á un desmedido orgullo de casta, supe vencerla... ¡Era tan buena y tan graciosa Teresa, á pesar de su cuna! Porque, en efecto, mi mujer había sido criada de servir, ó poco menos. No obstante, mi cariño supo formarla y educarla. ¿Cuál maestro más eficaz que el Amor?...

Mas he aquí que un buen día la experiencia parecía dar razón á mi madre: ¡mis hijos no resulta-

ban dignos de mí! Francisco, el mayor, era un borracho consuetudinario; Luis, el segundo, sabía apenas leer; el tercero, Fernando, era débil de espíritu; el último, Pedro Ignacio, valía aún menos que los demás... Y en todos eran típicas la pereza y la amoralidad. Tales habían nacido. La esmerada educación que yo les diera fué vana, y me temo que hasta contraproducente...

Orgullosa como yo me sentía de mis abuelos, hidalgos en Castilla y patricios en América, no podía atribuir á la herencia de mi raza la inferioridad de mi prole... ¿Cuál sería, entonces, la causa eficiente de esta inferioridad, sino la plebeyísima sangre de mi esposa?... Y la palabra de mi madre, felizmente muerta antes de que crecieran sus nietos, repetíase en mis oídos como las voces de un disco único en el metálico pabellón de un fonógrafo: «Teresa no te dará hijos dignos de ti. Los caballeros nacen de damas y no de criadas...»

La preocupación de que mi esposa era la involuntaria culpable de los vicios y yerros de mis hijos, llegó á hacerse en mí casi una idea fija y obsedante. Y lo peor fué que, en hora de exasperación, sin poderme dominar, se la enrostré acerbamente...

¡Ella, la infeliz, habíala adivinado ya, y se desolaba en llantos solitarios, como abochornada por falta inconfesable!

Una vez hallada la forma de desahogarme al inculparla, continué inculpándola, con ocasión de los frecuentes desórdenes de nuestros hijos. Teresa escuchaba mis palabras vibrantes de cólera, siempre en silencio, sonriendo con mortal tristeza. ¡Y era tanta mi propia pena de padre, que yo no veía su pena de esposa!... Sólo ahora comprendo cuán injusto y egoísta es á veces el dolor.

Una vez, como yo me extralimitase en una explosión febril, ella me observó mansamente, con su trémula garganta de cristal:

—Tienes el pecado del orgullo, Lucas. ¡Y Dios puede castigarte!

Yo le repliqué pronta y dolorosamente:

—¿Qué más castigado de lo que estoy?

Después de una pausa, con la entonación de una sibila, lentamente y como pensando las palabras:

—Más castigado serías—me repuso,—si Dios te demostrara que es *tu* raza y no *mi* raza la causa de la triste degeneración de nuestros hijos...

—Dios, si existe, no demuestra lo imposible...

—Para Dios no hay imposible.

Por toda respuesta me ref con sarcasmo... Así, por el sarcasmo, solían terminar mis admoniciones, pues su mansedumbre, lejos de calmarme, irritaba más y más mi delirante mordacidad. Y cuando esta mordacidad rayaba en despiadada burla, ella plegaba la triste sonrisa de sus labios, dando á su rostro una máscara pálida é impávida, con la mirada indecisa y como fija en insondables lejanías...

Entonces parecía no oirme. Sin embargo, me oía, ¡me oía siempre, con el alma desgarrada y sangrando!... Me oía y me oyó hasta desesperarse y caer aniquilada y agonizante... ¡Y yo, al cabo, comprendí la neurótica crueldad de mi conducta, cuando era demasiado tarde, cuando ella se moría en mis brazos! Perdóname, Teresa, ¡oh estrella de mi vida! Desde que te apagaste, sólo reinan sombras en mi camino. ¡Perdóname, pues, y espera, que pronto iré á reunirme contigo, en el valle de la Muerte, espera!

Su enfermedad física no tuvo nada de particular. Murió de cualquiera de esas dolencias á órganos vitales que nosotros los médicos, ¡los sabios! llamamos con sus bárbaros nombres técnicos y ca

lificamos de graves. Fué en el período agónico cuando se produjo su raro caso de lo que eruditamente se denomina «euforia», el curioso fenómeno de la suprema lucidez mental de ciertos moribundos. Fué en plena agonía cuando ella se incorporó y me dijo, con voz tan desfalleciente que la percibí más con el alma que con el oído:

—Muerdo con una esperanza, Lucas... Muerdo con la esperanza de que Dios te ilumine, antes de que abandones la tierra, y te demuestre *con tu propia ciencia*, que no es mi humilde cuna, la causa de la miseria de tus hijos. ¡Lo verás, lo verás, dejando entonces de maldecir mi nombre y mi memoria!... Yo te he querido sobre todas las cosas, Lucas, y ahora mismo, al morirme, ¡Dios me perdone! mi mayor deseo es recuperar tu aprecio para que me sigas queriendo después de la muerte. ¡Hasta pronto, Lucas!

Cubriéndole las espirituales manos de besos y de lágrimas, yo balbucí incoherentemente:

—Nada me importa ya de mi ciencia... Muerta tú, Teresa, ni mis hijos me importan... Y ellos ya se corregirán, con el tiempo...

—No, nuestros hijos no se corregirán—inte-

rrumpió la moribunda.—Bien lo veo. Ellos infamarán nuestro nombre, tu nombre... Eso no tiene cura. Pero tú, tú me interesas más que ellos ; ya ves como, despedida ayer de ellos, hoy no los llamo... ¡Y si tú te alejaras de mí, Lucas, moriría desesperada !

—En la vida ó en la muerte, yo no me apartaré de ti—le repuse arreglándole la cabellera que le caía sobre el rostro...

Su pulso pareció detenerse, y ella, con voz tan débil que diríase un eco de otros mundos, murmuró aún :

—¡Dios me ha oído!... ¡Dios me ha oído!... Y tú sabrás, Lucas, tú sabrás...

II

A S R A E L

Algo sobrehumano se produjo entonces en mí. ¿Cómo definirlo, cómo expresarlo siquiera?... Era una sensación de pesadilla... Evidentemente, yo comprendí que ella, la compañera de mi vida, el alma de mi alma, se moría... Y, sin embargo, en vez de estallar en sollozos, una alegría triste y como luminosa me embriagó, llenándome de paz. Díriase que Teresa me comunicaba su «euforia», su videncia de agonizante...

De rodillas, al borde del lecho, dejé caer mi cabeza sobre las colchas. Estuve así un gran rato. Y vi que la moribunda se erguía y levantaba, diciendo :

—Vén, Lucas, sígueme. Ha llegado el momen-

to de demostrarte cuán injusto has sido conmigo. Los bajos instintos de nuestros desgraciados hijos han sido heredados, más que de *mis* plebeyos padres, de *tus* aristocráticos abuelos. Ha llegado el momento de que conozcamos toda la verdad. Yo lo he pedido á Dios para que tú respetes mi memoria. Y Dios me lo ha concedido.

—¿Qué te ha concedido Dios?—preguntéle poniéndome de pie, sin saber lo que hacía y decía, como en un sueño.

Ella repitió:

—Ya lo sabrás. Vén, Lucas, sígueme.

Y se acercó hacia mí, llena de mortal belleza, envuelta en una como túnica ó mortaja de lino. Me tomó de la mano, y ambos avanzamos á través de un limbo poblado de sombras y penumbras.

Marchando en un silencio aterrador, yo exclamé de pronto, conmovido y alborozado:

—¡ Ah, ya comprendo! No te has podido separar de tu esposo, esposa querida, y en cuerpo y alma me llevas al valle de la Muerte. ¡ Esta es la especial gracia que Dios te ha concedido!... ¡ Feliz idea tuviste al pedirla, porque yo tampoco hubiera podido separarme de ti!

Ella meneó negativamente la cabeza y dijo:

—Nadie morirá antes de su hora. Nadie entrará antes de morir al valle de la Muerte...

—Entonces, ¿á dónde me llevas? ¿Te irás tú para la eternidad y me dejarás solo y perdido en este limbo indescriptible?...—pregunté angustiosamente, mirando las sombras y penumbras que me rodeaban.

—Aun no. Antes de ir á tenderme en el féretro, quiero velar sobre ti, en la última peregrinación que harás por la tierra...

—Vendrás conmigo... Pero, ¿á dónde, á dónde?...

—Vas á verlo... ¡Dios, que es omnipotente y misericordioso, me lo ha concedido!... ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Iba á preguntar algo más, cuando súbita visión paralizó mi lengua en santo terror. En un lejano y nebuloso horizonte, del centro de un sol de sangre que se disolvía en las sombras, blanco y radiante, surgió un arcángel. Y vino hacia nosotros.

—¡Salve!—nos dijo.—Soy Asrael, el Angel de la Muerte y de la Agonía.

—¡Salve!—repetimos Teresa y yo, con honda reverencia.

Y dirigiéndose á mi esposa, dijo Asrael:

—Me manda el Señor de los Ejércitos á esclarecer los errores del padre de tus hijos, como tanto lo has pedido, Teresa.

Ella repuso:

—Cúmplase la voluntad del Señor.—Y, volviéndose hacia mí, agregó:— Adiós, Lucas. Sigue á Asrael.

—Adiós—contesté maquinalmente. Y seguí al Arcángel, mientras ella se alejaba, tal vez rumbo hacia el sepulcro, como viniera á mí en el lejano pasado de nuestra juventud, con las manos llenas de rosas.

Guiado por el Arcángel continué luego mi extraña peregrinación. Marchamos un gran rato en silencio, uno junto á otro, por una senda opalina y sonrosada. A ambos lados se extendían profusas y algodinosas nubes, que soles invisibles teñían caprichosamente con todos los tintes del iris: azul, anaranjado, amarillo, violeta, blanco, rojo...

Venciendo mi timidez, no pude menos de repe-

tir al Arcángel la pregunta que antes hiciera á Teresa :

—¿A dónde me llevas, Asrael?

—Yo no seré tú guía en el largo viaje que vas á emprender, Lucas—me repuso.—Voy á presentarte á un maestro que te conducirá y aclarará tus dudas mejor que yo.

¿Qué viaje? ¿Qué maestro?... Nada comprendía yo de todo eso. Y, no atreviéndome á formular nuevas preguntas, supuse que se me conducía hacia el mismo trono del Altísimo. Aunque descreído materialista, el alma mística de mis abuelos, que llevaba en mi propia alma, se estremeció como una hoja arrebatada por un huracán de otoño, y no pude menos de exclamar :

—El Señor Todopoderoso se dignará absolverme de mis pecados...

Asrael se sonrió irónicamente ; y yo, evocando los recuerdos del catecismo católico, que en la infancia aprendiera, cerré los ojos y traté de rezar mentalmente el *Confiteor*... No lo había terminado, cuando me dió en el rostro un soplo frío. Abrí ávidamente los ojos y me hallé en el centro de un abrupto páramo rodeado de tinieblas...

—Hemos llegado—me dijo Asrael, tendió sus alas y desapareció volando en el negro espacio como un gran pájaro blanco.

Me quedé solo y perplejo, vacilando entre el sueño y la realidad, y aun entre la vida y la muerte. Palpéme el cuerpo y noté que mi personalidad física existía aún. Entonces, lleno de miedo al sentirme abandonado en esas agrias y vastas soledades, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Asrael!

Y los ecos de las montañas escalonadas en anfiteatro, fueron respondiendo sucesivamente: «¡Asrael!... ¡Asrael!...»

Distraído en febriles preocupaciones, caminé al azar... Y á mi pasó se adelantó un alto y delgado anciano, de larga barba blanca, reluciente calva, fisonomía irregular y expresiva é inteligentísimos ojos. Vestía, él también, como el Arcángel, un amplio sayo blanco...

Pensé fuera el mismo Jehová... Pero no, ¡Jehová no podía tener un rostro tan humano, tan feamente bello!... Luego recordé, no sé cómo, á Moisés... Y deseché asimismo esta idea. Moisés debía presentar aspecto más sereno y primitivo... La fina

compleción de frente alta y la penetrante mirada de ese hombre anunciaba más bien un contemporáneo mío, acaso un tipo del futuro... ¡Yo había visto esa cara, sí, en alguna parte yo había visto esa cara!...

Y junto á mi oído sonó, muy lejana, vaga como una sombra, la voz de Asrael, que me decía :

—Este será tu guía en el viaje más extraordinario que realizase ningún ser humano durante su breve y miserable vida terrenal.

Dime vuelta buscando á mi alrededor al Arcángel, y en ninguna parte le hallé. Su voz vendría, pues, de la distancia. Yo estaba solo frente al anciano, que me saludó sonriente y con los brazos extendidos. Y preguntóme :

—¿No me conoces?

Por su tipo, por su voz, por algo vago é indefinible, se me ocurrió que era él un inglés, acaso alguna grande y pura gloria de Britania, escapada *post mortem* de su mausoleo en la abadía de Westminster...

—Te he tomado por Jehová mismo—le dije ;—pero ahora veo que eres un simple mortal...

El se rió sencillamente, interrumpiéndome :

—Lo fui, sin duda, lo fui...

—Creí haberte conocido en vida...

—De nombre, seguramente, ya que sobre tus hombros cae la toga del universitario.

Miré mi indumentaria, y vi que, efectivamente, armonizando con el austero conjunto, yo llevaba, en vez del trivial traje burgués, una antigua toga talar de las que todavía se usan en la Universidad inglesa donde fuera graduado. Por eso repuse al anciano:

—Es cierto, fui universitario, puesto que soy médico.

Se hizo una pausa. Y de pronto surgió en mí, como una chispa, una idea extravagante:

—¡Sí!... ¡Sí!... Yo he visto muchos retratos suyos... ¿No sería usted Darwin, el glorioso ex súbdito de S. M. B. mister Charles R. Darwin, M. A., F. R. S., etc.?

Y el anciano me repuso, como halagado de ser reconocido:

—En efecto, soy Darwin.

III

D A R W I N

—¿Es posible?—exclamé, añadiendo, para ser mejor informado:—Pero Darwin ha muerto hace ya muchos años...

—En 1882.

Se hizo un silencio, que el anciano interrumpió repitiendo:

—Moríme en 1882, y, no obstante, Darwin soy, en persona.

—Algún descendiente del gran naturalista...—agregué yo, por decir cualquier cosa...

El insistió, simplemente:

—Digo que soy Darwin, el autor del «Origen de las Especies» y de la «Descendencia del Hombre».

Aunque yo había previsto esta contestación, mi asombro crecía, si pudiese crecer...

—Mejor dicho—aclaró el anciano,—soy la sombra... ó el alma... del que en vida se llamó Charles R. Darwin.

Ante esta autopresentación, me incliné con la cortesía que corresponde á un caballero. Recordé el encuentro de Dante Alighieri con su maestro Virgilio, que iba á guiarle á través del infierno y el purgatorio. Y, pasándome las manos por los ojos, me pregunté de nuevo si soñaba ...

—No cabe duda—dije entonces en voz alta, hablándome á mí mismo,—esto es un sueño.

Y el anciano, con amable indulgencia, me respondió:

—La vida es siempre un sueño.

—Sí, un sueño. Mas un sueño coherente y lógico, y lo que yo ahora paso es en un todo disparatado y absurdo... Quienquiera que seas, hombre, fantasma ó visión, dime, ¿era, efectivamente, un Arcángel ese sujeto blanco y luminoso que hasta ti me trajo?

—Era Asrael, el ángel de la Muerte y de la Agonía.

—¿Y qué relación puede haber entre Asrael, ángel de la Muerte y de la Agonía, y... Darwin, el naturalista? Si él me hubiese guiado ante su Dios, Jehová, mi sueño habría acaso tenido la coherencia y la lógica de la vida. Hasta podría ser verdadero, sino precisamente real... Pero es á todas luces absurdo desde que mezcla á ese ángel con Darwin, el autor de una teoría materialista, absolutamente opuesta al idealismo cristiano. ¡Mercurio me presentaría á Júpiter, y no á Budha ó á Mahoma!

—Júpiter, Budha y Mahoma no son entidades tan contradictorias como supones, Lucas. Hay un fondo de verdad eterna, que diría la «unidad de la verdad», en todos los mitos y pensamientos humanos. Lejos de contradecirse y anularse recíprocamente, Mahoma, Budha y Júpiter, se complementan...

—Aunque así fuera — repliqué, — aunque las opuestas creencias religiosas presentáranse como congruentes y armónicas, no veo qué paridad ó conexión puede haber entre el ex súbdito de Su Majestad Británica, mister Charles R. Darwin, el gran sabio ateo, y Asrael, nuncio del Cielo...

—Ante todo debo manifestarte que el subdito que fué de S. M. B., mister Charles R. Darwin, no ha sido el ateo materialista que con frecuencia se le supone... Era de familia cristiana y sabía orar.

—Pero su teoría...

—Su teoría misma no es tan anti-religiosa como pretenden comentadores y críticos superficiales. En el Origen de la Vida, ó de la Materia, ó de la Fuerza, Darwin siempre halló un Principio Desconocido que puede llamarse Dios. Y en su fuero íntimo y secreto él adoraba á Dios, al Dios de sus abuelos. Por eso tal vez podía ahora su sombra... ó su alma... haberse encontrado con Asrael, nuncio de ese Dios de sus abuelos.

—No comprendo...

—Cosas hay que el hombre no podrá comprender jamás, y que, sin embargo, concibe... Acepta los hechos como son, y sígueme.

—Con el mayor gusto te seguiré, ¡oh, maestro!... Según he creído comprender, tú me guiarás en un viaje extraordinario... ¿Cuál será, pues, nuestro viaje?

—Viajaremos á través de tu stirpe.—Y como ya

no comprendiera esta respuesta, Darwin me la explicó claramente:—Vamos á recorrer en breves horas, siglos de siglos. Observaremos el génesis de la Tierra y el comienzo de la Vida. Veremos cómo, en un principio, se formó sobre la superficie que cubría el planeta la primera materia viva... Esta materia viva llegó pronto á organizarse en seres vivos todavía simplísimos. Estos seres son el germen de todas las especies organizadas: plantas y animales. Los primitivos seres unicelulares forman seres policelulares, que, flotando sobre el Océano, constituíanse luego en peces vaga y débilmente vertebrados. Ciertos peces, cuando emergen las primeras tierras, evolucionan hasta adquirir los caracteres de saurios, ó lagartos. De los saurios veremos surgir los mamíferos; de los mamíferos, ¡ el hombre !

—¿Qué oigo, maestro?—prorrumpí deslumbrado por la perspectiva de tan interesante viaje.—¿Me será permitido escudriñar el origen de las especies y leer el libro de la vida desde su primera página? ¿Es cierto que ante mis miserables ojos mortales pasará vertiginosamente la creación, como la cinta de gigantesco cinematógrafo?

—Cierto es. Ello te sucederá por singularísima gracia que ha concedido, en el trance de su agonía, á tu mujer, el plenipotente Dios de sus oraciones. El te lo permite para demostrarte que has sido injusto con la madre de tus hijos, pues que para explicar su degeneración bastan tus propios abuelos, sin contar los de ella... Por intercesión de tu Teresa llegarás á conocer, pues, algo del Misterio de la Vida, así como Dante excelso conociera, sin duda, por obra de la Beatriz que lo inspiraba, algo del Misterio de la Muerte.

—Pero, debo confesarlo—repuse á Darwin,—con ello no se me inflinge castigo alguno. Al contrario, nada me será más grato que nuestro viaje retrospectivo. ¡ Antes sería premio, que castigo !

—Teresa era demasiado generosa para castigar á nadie. Tengo para mí que ni el mismo Dios de los cristianos castigará en definitiva, pues los errores y pecados de los hombres provienen de una fatal concatenación de causas y no de su propia iniciativa... En todo caso, me temo también que nuestro viaje no te sea tan grato como supones. Sufrirás dolorosos terrores, al contemplar las más hórridas escenas que viera un hombre de tu siglo.

—¿Qué me importan—exclamé con arrogancia, —los más dolorosos terrores, si llegaré á descubrir la esencia de la vida, á conocer lo Incognoscible?

Darwin se acarició melancólicamente la larga barba blanca con su diestra descarnada, y me dijo:

—¡También te equivocas si crees que conocerás esa *Causa causarum* que mi genial discípulo Heriberto Spencer ha llamado lo Incognoscible! Lo Incognoscible escapa á las limitadas fuerzas humanas. Nada conocemos que no esté en nuestros sentidos y nuestra inteligencia, ¡y nuestra inteligencia es débil, y más débiles aún nuestros sentidos, por más que reforzamos la una con los pensamientos ajenos y los otros con aparatos complicados é ingeniosos! Un pensamiento ajeno, no es más que un pensamiento humano. Un ojo, nó será nunca más que un ojo, por más que use lentes, microscopios y telescopios. El infinito está fuera del alcance de nuestro finita capacidad. Ni por un momento, al exponer el origen de las especies, creí haber resuelto la Causa de las Causas. La gran incógnita persiste siempre y lo Incognoscible no será conocido. De ahí que coexistan siempre *dos mundos*; el de los fenómenos y la ciencia, el humano, y

el de los mitos y la religión, el superhumano. ¡Ya ves como no nos excluimos ni chocamos, yo, el naturalista Darwin, y Asrael arcángel!

Dicho esto, Darwin y yo nos pusimos en marcha, mientras yo decía al maestro, queriéndole demostrar mi excelente información:

—Siempre he pensado que la Iglesia Anglicana dió pruebas de admirable buen sentido y elevado criterio al hacerte gloriosos funerales y sepultarte junto á Newton, en la abadía de Westminster...

—Sin duda, un pueblo varonil é intelectual debe estimular á los presentes y futuros hombres de pensamiento, honrando la memoria de los que se produjeron en el pasado. Más que á la Iglesia Anglicana, al pueblo inglés debo y agradezco esos honores. ¡Mi vida entera fué consagrada á su gloria científica!

—Si ese pueblo inglés profesara la religión católica, la Iglesia te habría excluído de la abadía de Westminster...

—La Iglesia Católica me toleraría, como tolera hoy á Galileo. La evolución de las especies es ya casi tan evidente como la redondez de la tierra.— Y, tras una breve pausa, continuó, bajando la voz

hasta el punto de que apenas le oía:—Además, yo no he atacado á Dios. El hombre es un enemigo demasiado pequeño para Dios. Por mucho que descubra y comprenda, repito, nunca descubrirá ni comprenderá el Principio y el Fin. Y el Principio y el Fin, son siempre Dios, ¡la religión! Por eso, y tan felizmente para el alma mística del hombre, Dios queda todavía en su trono, ¡Dios estará eternamente en su trono!

—Lo creo. Si el hombre, con su nuevo desarrollo mental, comprendiera hoy lo incomprendible de ayer, *inventaría* lo incomprendible de mañana...

Al oír esto, Darwin me miró con extrañeza, diciendo:

—Tienes el espíritu filosófico del hombre de un siglo xx en el que yo no he vivido. Y quizá tengas razón. El hombre lleva á Dios en sí mismo. Lleva en sí mismo la aspiración de *crear* á Dios, en el mundo de su inteligencia. La psicología de Dios es así parte de la psicología del hombre. ¿Cómo negar entonces á Dios, sin negar al hombre?...

Y, continuando esta instructiva plática, mi guía y yo adelantamos á lo largo de un extraño sendero

de piedras calizas y metálicas, negruzcas y argentinas, que se abría entre las montañas y las sombras. Ante mi espíritu pasaban raros é indecisos panoramas. Pero no me sorprendían. Nada me sorprendía ya. Como durante el sueño, las improvisaciones más rápidas y las paradojas más absurdas me parecían lógicas y naturales. Todo lo comprendía como instintivamente. Cuanto veía me parecía un simple recuerdo de cosas anteriores. Y mis sentidos, sobre todo mi vista, se aguzaban como los de un animal nocturno que rastrea famélico su presa en una noche de invierno.

IV

EL GÉNESIS

La sombra se densificaba más y más ; cuando llegó á una obscuridad completa nos detuvimos... Y sin darme tiempo á la menor interrogación, inundóse de pronto el espacio de deslumbradora luz. Vi entonces que mi guía y yo nos hallábamos al borde de un inmenso abismo, sobre una como plataforma de piedra que nos servía de observatorio. En medio del éter universal, una inconmensurable masa luminosa giraba pausada. Luego alargó ancha cauda de cometa, enroscándose á modo de sierpe.

—Es una nebulosa salida de la masa del sol, ¡es la Tierra todavía incandescente! — me dijo Darwin.

Mudo de pavor, contemplé entonces el fenómeno cósmico de la solidificación del planeta, que, poco á poco, se apagaba y enfriaba rodando en el espacio. ¡Lástima que mi numen carezca de expresión suficiente para describir el indescriptible espectáculo! Era como una loca orgía de lumbre y de llamas...

Sólo pude exclamar:

—¡Qué miserable cosa es el hombre!

Y el maestro me repuso:

—¡La Tierra misma, aun el Sol y su sistema, bien poca cosa han de ser en el conjunto de lo infinitamente infinito!

Difícilmente pudiera yo calcular el tiempo transcurrido en contemplar aquella compendiadísima reproducción del génesis de la Tierra...

—El tiempo es una noción tan relativa...—háblame dicho el maestro.—Lo que ahora ves en momentos que te parecerán minutos, ha tardado en producirse, no miles de años, ¡millones de millones de siglos!

Efectivamente, mi espíritu se había desprendido de todo concepto de *duración*; no concebía más que la *anterioridad* y la *posterioridad*, es decir,

sólo se daba cuenta del orden sucesivo de los fenómenos... Y aun esa sucesión fenomenal tenía para mí mucho de inexplicable, y tanto que, sin saber cómo ni desde cuando, vi súbitamente que á mis pies se deslizaba un sendero, algo que se diría un terraplén rocalloso á través de las tinieblas del espacio. Por ese terraplén sentí que descendíamos con el maestro hacia la Tierra, en forma tan suave que se me antojaba incorpórea...

La enorme masa de gases incandescentes que componía la Tierra había apagado su luz propia y ya no reflejaba sino la luz del sol. El incendio universal parecía condensarse ahora en gases tan espesos como si fueran líquidos. Y estos gases, á su vez, se disolvían en un interminable océano de azuladas aguas que cubrió toda la superficie del planeta. A ese océano descendí, llevado por mi guía, y caminé sobre él, como el apóstol Pedro sobre la superficie del lago.

Pronto se formaron islotes, aquí y allá. Deteniéndonos en esos islotes, el maestro me mostró la vida que nacía en el seno de aquellos mares tibios y sin orillas, formando pequeños seres, invisibles aún. Reunidos después esos seres en miria-

das, aparecían ante mis ojos estupefactos como una gran mancha rojiza que flotaba sobre las aguas.

—He ahí, en esas plastidas ó células vivientes que flotan en su medio marino—me dijo el maestro,—el primero de tus antepasados.

—Animal ó vegetal... —añadí yo, á modo de complemento.

—Por ahora —aclaróme el maestro —no es ni animal ni vegetal. Es un simple núcleo de organismos celulares que hallan en el mar los indispensables elementos químicos para su alimentación.

—¿Y cómo se ha formado la vida de esas células vivientes?

—Pienso que por una mera transformación de energías físicas y químicas.

—Entonces, en su laboratorio, ¿podrá alguna vez el hombre producir experimentalmente la vida?

—Así lo creo—repuso Darwin después de una pausa,—al menos mientras se trate, no ya del complicado *homunculus* que pretendieran fabricar los alquimistas de los siglos medios, sino la manera

más simple y originaria del ser orgánico. Hay que principiar por el principio.

Durante nuestra conversación había cambiado un tanto el aspecto de aquel inmenso océano que cubría aún toda la superficie de la Tierra. Los densos vapores que antes se arrastraban tan perezosamente rozando las aguas, levantábanse ahora algunos pies para caer luego en grandes gotas de lluvia. Al contacto de esta lluvia, los que diría almá-cigo de infinitos animanúnculos vivos, se desple-gaban y disolvían.

—Mira ahí el primer modo de la selección natural—me dijo el maestro.—El líquido que cae como lluvia parece un mal elemento para esas pequeñas partículas vivas que nacieron en el agua marina. Casi todas mueren al contacto del agua dulce que las inunda. Sólo sobreviven una pocas, que serán los verdaderos ascendientes de los organismos vegetales y animales. Aunque otras tal vez hayan escapado hacia el seno del océano, adaptándose allí.

—Has hablado de organismos animales y vegetales, maestro—observé á Darwin.—¿Cuál de estas dos categorías fué la primera en formarse?

Después de meditar unos instantes, me repuso mi guía :

—No hay diferencias esenciales entre las plantas y las bestias. Las plantas tienen también su psicología y su voluntad. La distinción de los dos «reinos» de seres vivos es un tanto arbitraria. Se refiere más bien á la morfología que á la vida misma. En todo caso, te diré que los seres marinos, animales y vegetales, fueron anteriores á los terrestres, como puedes ahora observarlo. Más tarde, cuando las aguas vayan separándose y descubriendo nuevas tierras cubiertas de humus fertilísimo, estas tierras serán singularmente propicias al desarrollo de las plantas. El «reino» vegetal adquirirá antes que el animal un desarrollo máximo, del que las selvas vírgenes de los trópicos actuales pueden apenas dar una pobre idea.—Y, extendiendo el brazo, agregó:—Pero observa, entretanto, las variadas formas vivas, formas animales-vegetales, que pululan sobre la superficie de los mares. Estamos ya en el período cambriano.

Miré á mi alrededor y quedé maravillado y suspeso. Las aguas y las tierras nacientes estaban ahora pobladas por profusos y curiosos seres vivos.

En ciertas partes, grupos de organismos animales-vegetales formaban ciertas islas en la superficie del océano. Eran verdaderas selvas de movedizas y gelatinosas merusas, que el sol del mediodía irisaba á flor de agua con tintes tan vivos y reflejos tan intensos, que para atenuar su rigor tuve que llevarme la mano á los ojos y bajarlos...

Y si brillante era el espectáculo que me deslumbraba, fué más brillante aún el que vi luego desenvolverse á mis pies, bajo las aguas. Diríase el palacio del hada del océano, en la ciudad de las sirenas. Bajo la plácida superficie dibujábanse interminables construcciones de corales y esponjas, entre el follaje verde, transparente y rojizo de las algas. Nada más raro y delicado. Nunca la imaginación de la Princesa Sherezade pudo soñar más bello y delicado panorama. Mostrándomelo, Darwin me dijo una sola palabra :

—Trabajan.

—¿ Quiénes?—pregunté.—¿ Son nereidas y tritones invisibles?

—¿ Para qué inventar seres fantásticos — me contestó Darwin sonriendo, — si la mente humana

no podía nunca crear algo más maravilloso que la Naturaleza misma?

—Pero, ¿quiénes trabajan?... ¿Para qué trabajan?...

—Trabajan formando inconscientemente las tierras y las montañas que deben elevarse del fondo de los mares. Trabajan para construir, grano por grano, molécula por molécula, los ricos territorios donde el hombre sentará más adelante su cultura.—Y como yo no comprendiera todavía, Darwin agregó: — Son los modestos animalitos que, con las materias calcáreas que toman del agua marina, fabrican los corales, levantando esos inmensos edificios submarinos que serán luego islas, penínsulas, continentes.

Al comprender al maestro, yo me sentí como sobrecogido de espanto pensando en aquel portentoso trabajo realizado por seres tan pequeños, por seres invisibles, en el silencio y el anónimo del mar. Y pensé cuán pobre cosa fuera, ante la minuciosa construcción de aquellas tierras futuras, la tan ponderada obra de las pirámides que levantarán luego los orgullosos faraones del Egipto,

V

LAS PRIMERAS ESPECIES

En nuestro vertiginoso viaje, pronto vimos iniciarse los primeros organismos ya más nítida y francamente animales. Las aguas y las tierras incipientes poblábanse de équinodermos, moluscoides, moluscos, cangrejos de todas formas y tamaños. Llamaron mi atención pesadas ostras y caracoles gigantescos y especialmente ciertos pulpos monstruosos que parecían entonces los verdaderos reyes de los mares.

Hasta ahora el tiempo había fluctuado como indecisamente entre la bonanza y la tormenta. Tan pronto llovía y tronaba, como aparecía un sol radiante. La atmósfera estaba siempre cargada de

agua y de electricidad. Pero ya cuando entramos en el período que los geólogos llaman siluriano, según me informó mi guía, se hizo más neta la separación de las aguas y las tierras, y el aire pareció más seco y frío.

—Observa el mar—me dijo el maestro,—y verás la aparición de los primeros vertebrados: peces cartilaginosos, acorazados ganoides, que luego determinarán los más antiguos reptiles.

Las clarísimas aguas marinas dejaban ver en su seno animales pisciformes, que paulatinamente crecían en número y en volumen. En las costas abundaban conchas y moluscos de las formas, tamaños y colores más varios. Y en los islotes emergidos del Océano, se levantaban toscas y gigantes cas plantas acuáticas. La vida principiaba ya á complicarse sobre la superficie del planeta.

¡ Cuántas y cuán diversas especies de verdaderos monstruos marinos y anfibios vi entonces formarse y surgir en el agua y la tierra! Sólo una memoria sobrehumana podría retener esas formas y describirlas. Apenas si distingo ahora, en el confuso montón de mis recuerdos, tipos tan extraordinarios como los ictiosaurios y los plesiosaurios. Aquéllos se

me presentaron como unas enormes ballenas con cabeza de cocodrilo, y éstos parecían unos incommensurables cisnes negros de cola y aletas, por su modo de nadar sobre las aguas, y levantar un cuello alto y flexible, que no carecía de cierta elegancia feroz.

Algunos de esos seres fabulosos, se trenzaron, en medio de las olas del mar, en mortales luchas por quitarse las presas ó devorarse. Y en estos casos, vi generalmente triunfar contra los mayores y más fuertes, otros más débiles y pequeños, pero mucho más ágiles y oportunos.

—Tal es la ley de la vida—díjome Darwin.—Todos los seres organizados luchan para comer y no ser comidos. Los más aptos sobreviven, los menos aptos perecen.

—Cierto—repuse.—Pero veo desaparecer las especies más grandes y feroces...

—Para dejar su sitio á otras más chicas y adaptables. En la evolución, la regla general es el continuo aumento de volumen, hasta perecer por falta de alimento suficiente.

—Yo creía, por el contrario—observé al maestro,

—que las especies disminuían de volumen al transformarse.

—Es este un error muy generalizado—replicó Darwin.—Se piensa vulgarmente que las actuales lagartijas descienden de los gigantescos caimanes del período secundario, que los leones y osos de nuestros días, provienen de los inmensos leones y osos de las cavernas, que eran dos ó tres veces mayores... Nada más falso. Los animales que hoy viven descienden de antepasados cada vez más pequeños. La lagartija de hoy, aunque derivada de su primitivo tronco común de todos los lagartos, no es nieta, sino sobrina-nieta de los colosales saurios de la época de los reptiles. Ha de venir de otra lagartija, si me es dado expresarme así, todavía más pequeña que ella, y, por de contado, más simple.

En este y otros instructivos diálogos caminábamos, mientras veíamos aumentar más y más la superficie de las tierras y alejarse las orillas del Océano.

—Parece que el agua disminuye—murmuré como para mí mismo.

—Efectivamente—me aclaró Darwin,—el elemento agua es, y será cada siglo, cada hora, cada

segundo, menos abundante en su forma de mares y ríos.

—Puede llegar entonces el día en que los seres vivos se mueran de sed...

—Sí. Puede llegar una época en que la vida vaya disminuyendo y extinguiéndose sobre la tierra por falta de agua, al menos la vida de los animales vertebrados. Me temo que ello ocurra ahora en el planeta Marte. Parece él habitado por ciertos seres inteligentes que represan cuidadosamente el agua como si fuera oro líquido en las épocas de lluvias y deshielos. De ahí sus famosos canales que, según observan los astrónomos, parecen contruidos por inteligentes arquitectos.

—¡Triste edad será esa!

Darwin sonrió al oírme, diciéndome :

—No te alarmes... En todo caso, faltan muchos millones de siglos para tan ingrata época de lucha por la vida, que será de lucha por el agua.

Por toda respuesta suspiré, pensando que, al fin y al cabo, no eran tan malos los tiempos en que me tocara nacer... Y, como respondiendo á este mudo pensamiento, Darwin me observó :

—Cuando llegue ese período de sequía, ya los

hombres se habrán acostumbrado á él, puesto que no ha de venir de pronto. La vida se adapta á todo... cuando puede persistir. Por eso nadie dirá que es mejor una época que otra. Cada tiempo para sus hijos. Para los hombres del siglo xx, ya adaptados por herencia, nada mejor que el siglo xx. Para los de la prehistoria, nada mejor que la prehistoria. Sería mortal desgracia para un salvaje prehistórico nacer en el siglo xx, ó para un hombre de este siglo nacer en época salvaje. Son, por eso, de compadecer ciertos hombres que, por atavismo se retrasan, los imbéciles, por ejemplo, ú otros que por el impulso de su genio se adelantan y no son comprendidos.

—En general—observé,—las neurosis, de cualquier género que sean, inferiores ó superiores, hacen poco adaptable al sujeto, y, por ende, más ó menos desgraciado.

—Triste verdad es esa. Y, estudiando el caso de la neurosis genial, diríase que, cuanto progresa el hombre en inteligencia, disminuye en salud fisiológica...

—Si generalizamos demasiado—agregué yo, son-

riendo,—podría llegarse á la conclusión de que la inteligencia es una enfermedad.

—En todo caso, es un sobreagregado ó sobreproducido—sentenció el maestro.—Mira los dragones que nos rodean. Fueron más inteligentes que las especies coetáneas, y, sin embargo, han perecido en la lucha por la vida. No puede, pues, afirmarse, que la inteligencia sea siempre una ventaja...

Miré á mi alrededor, como me indicara el maestro, y me creí descendido al último antro del infierno. ¡ Estábamos en el mundo de los reptiles !

Era de ver aquel espantabilísimo caos de dragones marinos y terrestres, que, según me dijera Darwin, pertenecían al período jurásico de la era secundaria. Batallaban terroríficamente indescribibles formas colosales, entre las cuales distinguí algunas variedades ó especies de dinosaurios y de pterosaurios. También por los aires cruzaban reptiles alados, como el pterodactilo, que se dirían aves de muy variados tamaños, aves con colas de lagartos, alas de vampiro y colmillos de cocodrilo.

—Se diría el País del Miedo—murmuró mi guía.

—Sí, maestro—pude yo balbucear apenas.

—Nunca la imaginación de los hombres inventó nada más horrible y macabro.

—Nunca—repetí como un eco, añadiendo:— Bien veo que estas especies son harlo más fantásticas que las que inventará después la imaginación humana, basilicos, unicornios ó sirenas.

—Según lo que entiendas por «fantástico»—me rectificó afablemente el maestro.—Estos tipos vos parecen más extraños. Pero en la evolución de las especies, son productos naturales, es decir, posibles, según las leyes de la Naturaleza, mientras que aquellos otros que luego inventa el hombre, son, en cuanto se apartan de éstos, simplemente imposibles.

—¿La vida es, entonces, una fatalidad?

—La vida, parte del Universo, está regida por el determinismo universal.

Después de pensar un momento en esta observación, asaltado por una súbita idea, pregunté á mi guía :

—¿Y el hombre? ¿Dónde está el hombre de este mundo de dragones?

Por toda respuesta Darwin se agachó sobre la orilla del mar, tomó con diestro movimiento un

animanúnculo que nadaba en la superficie, y me lo entregó. Maquinalmente observé yo entre mis manos un pececillo como de una pulgada, de piel suave y sin escamas, que se agitaba coleando, con los redondos ojos muy abiertos... Y el maestro me dijo:

—He ahí á uno de tus más remotos antecesores. Es apenas un poco más que el anfióxus, el primer ser vertebrado, el más inferior de los peces.

Yo comprendía apenas, mirando sorprendido al animanúnculo que se agitaba coleando entre mis manos... Lo miré con místico recogimiento en sus ojos muy abiertos... Sentí en todo mi cuerpo un intenso escalofrío al pensar que en *aquello* estaba ya el germen de mi especie... Y lo coloqué después suavemente en el agua, donde se alejó pronto, moviendo su cola y sus aletas de renacuajo, para escapar del peligro que le acechara.

Y entre irónico y trágico, no pude menos de exclamar:

—¡Salve, oh tú, abuelo de todos los imperios venideros!

VI

¡ ADELANTE !

—Estamos—me dijo Darwin,—en el largo período geológico que se llama generalmente mesozoico. Los geólogos, como recordarás, suelen dividirlo en tres períodos: el triásico, el jurásico y el cretáceo. Vamos, pues, á ver la fauna y la flora de estas épocas, en las tierras que hoy se llaman Europa.

—Díme, maestro—pregunté yo entonces,—¿se diferencian mucho esos seres organizados europeos de los propios de otros continentes?

—La distribución de los mares y las tierras—repúsome Darwin,—ha sido distinta en cada época geológica. Probablemente en el período secundario, había un gran continente del Sur, que se extendía

entre Australia, América y Africa, la Atlántida, Sudlandia ó Lemuria, y otro ú otros del Norte, en América y en Europa y Asia.

—¿Y estos continentes se han transformado por sucesivos cataclismos?

—Nada de eso. Por causas continuas y graduadas, como el acarreo de las aguas y la formación de ciertos pequeños organismos. Estas fuerzas prosiguen siempre en la transformación del planeta. Por eso se las ha llamado «causas existentes».

—Convenido. Pero todavía no has contestado, maestro, á mi pregunta. Antiguo ó moderno, ¿tiene cada continente su flora y su fauna peculiares?

—Sin duda, y según las épocas, esto es, según su configuración geográfica en cada época. La América del Norte, por ejemplo, ha estado largo tiempo separada de la del Sud, poseyendo, por consiguiente, ambas, muy distintas especies, hasta la época en que pudieron comunicarse, acaso á principios del período cuaternario. En cambio, Europa ha estado unida al Africa en aquellos tiempos, por lo cual sus restos fósiles terciarios son semejantes á los africanos.

—Y no debemos olvidar—terminé yo, para de-

mostrar que comprendía el asunto,—cuanto observaste y enseñaste, maestro, acerca de la difusión y propagación de las especies á través de distintas comarcas y diversos climas y ambientes.

Llegada á este punto nuestra conversación, fuimos interrumpidos por una copiosa bandada de ese extraño animal, en parte saurio, en parte murciélagos, en parte pájaro, que los paleontólogos llaman pterodactilo. Se dirigía á la orilla del mar, donde pululaban aún el ichtyosaurio, el plesiosaurio, el ramphoryncho y otros monstruos...

Yo me sentía algo fatigado. Fué así que acepté, con júbilo, una invitación que me hiciera Darwin de sentarnos sobre unos troncos, á la sombra de un bosquecillo de gigantescas palmas, cipreses y araucarias. Bajo un sol de plomo, soplaba un viento húmedo y caliente. A nuestro alrededor zumbaban enormes insectos, «los primeros de la creación», como me dijo el maestro. Todo invitaba á la contemplación y al reposo de la siesta en las selvas tropicales.

Aproveché aquella placidez mortal para decir á mi guía :

—Lo que más me sorprende y atemoriza en los

terribles animales que hemos visto, es su silencio. Se arrojan sobre la presa, luchan, aman y odian, siempre en silencio.

—El producir sonidos—observó al punto Darwin,—no es propio de animales simples é inferiores. Los peces y los moluscos son mudos, y mudos son todavía una buena parte de los saurios y reptiles.

Quedamos otra vez callados, cuando hirió nuestros oídos alertas un ruido de ramas, un silbido estridente y una especie de graznido indescriptible. Pusímonos de pie, acudimos hacia el sitio de donde partieran los ruidos, y vimos el interesante espectáculo de una lucha entre una gruesísima serpiente verdosa y un pajarraco grisáceo de extravagantes formas y vigorosos movimientos. El pajarraco, con dientes y con púas en las alas y las patas, defendía de la voracidad del reptil una nidada de quince ó veinte huevos blancuzcos que estaban depositados junto al tronco de un árbol. La serpiente atacaba, avanzando hacia el nido, mientras retrocedía su enemigo, con las alas extendidas y abierto el pico... A los gritos del ave acudió volando otro ejemplar de su especie, acaso el macho, cayó sobre

•

la serpiente y la mordió bajo la cabeza, matándola con sus dientes agudísimos.

—He ahí una lucha entre la primera serpiente— dijo Darwin,—y la primera ave.

Todavía emocionado por las peripecias de la batalla, preguntéle :

—¿Cómo han llamado los naturalistas á esa serpiente y á esa ave?

—No lo sé á ciencia cierta. Acaso se hayan perdido ambos tipos. ¡Necesítanse circunstancias tan especiales para que se conserven durante siglos los restos fósiles !... En todo caso, el ave se parece á la especie llamada archeopterix, término medio entre reptil y ave, que vimos ha poco en copiosa bandada.

—¿ Se ha extinguido esa especie?

—Sí, seguramente, como casi todos los tipos híbridos y de transición. Sólo en las selvas de Australia han quedado dos ó tres de esas especies curiosísimas, como el ornitorinco, punto de pasaje entre el reptil y el mamífero, pues pone huevos y tiene mamas.

Así, unas veces hablando y otras en silencio, llegamos al período cretáceo. Rodeábanos una fau-

na y una flora, que diría apocalípticas. Al pie de selvas, que parecían cordilleras, vimos todavía saurios y más saurios: el espantable megalosaurio de mandíbulas infernales; el ventrudo iguanodón, con un cuerno sobre la nariz; el hyloeosaurio, con su enorme piel dentada desde la cabeza á la cola; el laelaps aquilunguis, que pudiera, á lo lejos, suponerse un mestizo de cocodrilo y kangarú; enormes serpientes marinas, entre las cuales me pareció reconocer el mosasaurio y el elasmosaurio.

—Quisiera poder penetrar un momento—dije á Darwin,—en la inteligencia de esas bestias. ¿Qué sentirán? ¿Qué pensarán? ¿cómo han de representarse el Universo?

—Sus sensaciones, sentimientos é ideas—repúsome mi guía,—no pueden ser esencialmente distintas de las nuestras. Por de pronto, tienen, más ó menos, los mismos sentidos que nosotros: vista, olfato, oído, tacto, gusto...

—¿Y ese tercer ojo, maestro, que algunos de esos reptiles llevan sobre la frente?

—Ese órgano parece, en efecto, ser un ojo rudimentario. Nuestros antepasados saurios lo tuvieron. La glándula pineal, donde Descartes colocara

el alma, es, acaso, un residuo de ese ojo complementario.

—En suma, los animales de la época terciaria veían como nosotros, y hasta mejor que nosotros.

—No, no. Nosotros diferenciamos matices que ellos no diferenciaron. Sin retroceder tanto, parece que los griegos no distinguían el violeta del negro. Homero nos habla de cabelleras de color de jacinto, y hoy ningún patán confunde el color del jacinto, del silvestre, naturalmente, con el negro.

—Consiento en que todos esos monstruos sintieron un poco como nosotros...

—Y tuvieron las mismas necesidades de albergue, alimentación y amor. ¡Y lucharon y sufrieron como nosotros sufrimos y luchamos!

—Decididamente—concluí yo,—todo lo que nosotros tenemos está en potencia en cualquier animal.

Y no sé por qué, al decir esto, me acordé de Teresa, mi pobre esposa. ¿Es posible que aquel ángel humano fuera tan sólo un animal—un pez ó un lagarto,—sobrevolucionado?

VII

EL HOMBRE-MONO

No incurriré, oh lector, en la tarea de enumerar te prolija y eruditamente las especies vivas que observara antes de entrar en la era cuaternaria. Te cansaría demasiado. Me limitaré á decir que vi crecer y desarrollarse, poco á poco, el hombre. El Venacuajillo aquel se llegó lentamente á transformar, de animal marino, en animal terrestre...

—La sangre—me dijo el maestro,—no es más que agua de mar trãnsformada. El ritmo del organismo resulta del ritmo de los días, de las estaciones, y también de los mares. Por eso la sangre humana responde todavía, ¡y tan misteriosamente! á los movimientos de luna.

Vagábamos en selvas vírgenes, pobladas de animales extraños y potentes...

—Ha llegado un momento crítico en la formación de las especies modernas—observó Darwin,—si es que todos los momentos de la evolución no son igualmente críticos...

Yo levanté la cabeza con la pupila interrogadora... Y el maestro aclaró su pensamiento:

—Hasta aquí, sólo hemos visto peces, reptiles, algunas aves, todavía con caracteres de saurios, varios insectos... Ahora veremos los primeros mamíferos.

—¿El hombre?—pregunté.

—Los antepasados del hombre eran aún saurios, como veremos, cuando se habían formado las primeras especies de mamíferos.

En efecto, comprendiendo que pasábamos de la época terciaria á la cuaternaria, vi mengaterios, mamuths, el elefante primitivo, ciervos gigantes, el rinoceronte de lanosa piel...

—¿Y el hombre?—interrogué nuevamente al maestro?

—Helo ahí—contestó Darwin, mostrándome un pequeño ser híbrido, entre lagarto y mono, que co-

mía tranquilamente una fruta, prendido de las ramas de un árbol tropical.

—¿Este es el hombre?

—Este es uno de tus precursores, pasando de una forma sauria á una forma simia. Todavía pone huevos, como los lagartos. Pero se le están formando los órganos típicos del mamífero. Pronto será algo como un bosquejo de mono. Se diría que ya lo es. Cuando los naturalistas descubran sus restos fósiles, podrán bien, en mérito de ciertas disposiciones de su esqueleto, llamarlo *homunculus*. Pienso que es el abuelo de todos los hombres y todos los monos.

Sorprendido por el murmullo de nuestras voces, el *homunculus* cesó de comer su fruta y dió vuelta á su cabecita de puntiagudo hocico, clavándonos sus ojos vivos y parpadeantes, de jaspeada pupila. Luego huyó disparado hacia la copa del árbol, y perdióse en su tupido follaje...

Vimos después dilatadísimas selvas donde vagaban copiosos rebaños de gigantescos herbívoros, y bosques y cavernas que albergaban leones, osos y hienas de un tamaño tal, que á su lado las especies hoy vivas, parecían enanas ó de juguete. El hom-

bre verdadero no se presentaba aún. Pero sus antepasados, de formas simias y hasta antropoides, se movían inquieta y temerosamente en las ramas de ciertos árboles de fruto comestible, como grandes piñas, cocos y nueces.

Aguijoneada mi curiosidad por ver llegar cuanto antes el hombre, el verdadero hombre primitivo, pedí á Darwin que acelerásemos todavía más nuestra ya vertiginosa marcha. Y fué así que entramos pronto en la era cuaternaria.

—Lo malo es—observóme el maestro,—que, adelantando tan rápidamente, pueden parecerte inverosímiles las continuas transformaciones de las especies. Hay que dar tiempo al tiempo. Los incrédulos en la teoría de la evolución, lo son generalmente por no poder imaginarse la verdadera antigüedad de la vida animal sobre la tierra. No se dan cuenta de todos los cambios que pueden sobrevenir en millones de siglos, por poco que se varíe de padres á hijos...

—Yo me doy cuenta, maestro. Si en veinte ó treinta generaciones los criadores pueden modificar tan hondamente las especies domésticas, ¡qué no podrá la Naturaleza en miríadas de generacio-

nes!... Soy, pues, un convencido de tu teoría. Y tanto, que, si mal no recuerdo, no es para demostrármelo por lo que me guías en este curioso viaje á través de la estirpe...

—Viajamos cumpliendo un voto profesado por tu mujer, Teresa, en su lecho de muerte—respondió Darwin.—Su deseo es que se te demostrara, al presentarte tus ascendientes, más que los de ella, que toda la animalidad humana de tus hijos puede bien ser producto de sus abuelos paternos, sin necesidad de recurrir á los maternos... ¡He ahí, pues, uno de tus más antiguos ascendientes humanos!

Y lo que allí viera, me hizo correr un violento escalofrío por todo el cuerpo... Era una familia de demonios ó de monos ó de hombres silvestres... En una especie de nido de paja metido en un hueco de un árbol, la hembra de aquella familia amamantaba dos pequeños cachorros que tenía en los brazos. Al pie del árbol parecía estar de centinela el padre y jefe de la familia. El macho y la hembra, de unos cinco pies de estatura el primero y la segunda un poco más baja, eran peludos como orangutanes, de un pelo rojizo; los miembros fuertes y propios para

trepar en los árboles ; la faz de un feroz aspecto simio ; el rabo grueso y cortísimo ; las orejas grandes y movibles como las de un perro ; la mirada aguda y penetrante. Los pequeños, que parecían pelados y mondos como lechoncillos, dejaban oír un murmullo goloso al chupar en los abundantes senos de la madre. Cuando se nos apercibió, el macho lanzó un gruñido amenazador, subió presto al árbol, y se colocó junto al nido de su pareja, en expectativa...

—¡ Este es el mono hombre, oh maestro—dije á Darwin,—que tú y tu discípulo Hæckel pronosticaran ! Al seguir tu espíritu las cosas de la Tierra, habrá ya sabido que un viajero y naturalista llamado Dubois lo ha encontrado en la isla de Java...

—Míralo bien. ¿Cómo lo clasificarías, de hombre ó de mono ?

—Tal vez de mono, tal vez de hombre. Los restos del antropopiteco de Dubois han sido estudiados, según he leído, por varios naturalistas competentes. Estos se dividieron en tres categorías al clasificarlo. Para unos era un hombre, para otros un mono, para otros un intermediario entre el hombre y el mono. Lo mismo les pasaría á esos natu-

ralistas si pudieran observar, como nosotros, esta curiosa familia...

—«Hombre», «mono» ó «intermediario» entre el uno y el otro, son simples expresiones convencionales y aproximativas. Llamemos á este ser como queramos ; pero sin desconocer que es el eslabón perdido que tanto se buscara antes en la cadena que remacha con el hombre.

—¡Eureka!—exclamé, y nos retiramos algunos pasos, á observar descansadamente aquellos humanos animales...

Libre de nuestra proximidad, el macho miró hacia todos lados, y, saltando de rama en rama, llegó á un alto cocotero, que balanceaba gallardamente sus frutos, al parecer ya maduros. Quiso trepar hasta la copa ; pero no pudo, por ser el tronco demasiado delgado y resbaloso, sin ramas ni nudos, como altísima columna de mármol ó jaspe. Entonces, la bestia pareció meditar un rato el modo de conseguir su anhelado alimento... Saltó luego á un árbol vecino, una especie de araucaria, alta, aunque no tanto como el cocotero, y, agarrando con una de sus mancs poderosas el tronco de éste, llegó á sacudirlo violentamente... Dos ó tres de sus fru-

tos cayeron, sin romperse, sobre el mullido colchón de césped. Al verlos caer, el hombre-mono descendió instantáneamente, los llevó junto al tronco del árbol que servía de nido á su hembra y sus cachorros, tomó una piedra que allí se hallaba, y, con ella, golpeando fuertemente, partió la durísima cáscara...

—Mira—observó mi guía.—La piedra que le ha servido para partir los cocos, es extraña á esta región boscosa. Ha debido traerla, acaso de muy lejos, y la guarda al pie de su vivienda, para utilizarla, como hemos visto. Ese es el primer utensilio que podríamos suponer humano.

Y yo le repliqué pensativo:

—Es la semilla del arte.

VIII

EL HOMBRE PRIMITIVO

—Ya lo has visto—me dijo Darwin.—El mono hombre ha solido vivir en parejas, de manera monógama. Se alimentaba de frutas y construía su nido en el tronco de los árboles. Era, pues, relativamente frugal y casto. La fábula idénica de los teólogos y la leyenda de la edad de oro de los metafísicos, no carece de cierta verdad, si se refieren al hombre pre-sociable...

—Yo había creído, maestro, que el antropopiteco fué sociable. Pienso que nuestros primos, los cuatro grandes monos antropoides ó de forma humana, el gibbon, el gorila, el chimpancé y el orangután, suelen reunirse en grandes bandadas...

—Es posible. La propia familia de hombres-monos que vimos, no estaba aislada, pues que por los alrededores había otras semejantes. Debemos suponer que en sus migraciones se reúnen también en bandas, bajo el mando del macho más fuerte y experimentado...

Habíamos llegado en nuestra marcha, sintiéndome yo punto menos que incansable, como si me animara un aliento sobrenatural, en pleno período glacial, otra vez á orillas del Océano. Y allí vimos venir desde lejos, caminando por la orilla, copiosísimo grupo, al parecer, de hombres salvajes. Escondiéndonos detrás de una roca, esperamos que se acercara...

—Son cuasi hombres—murmuró Darwin.

—Comprendo—le repuse.—Como si el Tiempo escuchara nuestra conversación, se nos adelanta, y nos muestra una banda de antropitecos que han abandonado su bosque, acaso porque prodiga insuficientes frutos, y exploran nuevas tierras, costean-do ríos y mares, en busca de mejor alimento.

—Tan es así, que, apremiados por el hambre, algunos ensayarán una alimentación carnívora...

Escuálidos y macilentos aquellos hombres ó bes-

tias, diríanse un tropel de espectros. Eran todavía peludos y musculosos, de mandíbulas bestiales y escaso rabo. Marchaban con cierta seguridad sobre sus dos patas. Y en sus manos llevaban gruesas mazas para apoyarse y defenderse de las fieras. Adelante iban los machos, atrás las hembras, con algunos cachorros...

De pronto, el que iba delantero se detuvo. Creí que por haber olfateado nuestra presencia. Mas en seguida me convencí que sólo le detenía un vasto grupo de moluscos que pululaban en aquel sitio á orillas del mar, y especialmente unas ostras, adheridas á las rocas... El hombre-mono arrancó algunas, partió con su maza la cáscara, como si fueran cocos, y sorbióse el contenido... En su rostro bestial se retrató una doble mueca de asco y de ansia... Varios lo imitaron... Al poco rato, todos probaban esas ostras, como para engañar el hambre...

—Ya se irán acostumbrando—observé á mi guía.

—La necesidad les hará, poco á poco, carnívoros —repúsome éste,—conforme aumente la especie y disminuyan las frutas que antes les sirvieran de exclusivo alimento.

—La carne fué el primer vicio del hombre.

—Y es también su fuerza. Tres circunstancias desarrollarán ahora en el antropopiteco la humana inteligencia. Una mejor alimentación, más substancial y nutritiva; la posición vertical, favoreciendo el desarrollo de su última vértebra, la cabeza; y la disposición de los órganos bucales, que les permitirá articular su lenguaje, esto es, hablar...

—Pero este brusco cambio de la alimentación vegetal del antropopiteco en la alimentación carnívora del hombre—pregunté,—¿no le producirá graves perturbaciones orgánicas?

—Cierto es que los herbívoros tienen largos intestinos—contestó Darwin,—y cortos los carnívoros, como que la carne se corrompe en las vías digestivas antes que las substancias vegetales... Pero te observaré que la transición no ha de haber sido forzosamente tan brusca; que los intestinos humanos son de frugívoros, más bien que de herbívoros, es decir, un poco más cortos relativamente que éstos; y, finalmente, que, en efecto, la alimentación carnívora debió traer las primeras intoxicaciones y enfermedades humanas.

—La carne es entonces, como dije, el *peccatum originale*.

—La nueva alimentación facilita el desarrollo intelectual. Además, trae la asociación para las faenas de la caza y de la pesca. De ella arrancan así la sociabilidad y la cultura.

—Y también las enfermedades del hombre civilizado...

—Todas las cosas, Lucas, tienen su pro y su contra...

—¿No crees, maestro, que el estado silvestre sea más feliz que el estado de cultura?

—No sabría decirlo. Lo único que podría afirmar, es que el estado salvaje, para hijos de salvajes, el de cultura, para hijos de padres cultos. Hay hombres de hombres.

Otra vez pareció que el Tiempo ó la Naturaleza quisiera ilustrar nuestra plática con interesantes ejemplos y evidentes demostraciones, pues vimos surgir en nuestro viaje, á cada paso, diría, «hombres de hombres...» Los había, si bien todos salvajes, é incapaces aún de lenguaje articulado, de las más varias razas, tamaños y pelajes. Unos se ali-

mentaban todavía de frutas, otros de raíces, otros se iniciaban en la caza y la pesca...

—En general—díjome Darwin,—los hombres saldrán de los que se van haciendo carnívoros. Los demás han de perecer, diezmados por las fieras y por las propias razas ya semi-humanas que cazan y pescan. Sólo quedarán, para muestra de los antiguos hombres-monos frugívoros, tres ó cuatro razas, que luego se constituirán en especies animales...

—Veo, maestro, que te refieres á los actuales monos antropoides, gibbon, gorila, orangután y chimpancé... ¿Los tienes acaso por hombres degenerados?

—Más bien por hombres-monos embrutecidos y decadentes. ¡Los pobres no llegaron á cambiar de alimentación ni aprendieron á hablar!

Señalando entonces un grupo de antropopitecos que pasaba, dije á Darwin.

—Todavía no hemos visto hablar á estas bestias humanas ...

—Detengámonos á escucharlos.

Ocultándonos nuevamente, pudimos comprender cómo los primitivos gritos inarticulados con

que el mono-hombre expresara su cólera, su amor, su hambre, iban convirtiéndose en raíces y articulándose como palabras. Las onomatopeyas para significar cierta observación elemental de los fenómenos más comunes de la Naturaleza, llegaban á constituirse en verdaderas voces descriptivas de lo observado. ¡El hombre creaba el lenguaje en miles y miles de generaciones que se venían esforzando en transmitirse precisa y detalladamente lo que sentían y pensaban!

Y junto con las primeras palabras, inventábase el fuego. Raspando uno con otro dos pedazos de sílex, el hombre arrancaba chispas, y con ellas encendía montoncitos de hojas y ramas secas, para cocer sus alimentos de carnívoro...

Con la palabra y el fuego, progresa el arte. El hombre aprende á pulimentar la piedra. Las groseras mazas y piedras arrojadizas son superadas y substituidas por el hacha de piedra, el cuchillo de piedra, la honda, la flecha, el harpón...

—¡Cuántos esfuerzos cuestan al hombre cada uno de estos adelantos!—exclamó Darwin al contemplar aquel arte salvaje.—¡Se tardan siglos en

pasar de la piedra sin pulimentar á la piedra pulimentada, y siglos en inventar la flecha ó el harpón... mientras que, en la época en que has vivido, el siglo xx, las invenciones se suceden de año en año, de día en día, como en un vértigo!

—En pocos años—dije completando el pensamiento del maestro,—se han inventado el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la tracción eléctrica, los rayos Roentgen, el telégrafo sin hilos y cien novedades más, útiles y sorprendentes.

—El mayor poder de la inteligencia humana, el mayor número de pueblos civilizados y la enorme cantidad de experiencia acumulada, aumentan cada día más y más los progresos de la técnica, cuyos humildes, penosos y larguísimos orígenes aquí contemplas maravillado y conmovido.

¡Y era verdaderamente maravillosa y conmovedora aquella lucha titánica del hombre primitivo con la Naturaleza! Porque, una vez en posición vertical y en posesión de sus más antiguos utensilios, el hombre ya no se disimulaba en el bosque y se contentaba con seguir viviendo... ¡Ahora no sólo se defendía, sino que atacaba!... ¡Atacaba á

los animales más terribles y poderosos, refrenaba los embates de la Naturaleza descubriendo antidotos y remedios contra sus males, se esparcía por toda la tierra y la conquistaba como su dueño y señor!

IX

EL HOMBRE SALVAJE

Nada más terrorífico que la lucha del Hombre con la Bestia, en los primeros tiempos de la vida humana. Muchas generaciones pasaron antes de que se extinguieran el león, el oso, la hiena de las cavernas, y antes de que aprendiesen á huir del hombre la pantera, el leopardo, el tigre...

En los últimos tiempos del uro, el mammoth, el megaterio y el ciervo gigantesco, es cuando el hombre comienza á desplegar su destreza y poderío, moviendo cruda guerra á todos los animales que lo pudieran alimentar ó perseguir. El era quien iba á suceder, en el imperio de la tierra, á las enormes especies de las pasadas edades.

Acompañado por la sombra fiel de mi guía y maestro, vi muchas feroces cacerías del hombre cuaternario. Vi derribar de un mazazo en el cráneo al ciervo gigante y al caballo salvaje. Vi disputar su presa al leopardo hundiéndole en los fíjares una lanza de madera con punta de piedra. Vi correr al megaterio y al dinoterio hasta internarlos en espesísimo pantano, donde perecieran después quemados vivos por una hoguera encendida en sus ancas. Vi cavar con groseras hachas de sílex foscos disimulados en la maleza para que cayese el mammoth, que luego fuera ultimado á pedradas. Vi voltear en su alto vuelo á las aves más poderosas por la honda silbadora. Vi hundir el harpón certeramente en el dorso de los peces que nadan bajo las aguas de los ríos. Vi, en fin, en todas partes, primar la inteligencia y la habilidad sobre la fuerza y la ligereza. ¡Vi triunfar al hombre!

Entre aquellos espectáculos grandiosamente bárbaros, ninguno acaso me causó mayor admiración que la caza de uros y búfalos por medio del fuego. Atemorizados por la continua persecución del hombre, estas fieras cornudas huían de tan le-

jos la aproximación de su enemigo de dos pies que, para cazarlos en época de hambre y sequía, hubo que incendiar una selva en hemicielo. Corridos por las llamas, los valientes animales se precipitaban desalados en una dirección determinada. Encontraban allí grupos de hombres que les lanzaban, desde altos y estratégicos montículos, flechas y piedras, torciendo su carrera hacia el borde de un hondo barranco, donde los animales, enloquecidos, sin poder contenerse, se despeñaban por la fuerza de su carrera ciega. Algunos pocos, detenidos al borde mismo del abismo, se volvían contra los agresores y atropellaban con las astas bajas á los grupos de hombres, quienes, ó los mataban á lanzazos y flechazos, ó, quitándoles el cuerpo varias veces sucesivamente, al modo de los modernos toreros, los llevaban otra vez hacia el barranco y los despeñaban. Y más de una vez vi levantar en lo alto un hombre en las astas de la fiera que lo acometía... Más de una vez vi rodar en el abismo, sangrientamente confundidos, hombres y fieras...

Al fin, cercados ellos también por el fuego, los

salvajes sobrevivientes á esta cacería inenarrable, huyeron por una senda estrecha, bajaron al fondo del barranco, y allí arrancaron á las aves de rapiña y á las fieras comedoras de carroña, los restos informes de sus presas. Después de saciar su sed, chupando á borbotones la hirviente sangre, por una herida abierta en el cuello, á algunos brutos agonizantes, con el espinazo roto en la caída, quitábanles los huesos, los tostaban, los rompían y sorbían glotonamente, como postre del festín, la médula y el tuétano... La carne quedaba ahí para alimento del chacal que lloraba á la distancia, de la hiena que reía convulsa de deseos, y de los buitres y cuervos que aleteaban en lo alto, sobre la cabeza de los cazadores, como una nube negra.

Llevando algunos restos, volvieron luego aquellos rudos cazadores á sus cavernas. Esperábanles allí algunas hembras, que no les acompañaron en la jornada por cuidar de sus críos.

Al contemplar las grutas de piedra habitadas por aquellos hombres-fieras, observé á Darwin :

—Por la cantidad de huesos acumulados alrededor de estas viviendas, que tan fétidamente hue-

len, debo suponer que desde hace ya muchas generaciones fueron ocupadas por el hombre. Pasmoso es, oh maestro, que apenas armado de mazas y de piedras pudiera él desalojar de las cavernas á sus primitivos dueños, los leones, osos y hienas gigantescos...

—Las llamadas fieras de las cavernas—repúso-me el maestro,—vivieron generalmente lejos de ellas, en otros cubiles ó refugios sitos en plena selva. El nombre que les dieron los paleontólogos á esas especies gigantes, proviene en mucho de la circunstancia en que sus restos fósiles se encontraran frecuentemente en cavernas donde, después de muertas las fieras, fueron llevados sus cuerpos, por los hombres ó por las aguas ...

—Sin embargo...

—Sin embargo, es de recordar que algunas veces el hombre, por falta de otra vivienda, desalojó al oso cuaternario de algunas grutas que ocupara. Estas mismas familias que aquí ves, Lucas, cuando crezcan, se encontrarán en esa necesidad...

Y fué así como vimos muy pronto un sangriento combate, cuerpo á cuerpo, entre una familia de

osos cuaternarios que defendían su caverna, y una familia de hombres que se la quitaba...

Más tarde comenzaron á construirse chozás de madera y barro. Y luego, ya en la edad de piedra pulimentada, aldeas lacustres edificadas sobre pilas de madera clavadas en el fondo de los lagos. La comunicación de estas aldeas con la tierra firme, verificábase por una especie de puente levadizo, que se levantaba durante la noche...

—Se defienden así contra las fieras,—observé á Darwin.

Y el maestro me repuso:

—No. Se defienden así contra otros hombres.

X

EL HOMBRE CIVILIZADO

Después de meditar un momento, asentí:

—La fiera de las fieras es el hombre.

Darwin aclaró:

—La enemistad que diría instintiva y orgánica de los distintos grupos de hombres entre sí, proviene del choque de sus intereses y de las diferencias étnicas. De las diferencias de raza surgieron las guerras más crueles, donde se seleccionaba la humanidad, pues el pueblo vencedor destruía al vencido, que era generalmente el menos fuerte ó

inteligente. Mucho más razas humanas han perecido que especies animales...

—Conozco, maestro, las ventajas de la lucha humana, continuación de la lucha animal. Sé que la conquista y la esclavitud son las piedras angulares de toda civilización. Sé que toda cultura es obra de una aristocracia que aprovecha el trabajo de los vencidos y dominados. En cambio, ignoro las costumbres de estos pueblos que vamos viendo desfilar en cuanto se refiere al amor...

—Obsérvalos—me contestó Darwin.

Todo ojos, todo oídos, comprendí entonces que de la monogamia del primate mono-hombre, pasábase á la promiscuidad consiguiente, á la asociación del hombre-mono. ¡ Con la humanidad nacía el desafuero sexual y se pervertían las sanas costumbres animales!...

Mas una vez realizados los dos máximos adelantos de la invención de la agricultura y la domesticación del ganado, hácese necesario organizar la familia de manera que sepa defender sus graneros y sus rebaños. ¿ Y cómo realizar esta organización sino sometiendo todos sus miembros á

la autoridad del varón más capaz de gobernar, á la autoridad del padre?...

Entre la masa de hombres, de familias y de tribus bárbaras, en la época del bronce, llamáronme poderosamente la atención algunos bardos y profetas primitivos. No olvidaré uno en quien creí reconocer al mismo Homero. Era anciano, alto, flaco, ya casi ciego, de hirsuta cabellera y largas barbas grises. Perteneía, ó más bien dicho era el jefe de una larga y miserable familia, que supuse fuera la que hoy llamamos de los homéridas...

Sostenido por alguno de sus nietos, recorría los lugares vecinos, donde se le recibía con clamores de júbilo y ósculos de paz. Mientras se cocía la res cazada, un caballo ó un toro salvaje, sentábase sobre un leño á la puerta de alguna choza, preludiando con gesto inspirado en tosquísima arpa de madera. Yo le oí, mudo de recogimiento y de pavor, yo le oí cantar como un heraldo anunciador de los tiempos futuros. Su ademán era místico y su voz era trémula y caliente. Cuando cantaba, la naturaleza toda parecía callar para escucharle.

...A la voz de los bardos y profetas levantábanse los pueblos de su sueño salvaje y erigíanse nuevas culturas y civilizaciones. La India, la China, el Egipto, la Persia, Ninive, Babilonia, Fenicia, Grecia, Cartago, Roma y tantos otros imperios florecieron grandiosamente á nuestra vista... Se alzaban y caían como castillos de naipes...

—Si antes viste que la vida de un hombre dura lo que un relámpago—me dijo Darwin,—mira ahora como no parece tampoco ser menos efímera la vida de los pueblos...

—Bien sabía, maestro—contesté,—que los pueblos nacen, crecen, envejecen y mueren...

—La humanidad será pronto decrepita si sigue su evolución... Espera acaso á la Europa y á la América el destino del Asia, esto es, la corrupción sexual, el afeminamiento y la decadencia...

Con más seriedad de lo que convenía, afirmé yo entonces una verdadera paradoja:

—Toda civilización es producto de la inteligencia general de hombres y pueblos... Por esto, si la inteligencia genial es una manifestación enfermiza de la vida, toda civilización lleva en sí misma la de ser un principio de decadencia y de muerte.

Embargado por este amargo y obscuro pensamiento entre grandezas y consiguientes decadencias, atravesé vertiginosamente con la sombra de Darwin todas las edades de la historia, hasta hallarnos en aquel páramo donde ella se me apareciera... Yo comprendí que se acercaba el momento de despedirme de mi guía, y, con la voz turbia y lágrimas en los ojos, pude sólo exclamar:

—¡ Maestro !...

Darwin repuso:

—Hemos llegado ya al fin de nuestro viaje. Como has visto, Lucas, los hombres descendemos de las más bajas formas de la animalidad. Es, pues, injusto y torpe el sentimiento de los aristócratas que se enorgullecen de su origen. Tu plebeya esposa Teresa no tuvo peores ascendientes que los tuyos. Todos los hombres somos hermanos. Hasta diría: ¡ todos los animales somos hermanos !...

—Tienes razón, maestro.

Y, apenas murmuré estas palabras, desapareció Darwin, dejándome solo en medio de aquel páramo desolado. Sentéme en una piedra, con la cabe-

za entre las manos meditando hondamente... y cuando levanté luego la vista, estaba á mi lado Asrael, el ángel de la Agonía y de la Muerte.

—Realizado ya tu viaje á través de la estirpe —me dijo,— debes volver ahora junto á tu esposa.

Poniéndome de pie, con la docilidad de un niño, le respondí :

—Vamos.

Juntos recorrimos entonces el mismo limbo, poblado de sombras y penumbras, que antes recorriéramos. Era el camino por donde yo volvía á la vida real. Y la vida real, para mí, consistía en hallarme pronto otra vez ante el lecho donde agonizaba Teresa, besando su mano bañada con mis lágrimas.

—Perdóname, Teresa, perdóname—sollocé desconsoladamente.—Tu Dios me ha iluminado y ya sé que nada tengo que reprocharte respecto á la degeneración de mis hijos. Ahora sólo quiero que, al volar al seno de la muerte, no lleves ningún recuerdo ingrato del hombre que tanto te quiso y que, sin embargo, tanto te hiciera sufrir... ¡Perdóname, Teresa!

Con sobrehumano esfuerzo la moribunda se incorporó... Alzó hasta mí sus ojos llenos de perdón y de ternura, dejó caer su cabeza sobre mi pecho, y rindió su alma al Creador.

LA SIRENA

I

LA APARICIÓN DE LA SIRENA

Mar del Plata, enero 15 de 19..

Vine á Mar del Plata deseoso de pasar un temporada de descanso, para reponer las fuerzas físicas y morales gastadas durante el año en la lucha por la vida. Y, tentado por una mala inspiración, desafiando el azar, jugué, jugué grandes sumas, jugué sumas mayores que todo mi peculio, y perdí, ¡perdí siempre! Un destino ciego é implacable me perseguía.

Hace varias noches, preocupadísimo por mi precaria situación, me encaminé á la playa después de comer. Con las manos en los bolsillos y el cigarro en la boca, absorto en mi pensamiento, seguí

lentamente por la orilla del mar. El acaso me llevó al torreón del Monje, donde, cansado y abatido, me senté sobre una piedra.

Escuchaba yo el murmullo de las olas, cuando de pronto sorprendió mis tímpanos una sorda y larga, larga nota cristalina, que parecía salir del seno de las aguas. Luego se oyeron dos ó tres notas más, siempre largas, sordas, con un misterio de lo sublime y lo infinito... La voz pareció subir después á flor de agua y vibrar en el aire límpido de la noche. Diríase que una habilísima cantante se ensayaba en una ligera cadencia, dos ó tres trinos *in crescendo*, y, por fin, en una serie de notitas *staccato*, que parecían las perlas de un collar desgranándose sobre una bandeja de plata.

Corrióme un escalofrío por todo el cuerpo y levanté la cabeza. Mis ojos, fosforescentes de terror de lo desconocido, escrutaron la tinieblas. La voz había callado. El cielo, sin una sola estrella, estaba negro como un abismo. En la playa no se notaba ningún indicio de vida. Las embravecidas olas del mar azotaban la base del torreón, tan desierto que parecía un castillo en ruinas donde vagaran ánimas impenitentes... Esperé un buen rato

que se reanudara el canto, y, cansado de esperar en vano, regresé al hotel á acostarme.

A la siguiente mañana me despertó el camarero, preguntándome si iría en seguida á bañarme en el mar como de costumbre. Yo rechacé violentamente semejante indicación, como si el baño de mar tuviera para mí el peligro de un baño de fuego... Es que, siendo jugador, soy supersticioso, y pensaba en las antiguas leyendas de sirenas que se enamoran de simples mortales, los fascinan con sus cantos, los atraen con sus encantos y los sumergen en el fondo del Océano, arrebatándoles la vida en un espasmo de amor.

Todo el día tuve en mi oído la voz que oyera. Hacíame el efecto de un llamado del Amor y de la Muerte. Y aunque estuve tentado de consultar á un amigo sobre el caso, preferí callarme, temiendo que se me tuviese por loco. No era, además, necesario explicar mi actitud preocupada y taciturna, pues todos se la explicaban por mis considerables pérdidas en el juego.

En cuanto llegó la noche me encerré en mi habitación, dispuesto á no exponerme á escuchar de nuevo la voz de la Sirena. Mas, contra toda mi vo-

luntad, como arrastrado por ese misterioso instinto que lleva á las falenas á quemarse las alas en la luz, fuí otro vez por la orilla del mar á sentarme sobre una peña al pie del torreón. Y esperé, y esperé, sin percibir más que el grito infinito del mar, minutos que me parecían horas, horas que me parecían siglos...

En un reloj lejano dió la media noche. Transcurrieron todavía algunos instantes... y oí el eco lejanísimo de unos gorjeos que parecían vibrar bajo el agua... Como no se acentuara el murmullo, apenas perceptible con el ruido de las olas, echéme de bruces en la arena y apliqué el oído á la orilla...

¡Oh, efecto maravilloso! Ahí abajo, hondo, muy hondo, cantaba una potente voz de mujer la más rara melodía...

Aunque convencido de que semejantes notas no pódían ser producto, ni de la garganta ni de la técnica humanas, registré los alrededores del torreón con el propósito de averiguar si en alguna parte se escondía algún hombre ó mujer para sorprender al transeunte con el milagroso canto. Pero, á pesar de que la luna estaba envuelta en nieblas,

pude comprobar que no se veía ningún barco en el mar, que no había ni un alma en la tierra...

Volvíme al casino como en la noche anterior, volví al hotel, volví á mi aposento, y volvíme á despertar, á la mañana siguiente, el mozo, para preguntarme si iría á tomar mi baño de mar ...Mas no volví á excusarme, sino que fuí, fuí al mar y me metí en él con mi traje de baño, llevado por esa fatal atracción del Amor, de la Muerte, del Misterio. Y á pesar de que nunca me aventuro á internarme nadando cuando el mar está bravo, esta vez me interné, sin atender los fuertes gritos con que me llamaban los bañistas desde la orilla y desde el muelle, advirtiéndome que mi vida corría un serio riesgo con semejante marejada...

...A la distancia parecióme reconocer las formas bellísimas de una sirena que avanzaba majestuosamente hacia mí, cortando el busto la líquida superficie como la proa de un buque. Dirigíme yo también hacia ella ...nadé, nadé... nadé cuanto pude... y perdí el conocimiento...

Viéndome ahogar, la copiosa concurrencia de la rambla y de la playa—según se me dijo después,—lanzó desesperadas voces de auxilio. Tocóse la

campana de alarma. Y dos guardias de la costa corrieron á un bote, fueron adonde veían aparecer y desaparecer mi cabeza pálida y moribunda, arrojóse allí uno al agua, y me salvaron...

Cuando volví en mí, estaba cómodamente instalado en mi lecho del hotel. Rodeábanníe personas solícitas, encantadas de verme con vida. Y, entre ellas, mis dos salvadores...

Supe entonces que los dos hablaban de la milagrosa intervención de una mujer, una nadadora incógnita de poderosa belleza, que me tomó en los brazos cuando me ahogaba, y me sostuvo hasta que ellos llegaran á socorrerme, desapareciendo luego en el mar como un pez...

Nadie creyó á los guardias la historia de la nadadora, nadie, menos yo... ¡Yo sabía que era ella, ella, la Sirena! Y sentí el pecho lleno de ternura al pensar que debía agradecerle la vida.

Pasé el día en cama, con fiebre, delirando. No obstante, en cuanto llegó la noche, vestíme y salí con el sigilo y la premura de un escapado de presidio... Fuí, naturalmente, á sentarme junto al torreón de la orilla del mar, creyéndome un enamorado que acude á una cita.

Como en las veces anteriores, á media noche surgió el extraño canto del fondo del abismo...

Descalcéme, y, agazapándome contra las piedras como un cazador en acecho, me dirigí hacia el punto de la costa de donde parecía venir la voz... Bajo el fantástico plenilunio descubrí allí el más extraordinario espectáculo: ¡una Sirena, una verdadera Sirena de carne y hueso, que se peinaba con peine de nácar sus cabellos de oro, cantando sentada sobre una alta peña á la orilla del mar!

Al verme aparecer y adelantar hacia ella con los brazos extendidos, con el ardor del amante que halla á su amada después de larga ausencia, ella se estremeció, lanzó un grito, enmudeció, clavó en mí la azul mirada de sus pupilas... ¡y se lanzó de cabeza al agua como una rana!

Al verla sumergirse bajo las ondas, corrí frenético á lanzarme en su persecución... Pero la Sirena emergió otra vez, me hizo con las manos elocuente signo de que esperara, y, sacando todo el arrogante busto sobre el agua, hablóme con un acento tan exótico y una voz tan vibrante, que apenas pude comprender las siguientes palabras:

—¡Deténte, desgraciado!

Con trémulo acento de pasión yo le repuse :

—¡ No puedo ! No puedo vivir sin ti... corro hacia ti...

—¡ Deténte !—repitió ella.—¿ No ves que corres hacia una muerte segura ?

—Moriré en tus brazos...

—¡ No, no !... Espérame... yo iré á la costa...— me contestó ella, nadando, en efecto, hacia la orilla.

Ya muy cerca de mí se detuvo y preguntó :

—¿ Llevas armas ?

Lleno de sorpresa, le contesté :

—Ninguna.

—Me juras por tu honor no hacerme daño ?

—Lo juro por mi Dios y por mi patria.

Oído esto, rióse imperceptiblemente la Sirena, subió á la arena de la playa y se arrastró apoyándose en las manos y culebreando con su larga cola pisciforme, como una foca ó un lobo marino.

Iba yo á balbucear una loca declaración de amor ; mas al verla, de la cola á la cabeza, se paralizó mi lengua y mi sangre se heló en las venas... ¿ Era este monstruo, con su largo apéndice nata- torio, con su coriácea piel de delfín, con su aspec-

to fiero y silvestre, el bello ideal de Sirena que forjara la fantasía humana y soñase yo en un sueño de amor?... Ciertamente que el perfil era griego, que las facciones eran correctas y propias de una mujer joven, ¡pero qué mujer tan grande y tan fría!

—Ya lo ves—me dijo ella sonriendo con horrible sonrisa de perro.—La realidad no es hermosa como la leyenda.

—Yo creía—murmuré—en la Sirena de la antigua mitología, la del cuento alemán de la *Ondina* ó la novela inglesa llamada *Miss Waters*...

—¡Patrañas, hijo mío, patrañas!

Vivamente picada mi curiosidad, atropelláronse en mi boca una serie de preguntas:

—¿Dónde vive usted?... ¿Cuáles son sus costumbres?... ¿De qué se alimenta?... ¿Cómo ha apredido á hablar la lengua de los hombres?...

—¿Quieres hacerme lo que ustedes llaman... creo que un «reportaje»?...—preguntó la Sirena, riéndose con la doble hilera de sus dientes blancos, enormes, antes propios de una fiera carnívora que de un ser humano.—Pues te diré que las Sirenas vivimos en grutas y cavernas escondidas en la costa del mar...

—¿Por qué se esconden ustedes?

—¡Bah!... Porque tememos á los hombres, y nos horripila la idea de que algún día puedan pescarnos y exhibirnos vivos en sus jardines zoológicos, ó bien en sus museos, disecadas y embalsamadas. Para ahuyentarlos, damos pábulo á la leyenda y les mantenemos á la distancia, en el temor de vernos y en la duda acerca de nuestra verdadera existencia.

—¿Cómo conocen ustedes tan bien á los hombres?... ¿Son ustedes inmortales?

—¿Inmortales?... ¡Qué disparate!... Pero somos, creo, los animales de vida más larga. Vivimos más que el elefante y la ballena, unos cinco ó seis siglos. Tenemos, pues, tiempo de aprender mucho, mucho, hasta las distintas lenguas que hablan los hombres, y sus costumbres, y sus ideas...

—Pero, ¿cuál es la lengua de ustedes?

—Es el canto, el canto que acabas de sorprender.

—¿Cómo aprendió usted el español?

—Lo sé desde que vinieron á estas playas los primeros conquistadores. Me lo enseñaron, en pa-

go de moluscos que les llevaba para que se alimentasen, dos náufragos á quienes abandonó en una roca solitaria, castigándolos por haberse rebelado, un navegante portugués que se llamaba Magallanes. ¡El hombre es un animal muy cruel!...

Hizo aquí una pausa la Sirena, y continuó luego, como ganosa de terminar:

—¿Y qué más quieres saber?... ¿De qué nos alimentamos? De algas y mariscos. ¿Si formamos pueblos ó grandes colectividades? No; vivimos en cortas familias. ¿Si es antigua nuestra estirpe? Muy antigua es, y hartó anterior al hombre. Más todavía: desde que apareció el hombre sobre la tierra, nuestra raza viene decayendo y degenerando. Tal vez se extinga muy pronto.

Hizo la Sirena una nueva pausa, que yo interrumpí observándole:

—Todo esto es muy verosímil, lo confieso... Pero lo que yo no entiendo es cómo su raza persiste y se multiplica... Los animales superiores son todos sexuados; en cada especie ó raza hay machos y hembras... Sin embargo, yo no sé que haya sirenos; todos los animales de su sangre son femeni-

nos, es decir, sirenas... A no ser que tengan ustedes amores con los hijos de los hombres...

—¡Amores con los hijos de los hombres!... ¡Qué barbaridad!... Nosotras tenemos nuestros maridos, maridos de nuestra raza, de nuestra sangre, ¡los tritones!

—Los tritones son seres oscuros é ignorantes—aventuré tímidamente, —mientras que las sirenas...

—Te he dicho que nuestra raza está en decadencia desde hace muchos siglos, y, como toda raza degenerada, produce hembras superiores á sus machos...

—Superiores, sí, mas no tan diferentes como lo son las sirenas de los tritones...

—Siempre habrá menos diferencia entre nosotras y nuestros maridos, que las que se observan entre las hembras y los machos en ciertas especies animales, sobre todo en los insectos...

Fijo, sin embargo, en mi idea, insistí:

—Esos náufragos que han enseñado á las sirenas los idiomas de los hombres, ¿no les enseñaron también su manera de amar?

Rióse la Sirena con su horrible risa bestial, y exclamó:

—Acaso alguna vez un pobre náufrago haya pretendido poseer una sirena... Pero, dime con franqueza, ¿podrías tú tener ahora amores conmigo? ¿No te repugna mi aspecto de pez, mi olor marino, mi frialdad, mi piel húmeda, gruesa y resistente?... Aunque no tuviera yo el peligro de mi vida marina, ¿aceptarías tú mi mano?

Y al decir esto, se tendió una ancha y poderosa mano, con uñas como garras y entre los dedos, *horresco referens*, ¡unas rugosas membranas natatorias, como las que los unen en las patas de las aves acuáticas!...

—Fíjate bien—añadió ella vivamente, meneando la cola á modo de abanico.—El canto de la sirena atrae por el amor al misterio, á lo desconocido, al infinito... Es así que, una vez revelado ese misterio, ese desconocido, ese infinito, tal amor debe apagarse... ¡Confíesalo! ¿No es verdad que, una vez que me has visto de cerca, una vez que conoces mi verdadera existencia animal, has dejado de quererme con tu antigua ansia de muerte?...

Pensándolo bien, yo agaché la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Te he curado, pues, de un mal sueño! A riesgo de perjudicar á mi raza, te libré de una muerte terrible, cual lo es la del ahogado... Ya no me queda más que despedirme y huir...

Dicho esto, arrojóse otra vez la Sirena al agua, se zambulló, sacó la cabeza, agitó los brazos en señal de despedida, desapareciendo después entre las ondas del mar...

Víla yo alejarse sin mucho sentimiento, me puse de pie, hundí mis manos en los bolsillos, y volví al casino silbando entre dientes... Semiolvidado ya de mi aventura—pues que no soy curioso ni naturalista,—pensaba, al caminar, cómo procedería para pagar mi deuda al empresario del casino y mantener en próspero estado mis negocios.

II

LA PESCA DE LA SIRENA

A bordo del *John Blakstone*, anclado en Port-Stanley, febrero 20 de 19...

Nunca hubiera creído que el destino ó las circunstancias pudieran hacer de mí un escritor ó un periodista, pues aunque amo la buena lectura, detesto la tarea de escribir, hasta mis cartas comerciales, cuya redacción, generalmente, encomiendo á mis dependientes. Sólo el extraordinario caso ocurrido hace ya algunos años, de haber *reporteado* una Sirena en la playa de Mar del Pla-

ta, pudo impulsarme á escribir la *interview* para dejar constancia del encuentro... Pero he aquí que el caso extraordinario se repite, y que las circunstancias ó el destino vuelven á hacerme, por accidente, á mí, el incansable y feliz comerciante y especulador en tierras, á mí, don Jerónimo Robbio, de la casa Robbio, Penarés y Compañía, otra vez un escritor ó un periodista...

Los lectores de mi *interview* á una Sirena en Mar del Plata, creerían, seguramente, que se trataba de una fábula, más ó menos bien ó mal trazada... ¡Y he aquí que se acerca el momento de que la experiencia y la ciencia humanas comprueben indubitavelmente la morfología, la fisiología y las costumbres de la especie Sirena, así como se conocen las de otra especie animal cualquiera, por ejemplo, el *felis leo!*

Voy á explicar mi afirmación, narrando el hecho que acabo de presenciar. Nada me importa que ahora me tachen de fantasista ó mentiroso, aun en pasajero menoscabo de mi crédito comercial, tan seguro estoy de que muy en breve se sabrá á todas luces la verdad, la verdadera verdad. Entonces triunfaré y me reiré de los incrédulos.

Rira bien, como dice el refrán francés, *¡qui rira le dernier!*

Recordaréis, lectores, que en la temporada balnearia de 19... jugué febrilmente en Mar del Plata, perdiendo mi fortuna y algo más. Brevemente os diré ahora que, después he conseguido trabajar y especular con tanta suerte y ahinco, que pagué todas mis deudas y me encuentro en próspera situación pecuniaria. Pero mis esfuerzos y cavilaciones para ganar dinero me dejaron otra vez, á fines del año pasado, un tanto débil y nervioso. Por eso me recetó mi médico que tomara este verano aire de mar.

Temeroso de la tentativa de jugar que provoca en los espíritus inquietos el *dolce far niente* de los balnearios, no quise volver á Mar del Plata. ¿Dónde tomar entonces el recetado aire de mar? Me aconsejaron un viajecito á Europa, más mis negocios no me permiten todavía la prolongada ausencia de ese viaje. Fué así que, puesto que no me mareo á bordo—ni en las alturas, diré de paso,— me resolví á navegar por los mares del Sur.

Llegué hasta Punta Arenas, donde me encontré con un súbdito de S. M. B., mister George

Phillips, de la firma Phillips Brothers and Company, importante casa comercial de importación y exportación establecida en Londres y Buenos Aires. Perfecto caballero, hombre instruido y de agradable trato, Phillips fué siempre excelente amigo mío. Tuve así un gran placer en encontrarle. Venía del Pacífico, en viaje de negocios, á bordo del vapor de carga *John Blackstone*, fletado á Buenos Aires por su casa de comercio.

Invitóme mister Phillips á seguir viaje con él, poniendo á mi disposición un cómodo camarote y una mesa «menos mala» que las de los vapores de pasajeros, como si el *John Blackstone* fuera su *yacht*. Iremos á las islas Malvinas, visitaríamos después dos ó tres puertos de la costa patagónica y, en febrero, regresaríamos á la capital argentina.

De mil amores acepté la amable invitación. Agrádanme el viaje, la compañía de mister Phillips, la comodidad del buque, y hasta la idea de tratar con algunos pescadores de lobos marinos, que entregarían á mi amigo una buena cantidad de pieles que ofrecieran en venta á su casa comercial.

Después de una borrascosa travesía, llegamos á Port-Stanley, puerto y capital de las Malvinas. Esperaba allí al buque una buena carga de pieles, y á mister Phillips, para saldar cuentas, un joven escocés, que se diría empresario ó capitán de una cuadrilla de pescadores en los mares del Sur.

El día de nuestra llegada, como hiciera buen tiempo, pedí al escocés que me llevase á pescar en su barca «Kitty». Accedió él graciosamente, aunque advirtiéndome que no encontraríamos por aquel lado nada que valga la pena, salvo alguno que otro tiburón, cuya pesca no carece de interés para el viajero.

Convidé á mister Phillips á acompañarnos, pero el se rehusó. Dijo que prefería quedarse á bordo del *John Blakstone*, y, burlándose de antemano, me felicitó por el tiburón con que lo pensábamos obsequiar.

Muy de madrugada partimos al día siguiente el escocés y yo, acompañados de tres ó cuatro marineros, á bordo de la *Kitty*. No nos habíamos alejado aún de la costa, cuando con mi anteojo marino descubrí un cuerpo extraño que flotaba en el mar.

Mostrélo al escocés, y ambos resolvimos acercarnos para verlo mejor. Agitado por un vivo presentimiento, recordé mi encuentro en mar del Plata con una sirena; el corazón me dió un vuelco... Y, efectivamente, al acercarse la *Kitty*, todos descubrimos, llenos de asombro, que el cuerpo flotante era el de un animal nunca visto, mitad mujer, mitad pez... ¡Era una sirena, una verdadera sirena, con los ojos cerrados, crispada la boca, extendidos los brazos, suelta la rubia cabellera, y ella, al parecer, desvanecida ó muerta!

—¡ Es una sirena!... ¡ Vamos á pescarla!—rugió fuera de sí el escocés; y los marineros sacaron los harpones.

—¡ No, no!—grité yo entonces, interponiéndome.—¡ No la matemos!... ¡ Enlacémosla con la cuerda de los harpones, en los brazos ó en la cola, y apresémosla sin hacerle daño, así como está, dormida ó desmayada!...

Mi idea entusiasmó á aquellos pescadores. En apasionado silencio, maniobrando hábilmente, conseguimos ponernos junto á ella y atarle ambas manos con una cuerda fortísima, que amarramos en el mástil de la *Kitty*. Tratamos entonces de su-

birla á bordo... Mas, apenas diéramos dos ó tres tirones, despiértase ella, abre los ojos, da un grito salvaje, sacude vivamente las manos sin poder desasirse, mueve con furia su cola de delfín, y lártese hacia adelante, cortando el agua de bruces, siempre á flote, con pujanza irresistible...

La cuerda, al tenderse rectamente, voltea á un marinero al fondo de la barca, y la sirena remolca la *Kitty* hacia alta mar, con la rapidez de un vértigo. El escocés y un marinero tratan de lanzarle los harpones, y los harpones se pierden varias veces en el mar sin dar en el blanco. En tanto, la velocidad aumenta, y la barca se bambolea y tiembla como una histérica... De cuando en cuando, la sirena zambulle y tira para el fondo del mar, haciendo crujir los maderos de la quilla...

Ante peligro tan inminente, el escocés saca su cuchillo y va á cortar la cuerda... Yo me interpongo nuevamente, gritando:

—¡No corte usted esa cuerda, que ella se escaparía!... ¡Esperemos á que se canse y se desvanezca de nuevo!... ¡Un momento, señores!...

Y ese momento salvó nuestra pesca milagrosa. De pronto, la rapidez de la carrera disminuyó, la

cuerda se aflojaba á ratos, los tirones eran cada vez menos vigorosos... Ya no podía dudarse, ¡la sirena perdía fuerzas!

El buque acabó por arrastrarla. Entonces intentamos tirar todos de la cuerda para izarla á bordo. Mas, en cuanto nos sintió ella, pareció recuperar fuerzas de nuevo, y nos sacudió con tal empuje, que el escocés cayó al agua. Tendímosle una cuerda, tomóse de ella y volvió á bordo, proponiéndome que matáramos á tiros á la sirena, ya que no la podíamos izar viva...

Opúseme yo, y proyecté, en cambio, llevarla á remolque hasta el *John Blackstone*, donde nos sería ya más fácil izarla, empleando tal vez, si fuera posible y necesario, hasta la fuerza motriz de las máquinas... Aceptada esta idea, volvimos al puerto y nos pusimos pronto junto al *John Blackstone*. Allí, mister Phillips, no menos sorprendido y entusiasmado que nosotros, ayudónos en nuestra empresa.

La sirena se resistía aún. Coleó, nadó, forcejeó, llegó hasta temerse un instante que, con su fuerza portentosa, arrancara el ancla del vapor... Pero, al fin, agotados su esfuerzos, acabó por desvanecerse

de nuevo ; y, desvanecida, por medio de una polea y con la fuerza de varios hombres, conseguimos izarla sobre cubierta... ¡ Ahí teníamos á la sirena, tendida cuan larga era, al parecer, sin vida ya !

Apliquéle el oído al pecho, y exclamé :

—Respira... Vive...

—Podemos desatarle las manos...—insinuó mister Phillips, sin volver todavía de su sorpresa.

—De ningún modo—repuse yo, con mayor experiencia de nuestra pesca.—Tengámosla bien atada, porque si no, se escapará de un momento á otro, lanzándose de cabeza en el mar. Si queremos llevarla viva, que se le pongan las esposas con que se aprisionan los marineros, y encerrémosla en la bodega.

Hízose así, exclamando después mister Phillips :

—¡ Qué hallazgo espléndido !... ¡ La llevaremos á Londres, donde hará furor en el *Zoological Garden* !...

—Poco á poco, compañero—objeté.—Yo estoy más bien dispuesto á llevarla al Jardín Zoológico de Buenos Aires.

—Eso no podemos resolverlo así no más... La sirena está en un buque, en mi poder...

—¡ Pero es mía ! ¡ Yo la he pescado !

—*I beg you pardon!* La ha pescado este joven escocés, empleado de la casa *Phillips Brothers and Company*, y á bordo de su barca pescadora la *Kitty*....

—¡ No, mister Phillips !... ¡ Yo fui quien la descubrió en el mar, yo quien dirigió la pesca, yo quien la salvó de que la matáramos, yo quien evitó que la perdiéramos, cortando la cuerda cuando nos arrastraba hacia alta mar !... Que lo diga sino el capitán de la *Kitty*... ¿ No es verdad, joven ?

Rascóse la cabeza el escocés, y respondió caballeresca y rotundamente :

—*Yes, sir.*

Este testimonio favoreció un momento mi causa. Pero mister Phillips no quiso darse todavía por vencido, y argumentó :

—En todo caso, la sirena pertenece por partes iguales, mitad á la casa Phillips, mitad al señor Robbio...

—Partámosla, entonces, en dos mitades—repliqué yo por broma, imitando el famoso fallo de Sa-

lomón,—y llevemos una mitad á Buenos Aires y otra mitad á Londres...

—Más bien, véndame usted su parte...

—No, mister Phillips. Es toda ella mía, y para mí es cuestión de patriotismo llevarla entera á que la estudien los técnicos de mi patria y atraiga allí las miradas del mundo todo..

—Usted va demasiado deprisa, señor Robbio... Recordemos que ella ha sido pescada en la costa de las islas Falkland, en aguas británicas.

Este argumento impresionó tanto al auditorio, que yo tuve que objetar:

—¡Está usted equivocado, mister Phillips!... La pescamos á gran distancia de la costa, esto es, en alta mar.

Mi contestación, aunque harto discutible, pareció impresionar á favor de mi derecho. Se hizo una pausa, después de la cual, mister Phillips, que tenía fe en su buena estrella, propuso todavía:

—Echémosla á la suerte.

—Tenga usted seguro, señor Robbio, que no se la quitaré por la violencia. Pero pleitearemos... nombraremos un juez... un árbitro...

Recordando mis aventuras de Mar del Plata, y

convencido de que la sirena pescada fuese la misma que yo entonces conociera, tuve como luminosa idea, y pregunté:

—¿Qué juez, qué árbitro?

Mister Phillips replicó con viveza:

—Pues... aquí tenemos el capitán del *John Blackstone* que, como usted sabe, es un perfecto *gentleman*...

—Recuso semejante juez—respondí yo, con no menor prontitud.—Es compatriota, amigo, empleado y partidario de usted...

—Podríamos, entonces, consultar las autoridades de Port-Stanley.

—¡Menos aún!... Son también británicas y darían la razón á ustedes...

—Tampoco consultaremos las argentinas, que le darían la razón á usted...

—No pretendo que las consultemos. El juez lo tenemos aquí, á bordo...

—¿A bordo?

—Sí—y después de una pausa, agregué solemnemente:—Es la misma sirena.

—¿La sirena, dice usted?... ¡La sirena!... Pero si la sirena no sabe hablar, ¿cómo va á poder ma-

nifestarse?... ¡La interpretación de los gestos es tan difícil!

—No se trata de interpretar gestos, sino palabras. Si cuando la sirena recupere el conocimiento, volviendo de su desmayo, es interrogada por nosotros, y contesta en buen castellano...

—¡En buen castellano!... ¡Hablar una sirena en buen castellano!... De hablar, las sirenas hablarían en inglés... ¡Usted se burla de nosotros, señor Robbio!...

—No me burlo. Hablo con toda mi seriedad de comerciante, y prometo, bajo mi palabra, cumplir el contrato. Si la sirena habla y dice en buen castellano que yo soy su dueño, ustedes me reconocerán por tal. Si manifiesta lo contrario, ó si nada manifiesta, ó si habla mal, cualesquiera que sean los gestos y ademanes, ¡la sirena es suya, mister Phillips!

Seguro de ganar su pleito (¿quién iba á suponer que una sirena hablase y en castellano?), mister Phillips consintió.

—Aceptado. ¡Ante todos estos testigos, aceptado!—Y me dió un apretón de manos tan enérgico,

que mis dedos crugieron como si fueran á romperse.

Fuimos luego á ver á la sirena, aprisionada. Yo la apliqué éter y le dí á oler sales inglesas. Con eso abrió los ojos, y volvió en sí, llena de terror.

—¿No reconoces á tu amigo de Mar del Plata?— díjele al oído.—Nada temas. Sólo debes decir, cuando seas interrogada, que soy tu único dueño.

Ella clavó en mí una mirada de inteligencia y de esperanza, y yo la interrogué así, rodeado de mister Phillips y toda la tripulación del *John Blackstone*:

—Mister Phillips, este caballero inglés que vé usted aquí, señora sirena, y yo, el señor Robbio, un caballero argentino, pleiteamos acerca de cual de los dos es el dueño y señor de usted. De común acuerdo hemos resuelto que usted falle y resuelva. Diga, pues, señora Sirena.

En intensa pausa la sirena nos miró á uno y á otro, moviendo la cola, según su costumbre, y luego dijo, con su voz poderosa y su exótica pronunciación, lenta y gravemente:

—Pues yo fallo y resuelvo que mi único dueño y señor es el señor Robbio, el caballero argentino.

● En el colmo del estupor, mister Phillips y demás, acataron la sentencia... ¡Y heme aquí que vengo hacia Buenos Aires, trayendo una sirena viva, viva y parlante, y cantante, para pasmar al mundo!

III

LA FUGA DE LA SIRENA

Buenos Aires, marzo 31 de 19...

Difícilmente podría describir la doble y compleja impresión de júbilo y de remordimiento que sentí al llegar á Buenos Aires con mi pesca milagrosa. Causábame júbilo la idea de dotar al Jardín Zoológico de mi ciudad natal, de un ejemplar único de tan rara especie. Mas el remordimiento de burlar así la buena fe de un ser que antes me protegiera y salvara en mi última estadía en Mar del Plata, me llenaba el alma de amargura... Aunque comerciante, soy buen sujeto.

Mister Phillips ya nada quería saber conmigo.

El y los suyos, en vista de que yo no les cediera mi presa ni por razones, ni por ruegos, ni por dinero, tramaron á su rededor una verdadera «conjuración de silencio». ¡No iban á ser ellos, no, los portadores de mi gloria, ó de las adquisiciones de un jardín Zoológico ó de un museo de Historia natural que no fuesen británicos! Los ingleses, para Inglaterra.

Este silencio me agradó. Sería una tregua para mi conciencia, pues me dejaba en libertad de dar puerta franca cualquier día á la sirena... Al fin y al cabo, ¿qué adelanto mayor iba á traer al mundo el estudio de una nueva especie animal, ó mejor dicho, de una antigua especie ya tan sospechada y hasta conocida en las leyendas y poemas, desde remotas edades?... Bien dije que no soy hombre de ciencia ni de letras, sino de negocios.

Tampoco me halagaba la idea de hacer un negocio con mi sirena. No siendo yo empresario de circo, parecíame desdoroso lucrar con mi hallazgo como un charlatán ó un aventurero.

Llegamos al puerto de Buenos Aires una madrugada fría y lluviosa. Con grandes precauciones puse yo una especie de traje femenino á la sirena, la envolví en un manto, la desembarqué, y en un fiacre

la transporté á mi casa. Ella me dejaba hacer, en un estado tal de debilidad y postración, que era casi de perfecta inconciencia. Por precaución, habíale dejado los grillos en las muñecas.

Una vez en mi discreta *garçonière*, hallándome á solas con semejante monstruo, me encontré en el más lamentable estado de perplejidad y de duda. ¿Qué haría yo de la sirena?... Por de pronto, su triste estado de salud reclamaba un médico... ó un veterinario... Pero no se me ocultaba que llamar un veterinario ó un médico, era denunciar su existencia al mundo entero! Así, con tan negra ingratitud, iba á pagarle yo el servicio que antes me hiciera ella en la playa de Mar del Plata!

Ocurrióseme entonces consultar al señor Falco, un naturalista amigo mío, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Fui á verle, y le narré confidencialmente el caso, con todos sus detalles. .

—¡ Es imposible!—vociferó él al oirme.—¡ Usted se quiere burlar de mí, señor Robbio!... ¡ Y yo que le tenía á usted por persona seria y juiciosa!...

—Por tal me tengo yo también, y todo el mundo me tiene. No sé que nadie pueda dudar de mi palabra...

—De su palabra, no ; pero...

—Pero de mi juicio, sí. ¿No es eso, señor Falco?

—No, no es eso... Yo no me hubiera atrevido á decirlo nunca... Puede haber un mal entendido... un error de apreciaciones...

—Pues si usted duda de la existencia de la sirena, bien fácil le será cerciorarse. Póngase usted el sombrero, y sígame...

Falco vaciló un momento, como pensando si sería prudente seguir á semejante loco...

—¡Vamos!—exclamé yo impaciente.—No hay tiempo que perder. Piense usted que la sirena parecé muy enferma con la nueva vida de prisión que ha llevado, y puede morirse de un momento á otro...

Tomó Falco el sombrero, dió alguna orden, en voz baja á un criado, y salió conmigo, sin saber qué pensar... Yo le llevé á casa y le puse en presencia de mi presa. Examinóla atentamente. Y al reconocerla, no pudo menos de gritar como un loco :

—¡ Pero si esto es una sirena, una verdadera sirena !... ¡ Una sirena !...

—Es usted ahora el que parece perder el juicio, señor Falco—observé yo tranquilamente.—Y como

estoy en mi casa, tengo que pedirle moderación... y hasta secreto...

—¡Secreto!... ¿Cómo cree usted que se pueda guardar secreto de tal descubrimiento?...

—Un secreto provisional... Deseo que se guarde silencio por algunos días...

—¡Yo no podría callarme, no podría!...

Después de un rato de silencio, dije al naturalista con la más firme entonación:

—Si es así, si usted no quiere prestarme este pequeño servicio, nada tenemos que hacer... Puede usted retirarse y hablar lo que quiera. ¡Yo negaré cuanto usted diga y no mostraré á nadie este raro animal, que á mí solo pertenece!...

—¡Pero señor Robbio!...

—Por otra parte, si usted me promete bajo su palabra de honor guardar por un tiempo mi secreto, yo le presto la sirena. Podrá usted llevarla al Jardín Zoológico, y estudiarla allí á gusto, hasta que yo se la reclame.

Falco pareció deslumbrarse con esta perspectiva. ¡Yo le cedía mi tesoro con la sola condición de que guardara reserva durante un tiempo!...

—Además—agregué,—este silencio le conviene también á usted ; así se libra de importunos, y realiza tranquilamente sus estudios.

Sin vacilar ya, Falco exclamó, tendiéndome la mano :

—Tiene usted razón. Le prometo, bajo mi palabra de honor, guardarle el secreto hasta que usted me dé permiso para levantarlo... Yo cuidaré la... sirena... y sólo á usted le permitiré verla...

—¡ Eso sí !... ¡ Yo he de verla cuando quiera !... —exclamé distraidamente.

—Claro—asintió mi amigo ;—como que usted es su dueño...

Inmediatamente Falco y yo llevamos en un coche á la sirena, siempre envuelta en su manto, hasta el Jardín Zoológico. Allí la instaló el naturalista, dedicándose, desde el primer momento, á curarla de su debilidad y su apatía. Yo me volví á casa con el ánimo lleno de una tristeza que se parecía al remordimiento ; pero bien resuelto á olvidarme cuanto antes del extraño bicho marino...

Al poco tiempo recibí la visita del señor Falco. Venía á decirme que, gracias á sus cuidados, á una alimentación adecuada y poderosa, y á varias dro-

gas oportunas, la sirena estaba ya curada, y tan sana y fresca, como cuando yo la conociera en la playa de Mar del Plata. Acordábase perfectamente de mí y deseaba verme. Así lo había manifestado categóricamente á su médico y guardián.

—Perfectamente — contesté á Falco. — Iré... pronto...

—Venga usted mañana mismo... ú hoy...

—Hoy no puedo, y mañana me marchó tempranísimo para el campo por unos días...

—Pase usted por el Jardín Zoológico antes de tomar el tren...

—Sólo podría ir muy temprano, á las seis de la mañana...

—¡Pues á esa hora lo espero!

Tentado por la curiosidad de ver nuevamente á aquél extraño organismo, á la sirena, acepté la proposición del naturalista. Antes de tomar el tren, á la madrugada, fuíme al Jardín Zoológico. Como aún no se había levantado mi amigo Falco, recibíame uno de los guardianes, que, advertido la noche antes por el director, hizome pasar á la jaula secreta donde la sirena estaba presa. Entré yo de puntillas, sin hacer el menor ruido, como al aposento de

un enfermo. Pero su atento oído de animal salvaje, siempre en guardia, apercibió mi entrada y ella se despertó inmediatamente. Incorporóse y me tendió la mano, diciéndome :

—¡ Al fin vienes á verme ! Aunque mucho oye-
ra yo ponderar la ingratitud de los hombres, nunca
creí que fuera tanta.

Yo balbucí algunas excusas... Ella continuó
con su voz recia y cantante y su exótico acento :

—¿ Cómo has podido olvidar, oh hombre, que yo
te he salvado la vida, y entregarme á ese verdugo
de naturalista, para que sirva de befa y escarnio
del populacho ? ...¿ No sabes que todos los anima-
les inteligentes son agradecidos ?...

—Perdóneme—le repuse.—Su caso es tan raro,
que yo no he podido obrar de otro modo... Como
hombre me debo á mis semejantes y tengo que ha-
cer lo que puedo por ilustrarlos... Si el destino me
ha deparado tan extraño encuentro...

—Sea. Te admito que debas favorecer las oca-
siones de que tus semejantes se ilustren. Pero,
¿ para qué ?...

—Para que sus mayores conocimientos mejoren
su condición y aumenten su felicidad...

—Veo que razones bien. Como hombre debes cooperar á la felicidad de tus semejantes, y, en general, la idea corriente entre las razas humanas es que, aumentando los conocimientos, se propende á la felicidad. Pero, díme, en mi caso particular, ¿qué provecho de felicidad puede aportar á los hombres el conocimiento científico de esta especie animal que ellos llaman «Sirena», y que ya conocen por la leyenda?...

Tomado así, de improviso, nada se me ocurrió que responder á cuestión tan insólita...

—Recuerda bien lo que te pasó este verano en Mar del Plata—continuó la Sirena.—Mientras me creíste el raro ser de la leyenda, estuviste algo como enamorado de mí. Cuando me viste—y aquí accionó ella con sus manos poderosas, abriendo los dedos unidos por la gruesa membrana natatoria,—cuando me viste, te causé repulsión y tu amor se desvaneció como una ola al tenderse sobre las arenas de la costa. Sufriste un desengaño, ¿no es verdad?

Yo asentí con la cabeza...

—Pues un desengaño es lo que sufrirá la humanidad si su ciencia me estudia y analiza, nada más

que un desengaño. ¿Aumentará con esto su bienestar, su felicidad? Seguramente no, puesto que los desengaños son dolorosos...

Aquí hizo una pausa la Sirena, dándome tiempo para que yo comprendiera bien su argumentación. Luego prosiguió, con voz cada vez más insinuante y cariñosa:

—Piénsalo, hombre. Mi prisión me hará morir de pena y perjudicará á mi raza, que, en adelante, será perseguida como las focas ó los lobos marinos. Harás su desgracia. ¿Y qué sacará la humanidad con ello? ¡Un desengaño más!

Sin saber qué contestar, yo murmuré:

—La verdad es que...

Y ella, gimiendo casi desesperadamente, imploró:

—¡Piénsalo bien! Mi pérdida será una desilusión, la muerte de una de las más hermosas leyendas de los hombres. Esto será lo que habrás sacado con tu maldad y tu ingratitud. Procederás como un chico inconsciente, que rompe un precioso juguete para ver lo que tiene adentro. ¡El juguete es aquí el Ideal!

—Me va usted convenciendo, señora—pude yo articular confundido y hasta conmovido...

Ella se acercó á mí, tomó mis manos, y cubriéndolas de lágrimas y de besos como un perro fiel, exclamó:

—¡Tén piedad de mí!... ¡No cargues tu conciencia con un inútil remordimiento!... ¡Sálvame la vida como yo te la he salvado!...

.. —Quiere usted huir y que yo la ayude...

Tocóle ahora á ella el turno de asentir, mientras yo observaba, casi para mí mismo:

—Bien podría llevarla al río y arrojarla allí para que escape... ¡Pero linda escandalera me armaría después Falco!

Con su voz trémula de lágrimas y mesándose la dorada cabellera como una mujer, ella exclamó elocuentemente:

—¿Qué te importan las reconvenciones de ese Falco?... ¡Mucho más arriesgué yo cuando te salvé en Mar del Plata de la Locura ó de la Muerte!... Además, yo soy tuya; lo he declarado... ¿Sabes por qué lo declararé?... ¡Porque confiaba en tu buen corazón!...—Y terminó implorando con su

llanto profundamente humano:—Pero me he equivocado, ¡ah, me he equivocado!

No pude yo escucharla más... Mi caridad y mi gratitud se sobrepusieron á todas las consideraciones de curiosidad y utilidad social... Toméla en los brazos y me encaminé á la orilla del río. Mi corazón latía fuertemente. El entusiasmo me daba fuerzas... Como á aquella hora todo estaba desierto, nadie me vió atravesar el Parque de Palermo... Llegué pronto á la orilla del río, besé allí la rubia cabellera que me rözaba los labios, y arrojé la Sirena al agua... Ella sacó el pecho, nadó con fuerza, se despidió de lejos agitando los brazos, y desapareció nadando en dirección al mar ...

·
¡UN VALIENTE!

I

En el generoso comedor de su estancia almorzaba una mañana, alegremente, don Jerónimo Valladares, con su esposa y sus hijitos. Un peón le trajo una carta que llegaba por el correo de Buenos Aires. El estanciero la abrió, la leyó, y dijo distraídamente á su mujer :

—Es de mi primo Perico Peralta. Cargado de deudas é incapaz de hacerse su sitio al sol, me pide permiso para venir á la estancia, á trabajar por cualquier cosa, aunque sea sólo por casa y comida...

—Buen inútil es tu primo Perico—repuso la señora de Valladares. —Nunca ha servido para nada...

—Convenido. Es un pobre de espíritu, un raquí-

tico de cuerpo y de alma... No mata una mosca... Pero, ¿cómo quieres que yo le niegue hospitalidad? Tendré que recibirlo y trataré de darle trabajo.

Con su buen sentido de siempre, la señora de Valladares observó á su marido :

—Recíbelo y dále casa y comida, ya que no puede hacerse otra cosa... Es tu deber, puesto que fué siempre tan amigo tuyo ese muchacho... No me opongo. Sólo te advierto que me parece imprudente darle el menor trabajo... Házle comprender que lo recibes por caridad. ¿En qué podría él ayudarte?...

—Tal vez como administrador ó cajero...

—¡ En eso menos que en nada debes ocuparlo!... Ahora, para luchar con los peones, se necesitan hombres valientes, y, por lo que tú mismo me has dicho, Peralta tiene de todo menos de valiente...

Uno de los chicos interrumpió aquí á su madre para pedir «otro choclo»... Hízosele servir lo que pedía... Y Valladares, mientras un muchacho espantaba las moscas alrededor de la mesa con una pantalla, asintió á las observaciones de su mujer.

—La verdad es que Perico ha sido siempre el

hombre más miedoso. Aunque fanfarrón y burlón, rehuía cualquier lance... Más de una vez huyó cuando se le amenazaba... En el colegio, todos, hasta los maestros, le llamaban «Perico el gallina»... En su casa tenía miedo hasta de sus hermanitos más chicos, á quienes, sin embargo, daba frecuentemente bromas pesadas, como uno que yo me sé ...

Sintiéndose aludido, Jeromín, el hijo mayor de Valladares, un personaje de nueve años, púsose encarnado y respondió con altivez :

—¡ Pero yo no tengo miedo de nadie !

Los demás chicos repitieron sucesivamente :

— Ni yo... ni yo... ni yo...

Y Ramonillo, el menor, un pulgarcito de tres años, opinó en su media lengua :

—Ese Pezico es un zonzo.

Riéronse los esposos Valladares de la sentencia inapelable de Ramonillo, y, aunque le reprendieron, estaban bien convencidos de que tenía razón...

II

A los pocos días de anunciarse llegó á la estancia Perico Peralta. Era un mocito de unos veinticinco años, aunque apenas los representaba, pálido, enfermizo, de baja estatura, rostro completamente afeitado, espalda encorvada y el andar triste y macilento de un vencido de la vida. Su primo Jerónimo le recibió amistosamente ; mas se negó á darle trabajo alguno, so pretexto de que tenía su personal completo.

La situación se hacía incómoda para Peralta. El comprendía que iba á abusar de la hospitalidad de su pariente... Por eso insistió en que Valladares le buscara algún puesto entre sus muchas relaciones...

Valladares pensó entonces lo que se piensa siempre en la República Argentina cuando se quiere dar colocación á un inservible, esto es, en recomen-

darlo para un empleo oficial, ¡hacerlo un servidor del Estado!...

—Hombre, se me ocurre una idea—le dijo.— Por estos pagos no hay policía... Yo ando bien con el Gobierno de la provincia... Pediré que te nombren comisario, con un buen sueldo...

—¡Comisario yo! — exclamó Perico asustadísimo, ante la perspectiva de desempeñar en la campaña tan peligrosas funciones...

La señora y los chicos de Valladares, que escuchaban el diálogo, asombráronse á su vez... Pero Valladares tranquilizó á todos, diciendo á su primo:

—Serás un comisario *in partibus*. Este rincón de la provincia es un desierto, despoblado, hasta de malhechores... Seguirás viviendo en casa, sin más trabajo que cobrar el sueldo... ¿Qué te parece?

Perico reflexionó un momento y luego repuso:

—Si tú me aseguras que no tendré nunca que habérmelas con mala gente... y que podré continuar acompañándote en tus trabajos...

—Te lo aseguro.

—Entonces, no tengo inconveniente... en cobrar ese sueldo.

III

Una semana más tarde llegó el nombramiento de comisario para el señor Pedro Peralta. Y durante los primeros meses las cosas pasaron como lo pronosticó Valladares: el cargo no requería otro trabajo que cobrar el sueldo... En el «partido» aquel, sus pocos pobladores de significación, unos cuantos estancieros, vigilaban personalmente el orden sin recurrir á la autoridad policial, cuya ausencia é incapacidad eran harto conocidas.

... Un buen día, un ancho sobre «de oficio» vino á turbar la tranquilidad del comisario *in partibus*. Era un parte del jefe de policía de la provincia en el cual se comunicaba al comisario Pedro Peralta que, en su jurisdicción, se había refugiado el bandido José Riera, á quien había de buscar y prender sin pérdida de tiempo...

. Al leer la fatal misiva, púsose el comisario páli-

do de terror... ¿Cómo iba á atreverse él, Perico Peralta, á perseguir ese bandido formidable, á quien la leyenda rodeara con el prestigio de invencible?...

Valladares vino otra vez en su ayuda. Despachó al chasque que llevara la comunicación oficial, y se ofreció á acompañar á su primo en la pesquisa, con un par de peones diestros y guapos.

—Todo ha de reducirse—dijo—á recorrer las pulperías del partido y preguntar en cada una si no anda por allí José Riera, que ya se habrá puesto á buen recaudo... Tén por seguro, Perico, que no lo encontraremos... Terminada nuestra jira, contestarás al jefe de policía que el bandido no debe estar en tus dominios, porque no lo has podido hallar ni vivo ni muerto.

Acompañado de Valladares y sus peones, Peralta se puso al siguiente día en campaña, recorriendo varias pulperías. En todas partes preguntaba:

—¿No han visto ustedes á José Riera?

Al oír el terrible nombre, el pulpero se estremecía y contestaba invariablemente que no.

Recorridas ya casi todas las pulperías del pago,

Valladares fué llamado á la estancia por un trabajo urgente...

—Anda no más—díjole Perico, que había cobrado confianza.—Mi misión no es tan peligrosa. Ya me entiendo yo solo...

Fué así que Valladares dejó á Peralta con sus peones cuando estaba por terminarse la pesquisa... Todavía interrogó el comisario infructuosamente dos pulperías más, hasta que llegó á la última que le quedaba por visitar...

IV

Bajó pesadamente del caballo y entró solo en la tienda. Hacía un calor insoportable. Gruesas moscas verdinegras zumbaban y revoloteaban en una atmósfera pestilente de alcohol y grasa ...El pulpero, detrás del enrejado que protegía el mostrador, miró al recién venido, que hizo, distraído y cansado, la pregunta de costumbre :

—¿Ha visto usted á José Riera?

El pulpero no contestó...

—Diga usted—repitió impaciente Peralta.—¿Ha visto ó no á José Riera?

En un ángulo obscuro del despacho se oyó entonces la voz cavernosa y colérica de un paisano que estaba sentado bebiendo ginebra ante una mesa y que se ponía de pie, con el nervioso impulso de una pantera:

—¡Aquí está José Riera! ¿Pa qué lo quiere?

El pulpero huyó despavorido por la puerta del fondo y la cerró detrás de sí... Peralta se dió vuelta, encontrándose cara á cara con el bandido, que desnudaba un enorme facón relampagueante en la penumbra... La sangre se le agolpó al corazón, poníansele de punta los cabellos, le corría un sudor frío por todo el cuerpo, hecho pellejo de gallina... El instinto de conservación le impidió caer desvanecido y le lanzó hacia la puerta de afuera. Pero el bandido le cortó la retirada, cerrándole la puerta y corriendo los cerrojos...

Encerrado así el comisario entre cuatro paredes, el gaucho se precipitó sobre él, para clavarle el facón en el vientre... Peralta esquivó el golpe, hu-

yendo hacia otro extremo de la pieza... Inicióse entonces encarnizadísima persecución. Peralta se escurría como una anguila de los furiosos embates del bandido, saltando de un lugar para otro, por encima de los bancos, de las mesas, del mostrador; hasta transpuso el enrejado que defendía este mostrador, con su antagonista siempre detrás, ambos ágiles y como enloquecidos, uno del miedo, otro de rabia...

Oíase desde afuera el estruendo de una lucha infernal... Los dos peones que acompañaban á Peralta huyeron cobardemente á uña de caballo, pensando que, una vez despachado el comisario para el otro mundo, el invicto José Riera, vendría á despacharlos también á ellos... El pulpero se encerró con su mujer y sus hijos, á doble llave, en una habitación, donde llegaban amortiguados los ruidos del combate; y mientras él espiaba tembloroso con la oreja en la rendija de la puerta, rezaba la mujer y lloriqueaban sus hijuelos... Creeríase que se esperaba el fin del mundo...

En un recrudecimiento de la batalla, sonó de pronto un tiro... y luego otro y otro...

El caso es que en una de las fieras acometidas

del bandido, resbaló y cayó al suelo Peralta... Llevaba tal empuje Riera, que pasó sobre él dando una gran cuchillada en el aire, y yendo á clavar su daga en la pared de barro seco, ¡ casi hasta el mango!... Esto dió á Peralta tiempo para levantarse y sacar el revólver, que, muerto de susto en sus fugas precipitadas, no había requerido todavía... Mientras Riera, medio borracho sin duda, sacaba forcejeando su facón de la pared, Peralta se puso de pie y le descerrajó un tiro casi á boca de jarro... Temblábale tanto el pulso, que le erró... Acometióle el bandido de nuevo, y, huyendo de su embestida, le tiró él rápidamente dos tiros más... Riera, herido, vaciló un momento, llevándose la mano al vientre, donde recibiera el balazo... Perico aprovechó esta nueva tregua para lanzarse sobre la puerta y descorrer los cerrojos; pero el bandido vomitó un juramento y se abalanzó de nuevo sobre él, más feroz que nunca, con su cara descompuesta, su cabellera y sus barbas revueltas, los ojos rojos de sangre... Oyóse entonces el ruido de dos pesados cuerpos que caían casi al mismo tiempo... Y todo quedaba después en un silencio de muerte...

V.

Largos instantes pasaron antes de que el pulpero y algunos otros paisanos se atrevieran á entrar á la habitación cerrada donde se desenvolvió el combate... Al fin, un grupo como de diez ó doce hombres, amigos que se decían de Riera, forzó la puerta de entrada, hallando los dos cuerpos exánimes: el bandido muerto, el comisario sólo desmayado...

Peralta deliraba, con altísima fiebre. Hubo que transportarlo en una carilla á la estancia de su pariente, donde estuvo varios días entre la vida y la muerte, amagado de un ataque á la cabeza...

Como delirara continuamente que era perseguido por Riera, su primo Valladares lo tranquilizaba diciéndole:

—Ya todo ha pasado, Perico. Has muerto á Riera, luchando cuerpo á cuerpo... Te portaste como un gran valiente. Todos te felicitamos.

Atendido cariñosamente, Perico curó, y se levantó con una idea fija, que le fuera inculcada durante su enfermedad: ¡él era el valiente que había vencido á Riera!

Y sano, parecióronle perfectamente merecidos los elogios que todo el mundo tributaba á su valor. Y tanto, que miró con displicencia su retrato junto al del célebre bandido, en los largos artículos con que los periódicos le encomiaban... El paisanaje le estaba tan agradecido por haberle libertado del azote que representaba el gaucho malo, como los helenos lo estuvieran de Hércules, después de que limpiara al país de serpientes, hidras y leones.

El Gobierno ofreció á Peralta, en premio de su acción, un ascenso en su carrera, y él aceptó sin vacilar... Su primo creyó deber observarle:

—Tén cuidado, Perico... En tu nuevo puesto tendrás que habértelas á cada rato con la peor gente...

Pero Peralta hizo acallar á su primo con una mirada tan feroz de matamoros... Porque, ensobrecido con su triunfo y su gloria, embriagado de sangre, Perico era otro hombre. Parecía haberse estirado, pues no enarcaba más la espalda: el an-

tes hundido pecho se combaba ahora inflado de coraje; ya no se afeitaba, ostentando una enmarañada barba; su gesto era seguro y firme; su mirada arrogante y perversa... ¡Y había que oírle contar, muy convencido y con la mejor fe, creyendo no faltar un ápice á la verdad, su hazaña nunca vista en los pasados siglos ni á verse en los venideros!... ¡Con qué sangre fría había él dominado al bandido, intimándole que se rindiese!... Riera llegó á pedirle perdón de rodillas; pero como intentara después atacarlo de traición cuando lo prendía, él se vió obligado á saltarle la tapa de los sesos de un balazo, «para que aprendiera á tratar con caballeros...» ¡Diríase que él había nacido para matar á Riera y desafiar luego al mundo!... ¿Cómo podía, pues, ese pobre diablo de Valladares dudar de su capacidad para librar la provincia de malhechores, peleando él solo contra todos?...

Al contemplar su petulancia, el estanciero y su mujer cambiaron una rápida mirada... ¡Era una suerte que aceptase y se fuera á otra parte con la música de su indómito valor! ¡No iba á ser muy cómodo tener en la estancia á semejante fiera, cuya

fanfarronería y exigencias, recién nacidas, amenazaban crecer de hora en hora!

Los chicos mismos respiraron con más tranquilidad al saber que se iría el matador de bandidos, á quien temían ahora más que al ogro...

Partió, pues, Perico para su nuevo destino, y dió allí pruebas tan evidentes de su temeridad, nunca desmentida, que pronto se le tuvo, con justicia, por el hombre más valiente de toda la provincia... El antiguo «Perico el gallina» quedó así, para siempre, transformado, según el respetuoso apodo con que el pueblo rinde culto á su coraje, en «el guapo Peralta».

LA PERFIDIA FEMENINA

I

Después de comer cómodamente repantigados en las mecedoras de mimbre de la terraza de su club, bajo el cielo de una límpida noche de verano, conversaban largamente tres amigos: Balbes, Fantus y Murriondo. Porque los tres, aunque eran inteligentes y jóvenes, sabían conversar. Tenían disciplina suficiente para escucharse y no abusar del uso de la palabra.

Los tres eran catedráticos universitarios. Balbes, enseñaba literatura en la Facultad de Filosofía; Fantus, ética en la Facultad de Derecho, y Murriondo, fisiología en la de Medicina. Aunque ilustrados y de espíritu flexible, propendían todos á un mismo defecto para la *causerie*: la seguridad razonante de la cátedra. Pero, conociéndose este defecto, trataban siempre de dominarse, á punto

de que, realmente, poseían el difícil arte de la conversación.

Como todos los hombres cuando se encuentran reunidos en horas de expansión y no hablan de sus negocios profesionales, trataban del eterno tema: ¡la mujer!...

Después de escuchar una breve manifestación antifemenina de Fantus, el abogado, Murriondo, el médico, hizo esta observación sensatísima:

—«Cada uno habla de la feria según le va en ella.» Es harto general en los hombres condenar ó elogiar en bloque á todas las mujeres, según la influencia funesta ó propicia que haya ejercido en su vida una mujer determinada... ó varias...

—Hay que evitar, pues, las falsas generalizaciones basadas en hechos aislados ó excepcionales —asintió el mismo Fantus.—Pero el caso es que aquí estamos reunidos tres hombres solteros y experimentados... ¡y creo que ninguno de los tres guardamos recuerdos favorables de la mujer ó mujeres que más hayamos querido!

—No lo niego—confirmó Murriondo, conteniendo un suspiro.—Y aunque lo reconozca, ello no me induce á una generación misogínea. Nuestros casos

no son la regla general. Somos tres intelectuales, y he observado que los intelectuales tienen una marcadísima propensión hacia las mujeres histéricas y aun hacia la peor clase de histéricas: hacia las insensibles y perversas. Nuestra experiencia ha sido así lamentable. Mas las histéricas, y especialmente aquéllas del género de las que hemos querido... siquiera de la que yo he querido... son felizmente raras.

Sin contradecir abiertamente al médico, Balbes, el profesor de literatura, dijo:

—He notado que los hombres feos hablan casi siempre mal de las mujeres. Los buenos mozos hablan bien. El juicio masculino parece depender del éxito de cada cual... Por desgracia, nosotros, los tres aquí presentes, somos feos. Luego, siguiendo la regla, no debemos ser muy favorables al bello sexo...

No cayó en gracia esta observación. El abogado atusábase su bigote castaño con aire de duda... Igualmente, el médico se alisaba su negra y sedosa barba... El mismo literato, apartándose de los ojos un copioso mechón de su rubio cabello, no parecía muy convencido de su escasa fortuna muje-

riega... Por eso fué muy oportuno Murriondo al decir:

—El éxito de los hombres no depende de su belleza. Los buenos mozos son generalmente insulsos. Aunque las mujeres no comprendan casi nunca la inteligencia masculina, la aprecian y respetan por intuición...

—¡Oh las mujeres—exclamó Balbes en un lírico arranque,—bellas ó feas, malas ó buenas, son las únicas sonrisas que recogemos de la vida!... He perdido mi fortuna y creo que mi posible gloria, por una mujer histérica insensible y perversa, como dice Murriondo... ¡Pues no me arrepiento de haberla encontrado en mi camino! ¡Ella me enseñó á amar!...

Fantus interrumpió al literato, no sin cierto vago dejo de impaciencia en la voz:

—¡No hablemos de la «feria», Balbes! Lo que usted nos dice son impresiones subjetivas de su temperamento estético. Y lo que ahora nos interesaría dilucidar es si en realidad es la mujer, desde el punto de vista moral, peor ó mejor que el hombre... Dilucidémoslo dejando de lado, en cuanto

sea posible, las simpatías ó recuerdos personales y privados.

—Los poetas suelen proclamarla mejor...— apuntó Balbes.

—Algunas veces, otras no...—agregó Fantus.— Más uniformemente, los teólogos y los filósofos proclaman su inferioridad respecto del varón. En el Génesis, la mujer es una creación secundaria. Es accesoria al hombre y le debe obediencia. Es hasta perversa, pues que el demonio, no atreviéndose á tentar á Adán, se dirige á Eva. Los santos padres, especialmente Tertuliano, reconocen todos esta inferioridad femenina. Por eso los concilios prohíben á la mujer el sacerdocio, consagrar y bendecir...

—¿Y qué acto más divinamente místico que la misa dicha por una doncella joven y hermosa?— intercaló Balbes.—¿Quién sería bastante ateo para no doblar la rodilla cuando ella alzase la Santa Eucaristía entre el pulgar y el índice, sonrosados, de su mano suave como una caricia?...

Sin contestar, Fantus prosiguió:

—En algún concilio, el de Macon, creo, llega

hasta á discutirse si la mujer tiene alma. Contra las autorizadas opiniones de prelados eminentes, concedésele alma ; pero un alma inferior y perversa. Prohíbese á los clérigos, no sólo el matrimonio, sino toda sociabilidad con mujeres, sean sus madres ó hermanas...

—Por esa falta de influencia femenina—intercaló otra vez Balbes,—adquiere el catolicismo medioeval su fanática intransigencia, su sangrienta crueldad...

—Los filósofos no han sido más galantes que los teólogos—continuaba Fantus.—Platón la conceptúa como un animal secundario y le niega el alma superior y pensante. Los estoicos la execran. Los modernos espiritualistas la desprecian. Schopenhauer llega á deprimirla diciendo que es «un animal de largos cabellos y cortos alcances»... En el derecho antiguo, mántiènesela, generalmente, bajo tutela, como á los niños y á los locos...

—No pueden considerarse científicas é imparciales las apreciaciones de los teólogos, los filósofos y los juristas—observó entonces Murriundo.—Inventaron ellos su religión, su filosofía y su derecho pa-

ra uso y utilidad de los varones, que formaban como una clase ó casta dominante. Además, esos teólogos, filósofos y juristas, intelectuales todos, dieron también frecuentemente con histéricas insensibles, y luego han generalizado sus impresiones personales. No merecen crédito. Sólo la ciencia puede juzgar á la mujer...

—¡La ciencia!... ¡La mujer!...—replicó Fantus.—Son esas palabras demasiado vastas. Debemos precisar antes qué aspecto de la mujer queremos juzgar, y con cuáles elementos científicos.

Después de un momento, Balbes precisó:

—Descartando el zarandeado problema de la intelectualidad femenina, yo plantearía así la cuestión... Dentro de nuestra moral greco-cristiana, ¿son los sentimientos medios y comunes de la mujer, peores á los sentimientos masculinos?

—Perfectamente — asintió Fantus. — Pues yo creo que la mujer es más capaz de crueldad que el hombre...

—La biología enseña... — quiso interrumpir el médico.

Pero el abogado le cortó la frase:

—Después sabremos lo que enseña la biología.

Procedamos primero metódicamente al conocimiento previo de hechos y casos para ilustrar el problema. Luego le indagaremos sus explicaciones científicas...

—¡Hechos y casos!—protestó Balbes.—¡Son demasiado tristes para que los recordemos!...

—No tenemos necesidad de profanar nuestros más caros recuerdos personales. Analizaremos hechos y casos indiferentes. Por de pronto, yo he resuelto el problema con la afirmativa. En general, pienso que la mujer es menos altruista que el hombre... ¿Y ustedes?

El médico contestó sin vacilar:

—Yo pienso que excepcional y accidentalmente, la mujer es más capaz que el hombre de extremos refinamientos de crueldad.

Como obligado y contra sus deseos, el literato balbuceó:

—Yo no me atrevo á decir todavía lo que pienso...

—Pues veamos los casos de nuestros respectivos conocimientos... —dijo Fantus con su «entrain» habitual.

—Cuente usted primero el que mejor le parezca

—observó Murriondo.—Después hablará Balbes... Y yo seré el último en hablar.

Convínose así el orden de la palabra. Sucesivamente narrarían sus hitorias Fantus, Balbes y Murriondo... Y Balbes, antes de iniciar la incursión en la psicología femenina, como para tomar alientos, llamó al mozo y le pidió una botella de champaña «extra dry», bien «frappée»...

II

—Yo sostengo en tesis general—comenzó Fantus, después de haber bebido su copa de champaña,—que la mujer es menos susceptible de sentimientos generosos y altruistas que el varón. Lo «eterno femenino», que dijera Goethe, puede traducirse moralmente en el «egoísmo femenino»...

—¡ El egoísmo femenino!—saltó Balbes, sin poder contenerse.—¿ Y la abnegación femenina? ¿ Negará usted que la mujer es admirablemente dis-

puesta á sacrificarse por sus hijos, su marido ó sus padres?...

—Agradecería que no se me interrumpiera.— contestó Fantus.—Nadie puede desconocer la fidelidad de la mujer que ama y su amor maternal, filial y fraternal... Hablo ahora de sentimientos sociales, en oposición á los familiares. El altruísmo es un sentimiento social, ¡el sentimiento social por excelencia! Y sostengo que la mujer no es altruísta... Es menos capaz de compasión que el hombre para con sus semejantes, para con sus extraños. Esto es todo.

—Pues estoy deseoso de ver cómo comprueba usted ese «todo»—observó todavía el literato,—porque Nerón, Tiberio, Calígula, Pedro el Cruel, Luis XI...

--Dejemos un momento la historia, esa colosal mixtificación, ese tejido de fábulas, errores y prejuicios pasionales—argumentó Fantus,—para observar hechos presentes y mejor cognoscibles...

Y advierto desde luego á mi amigo Murriondo que el caso que contaré no es en manera alguna excepcional. Lejos de ello, puede considerarse un caso-tipo. No se trata de una mujer histérica y un

marido intelectual, antes bien de un matrimonio corriente, burguesamente mediocre en sus ideas y sentimientos. Si se halla en él alguna anomalía, la anomalía es sólo del marido, y demasiado insignificante para ser tenida en cuenta...

Como no puedo ni debo nombrarlos, á él lo llamaremos Juan Pedro, á ella Mariana... Si por una casualidad indujeran ustedes sus verdaderos nombres, espero de su caballerosidad un secreto absoluto.

«Mariana era una excelente niña, Juan Pedro un excelente mozo. Casáronse por amor y fueron felices, al menos hasta que ocurrió la catástrofe.

»Perteneceía Juan Pedro á una importante casa bancaria y comercial, siendo fiel cumplidor en el trabajo. El negocio progresaba...

»Pero todos los hombres tenemos en nuestra vida nuestra temporada de fracasos y sinsabores. A los pocos años de casado, tocóle también el turno á Juan Pedro. Perdió en el juego y en especulaciones bursátiles cantidades considerables... Al mismo tiempo fué víctima de un secreto «chantage»...

»Hombre quisquilloso y susceptible, Juan Pedro

»no supo defenderse de sus «chantagistas». Para
»evitar una cierta publicidad, que creyó le deshon-
»raría como comerciante y como caballero, tenía
»que proporcionarse, de la noche á la mañana, una
»fortísima suma. Con ella compraría el silencio y
»los documentos más ó menos falsos que poseye-
»ran sus verdugos...

»Perdió entonces la cabeza. Se sintió enloque-
»cer en una situación que se le antojaba desespe-
»rada. Y, casi sin saber lo que hiciera, pensando
»confesarse más adelante á sus socios y reponer la
»suma, sacó sigilosamente de la caja de su casa
»comercial y bancaria, robó mejor dicho, un cien-
»to de miles de pesos...

»Descubierto el robo, toda la culpa recayó sobre
»el cajero, á quien llamaremos Resco ó Riesco. Pe-
»saba sobre este pobre hombre una abrumadora
»conjunción de circunstancias desfavorables, in-
»cluso la vida disipada que llevara en su juventud
»y de la cual parecía completamente curado cuan-
»do se le entregó la caja...

»Nadie dudó un instante de la culpabilidad de
»Resco. Fué preso... Inicióse el sumario ... Y Juan

»Pedro se sentía morir de vergüenza y de tristeza,
»sin atreverse á confesar su delito...

»Como no era un hombre malo, Juan Pedro su-
»fría lo indecible. Torturábanlo horriblemente los
»remordimientos y la preocupación del peligro que
»amenazaba á Resco, á Adelina, la excelente espo-
»sa del cajero, y á sus siete hijos, todos de corta
»edad todavía... Si fuera menos cobarde, Juan Pe-
»dro se hubiera suicidado entonces...

»Mariana, su mujer, le preguntó varias veces la
»causa de sus evidentes preocupaciones. El con-
»testaba con evasivas...

»Una noche, muchas horas después de apagar
»las luces, Mariana lo sintió sentarse en la cama
»y sollozar ahogadamente...

—¿ Por qué no eres franco conmigo—le pregun-
»tó con dulzura.—¿ Quién podría aconsejarte con
»mayor sinceridad que yo, la madre de tus hijos?...

»Abandonándose á su desesperación, el infeliz
»se proclamó entonces el último miserable. Con-
»fesó el «chantage» de que fuera víctima, su robo,
»sus temores de que fuese condenado Resco, el
»porvenir que amenazaba á la familia del cajero...

—»Perdóname, Mariana—terminó;—pero esta

»situación no puede ya prolongarse... Mañana mismo confesaré que yo he sacado la suma... Pediré á mis socios que no se me persiga...

»Después de haber escuchado impávida á su marido hasta aquí, Mariana lo interrumpió :

—¿ Estás loco?... Destruirás tu nombre y tu casa... Dejarías caer para siempre el deshonor sobre tus hijos... Ante todo debes decirme si nadie sospecha de ti...

—¡ Oh, nadie ! De eso estoy seguro...

—¿ No has dejado ningún indicio que pueda denunciarte más adelante ?

—»No.

»Mariana hizo una pausa, diciendo luego, con firme decisión :

—¡ Si así es, debes dejar condenar á Resco !

—¿ No puedo, no puedo más !...—gimió el desgraciado.

—¿ Hay que hacer coraje y poner al tiempo buena cara, Juan Pedro !... ¡ Sé hombre !...

—¿ Pero piensa en la cruel injusticia que recae sobre Resco y los suyos ! Mañana debo ir yo á declarar como testigo... De mi declaración depen-

»de probablemente, que se le condene... ó se
»salve...

—»¡ Pues que se le condene! Es una desgracia
»que no tiene remedio... Yo lo siento lo mismo que
»tú, y más tal vez, por Adelina...

»Diré aquí que Adelina era amiga de la infancia
»de Mariana. La amistad se había cultivado luego
»estrechamente entre la familia de Resco y la de
»Juan Pedro. Juan Pedro y Mariana eran padrinos
»del primogénito de los Resco...

—»¡ Sí! ¡ Debo confesarme! — suplicaba Juan
»Pedro.—¡ Es la más indigna traición, la peor in-
»famia, la que yo cometo!

»Tratando de tranquilizarlo, Mariana agregaba:

—»¡ Vamos, no exageres!... Todos los hombres
»tienen sus penas y sus pecados... Y ninguno es
»tan débil y tan tonto como para hundirse y hundir
»á su familia para salvar á extraños... ¡ Yo nunca
»te reprocharé en lo mínimo, Juan Pedro, por lo
»que te ha pasado!... Comprendo tu momento de
»extravío y lo disculpo. ¡ Pero nunca te perdonar-
»ría que fueras tan cobarde como para denunciar-
»te! Tú, tu mujer y tus hijos estamos sobre todos
»los Rescos del mundo! ¿Has oído?... ¡ Es preciso

»tener valor y aguantar la tormenta!... Si convie-
»ne, yo misma iré á declarar contra Resco, ¿en-
»tiendes?... ¡Es una suerte para nosotros ese cú-
»mulo de circunstancias que lo acusan!...

—»Por esas mismas circunstancias debo salvar-
»lo...—murmuró Juan Pedro, sin voz casi.

—»; No!... Déjalo que se salve solo, si puede...
»Es siempre posible... En todo caso no se llevará
»más de cuatro ó cinco años de prisión...

»Excuso decir que Mariana triunfó en la discu-
»sión. *¡Ce qui femme veut, Dieu le veut!...*»

Como para resumir sus recuerdos, á fin de ter-
minar pronto la narración, detúvose Fantus. Bal-
bes aprovechó esta pausa, diciendo:

—El final de la historia se adivina. Resco fué
condenado. Sobre su familia cayó la ignominia y
la miseria. Y todo por la inhumanidad de Mariana,
quien no permitió á su marido confesar su falta...
Mariana ha sido cruel, egoísta y vulgar. No la dis-
culpo. Mas, ¿puede asegurarse que Juan Pedro la
hubiera confesado por sí mismo? ¿Quién se atreve-
ría á garantizar en Juan Pedro mejores sentimien-
tos que en Mariana?

—Yo—contestó gravemente Fantus á Balbes,—

creo que sus suposiciones son exactas. Resco fué condenado y su familia sumida en la ignominia y la miseria. Pero mi verídica historia no termina ahí. Precisamente, lo más interesante y demostrativo para la psicología comparada de ambos esposos, viene después. Es un breve epílogo que puede reducirse á dos palabras: Mariana no conoció los remordimientos y fué una mujer feliz, mientras que su marido murió de pena...

«Donde se mostró mayormente la crueldad de Mariana fué en su manera de tratar á Adelina. Adelina, la esposa de Resco, vino llorando á pedirle ayuda y protección, y le manifestó que no creía en la culpabilidad de su marido... ¡Pues Mariana, fingiéndose la amiga compadecida, fué bastante astuta, fué bastante criminal, para insinuarle la idea de esa culpabilidad y convencerla poco á poco!... Y después la abandonó á su desdicha, cortando con ella toda relación, por temor de que sospechara cómplice á Juan Pedro. Como tenía «cola de paja»...

»En tanto, su marido se moría de pena, como dije... Cayó en tal estado de abatimiento y prostración, que su organismo, antes sano y robusto,

»se debilitó, convirtiéndose en propicio campo para la primera infección que se le presentase...
»Esta infección no tardó en presentarse, en forma de una enfermedad, que lo llevó á la tumba
»en unas cuantas semanas...»

Y Fantus, para terminar su historia, exclamó con aire firme y decidido:

—¿Cuál perfidia mayor que la de mi heroína?... ¡Y había que verle pasear luego su importancia y su «honradez», ya antes de viuda, ya después de viuda!... Y diré que hasta después de viuda, como la casa bancaria y comercial se propusiera entregar una limosna á Adelina, ella se opuso, siempre temiendo se sospechase retrospectivamente alguna complicidad del finado Juan Pedro... ¡Sin embargo, pertenecía á varias sociedades de beneficencia pública y aspiraba á la dirección de alguna de ellas!

Después de un silencio pesado y desagradable, Balbes habló:

—...Pensándolo bien, yo perdono en mi fuero interno á Mariana. Al fin y al cabo, su entereza salvó á su marido y á sus hijos... ¡Era lo que suele

ahora llamarse una «mujer fuerte», toda una «mujer fuerte»!

—Sin duda—observó Fantus,—su delito, pues que cometía un verdadero delito, tenía circunstancias atenuantes...

—En ese momento no nos interesan las circunstancias atenuantes ó agravantes — observó Murriondo.—La cuestión sería resolver si la psicología de Juan Pedro y su mujer eran normales y comunes, es decir, como las que corresponden á la generalidad de los hombres y las mujeres... Fantus lo afirma así y yo lo creo... Ahora bien, ¿quién era más capaz de sentimientos altruístas y generosos?... Paréceme que, á pesar de sus graves errores, el más «bueno» de los dos era el marido. El caso típico expuesto por Fantus, tiende á corroborar su tesis sobre la mayor «crueldad» femenina. «Egoísmo» no podríamos ya decir, dado que en el perverso proceder de Mariana había algo más que el ego: su marido y sus hijos.

Nadie contestó á Murriondo. Y Balbes sirvió champaña en las tres copas vacías, disponiéndose á tomar la palabra, después de beber, ya que le tocaba el turno...

III

—Permítaseme observar—dijo irónicamente el literato—que halle algo cómico esto de que nosotros, tres cumplidos profesores, hasta diré tres «sabios» en sus respectivas especialidades, discutan como estudiantes sobre «la maldad de las mujeres»... Ellas podrían discutir, á su vez, estando solas, «la maldad de los hombres»... ¡Y en este caso la tesis sería el más deplorable lugar común!

—Nada discutimos—repuso briosamente Fantus á Balbes.—Sólo cambiamos ideas... Y no cambiamos ideas sobre «la maldad de las mujeres», lo cual sería pueril... Estamos exponiendo un interesante tema de psicología sexual: los sentimientos altruistas de la mujer, la fuerza de sus sentimientos crueles, su falta de sacrificio por la justicia ó el interés de extraños... Dice usted, Balbes, que «la maldad de los hombres» es un «lugar común»... Pues á eso vamos: á

demostrar que ese lugar común no es tan verdadero como se lo supone...

—Los lugares comunes — precisó Balbes — son malos en literatura, pero buenos, bonísimos en moral y derecho...

—En otros términos—prosiguió Fantus, no haciendo caso de la interrupción,—lo que deseamos saber es si el sentimiento de la cohesión social, la piedad de los cristianos, la amistad de Platón y Cicerón, la confraternidad de la Revolución Francesa, llámesele como se quiera, existe con igual, mayor ó menor fuerza dinámica en los sentimientos de la mujer que en los sentimientos del varón. Yo pienso que tiene menor fuerza. He citado algún ejemplo típico en apoyo de mi tesis. Vamos á ver qué ejemplo cita usted en apoyo de la suya, Balbes, ya que parece pensar lo contrario...

—¿Y por qué cree usted que yo pienso «lo contrario»?—replicó Balbes, riéndose.

—Porque usted lo ha dicho...

—Lo dije por galantería y por respeto al sexo ausente... Si lo he dicho, debía usted suponer que no lo pensaba así... Un *gentleman*, aunque tenga

el candor de un intelectual, debe siempre decir al revés de lo que piensa... Pero, ya que ustedes me apremian, aquí para *inter nos* y en secreto, les diré que pienso... como ustedes.

—Como Fantus—rectificó Murriondo.—Lo que yo pienso, lo veremos más tarde.

—Sea. Como Fantus. Y en prueba de su tesis sobre la «crueldad» femenina, citaré un sentimiento mucho más típico que la indiferencia de Mariana para con la familia Resco. Refiérome á la vergonzante y ponzoñosa antipatía que sienten, generalmente, las madrastras contra hijastros que eclipsan ó disminuyen á sus hijos...

—Sin embargo—observó Fantus,—yo conozco madrastras que son verdaderas madres...

—Esos casos de madrastras madres—manifestó el literato,—no son tan comunes como parecen... Las apariencias suelen engañar... Mas á veces ocurren. Entonces se explican por varias causas. En primer lugar, hay mujeres tan excepcionalmente bondadosas, que quieren á sus hijastros... Después, el afecto fraternal de sus propios hijos al hijastro, hace que lo toleren y lo amen lue-

go; los niños dan así el ejemplo de su contagioso afecto á las madres...

También hay hijastros inofensivos y hasta benéficos para los hijos, que se hacen querer por el interés de los hijos mismos. Por otra parte, si la madrastra ha criado desde muy temprano á los pequeños huérfanos, puede tomarles afecto maternal, como las nodrizas. Y, en todo caso, el cariño y el respeto al marido, palía y disminuye la refinada é instintiva antipatía que ellas sienten por los vástagos de su matrimonio anterior... ¡Ya ven ustedes que, cuando quiero—añadió Balbes triunfalmente,— también sé analizar la realidad como observador y no como esteta!

—No lo he dudado un momento—contestó Murriondo.— Su observación sobre las madrastras es realista ... Pero, ¿qué me diría usted de los padrastros?

—Le diría—repuso prontamente Balbes—que los hombres son sólo indiferentes y despreocupados con sus hijastros. No son capaces de torturarles oculta y cobardemente; no desean su fracaso; no se regocijarían en lo más íntimo de su corazón al verlos quebrantarse y morir... Por eso en el len-

guaje popular «padrastro» quiere sólo decir algo como «indiferente», mientras que á la palabra «má-drastra» se involucran ideas de suplicio, de martirio, de odio... Para el pueblo, hasta en los cuentos de hadas, decir «madrstra» es poco menos que decir «bruja» ó «arpía»...

—Pero usted no desconocerá, Balbes—dijo Mu-rriondo,—la mayor ternura de la mujer para con los seres pequeños y débiles...

—No la desconozco cuando estos seres son sus hijos ó no perjudican en nada á sus hijos... El caso de los hijastros es distinto. Para ilustrarlos les contaré la historia de una señora que todos conocemos... No tengo por qué ocultar su nombre ; su caso es bien conocido, pues se trata de doña Rosaura Fuenclara... Verán ustedes si no he penetrado bien sus ideas y sus sentimientos, y verán cuáles son mis conclusiones...

Hizo Balbes un silencio, para beber las últimas gotas de champaña que quedaban en su copa, y luego principió así :

—«Cuando don Felipe Aval declaró su amor á »Rosaura, no se olvidó de recordarle que él era viu- »do y tenía dos hijos de corta edad, un niño y una

»niña. Muy enamorada de él, ella le prometió atenderlos y cuidarlos como si fuera su propia madre. »Y se casaron.

»En los primeros meses de matrimonio, todo marchó bien. Rosaura en persona se ocupaba de sus hijastros, Paco y Lía. Eran estos dos criaturas privilegiadas por su belleza, su bondad y su inteligencia. Paco, el mayor, tenía ojos claros y cabello bello obscuro; Lía era de ojos negros y cabello rubio y ambos poseían almas cándidas y agradecidas. Amaban á su madrastra como amaron á su madre.

»Comenzó á desatenderlos Rosaura sólo cuando tuvo su primer hijo. En él parecía reconcentrarse ahora todo el cariño que antes demostrara á Paco y Lía. Olvidados así los hijos del primer matrimonio de Felipe, relegáronse á las mercenarias manos del servicio. Y mientras ellos crecían como extraños á su familia, la familia aumentaba. Rosaura daba cada año un nuevo vástago á su marido...

»Los hijos de Rosaura, varones y mujeres, eran evidentemente inferiores en todo á los hijos de Felipe. Feos, vulgares, torpes, envidiosos y ain-

»diados, diríanse naturales súbditos de Paco y Lía, los dos principillos.

»La comparación surgía espontáneamente al verlos juntos. Paco y Lía arrancaban á todo el mundo elogios y caricias. De los hijos de Rosaura, á pesar de sus lujosos aliños, nadie decía nada. Y este silencio dolía á la madre, siempre mirándose en ellos, más que lo que le dolieron críticas y reproches...

»Por sus hijos sintió celos, amargos y sombríos celos de Paco y Lía. Acusábalos interiormente, como si ellos tuvieran la culpa de su evidente superioridad física y moral. El antiguo cariño, trocado primero en indiferencia, transformóse en aversión, y luego, punto menos que en odio, en un odio cobarde, silencioso, vergonzante... Los grajeos y donaires, hasta las caricias de los dos huérfanos, la chocaban ahora y casi la ofendían...

»Pero tuvo buen cuidado de no revelar sus sentimientos á Felipe... Ahí principia precisamente toda la negra perfidia de su «política femenina»...

—«¡ Política femenina !»—interrumpió Fantus.— Aplaudo el término. La que he llamado crueldad femenina ó egoísmo, no es más que política. Es po-

lítica de astucia y de fraude, la política del débil...

—No anticipemos las conclusiones—observó Murriondo.—El odio de Rosaura Fuenclara á sus hijastros no es resultado de su debilidad mujeril, antes bien de celos y envidias, á causa de la inferioridad de sus hijos...

—En todo caso—hizo notar Balbes,—su política de fraude y astucia respondía también á la circunstancia de que, siendo Felipe el natural jefe de la familia, el más fuerte ó con mayor poder ostensible, no podía ella imponerle sus opiniones y antipatías. De tal modo, la política femenina sería una resultante de los factores psicológicos: sentimientos antialtruístas é incapacidad de imponerlos franca y abiertamente...

«El caso es que la política de Rosaura era doblemente péfida. Bajo un aparente espíritu »bondadoso y de conciliación, sugería á Felipe un »mal concepto de los hijos de su primer matrimonio; á éstos, la indiferencia y hasta el desvío respecto de su padre, su único y natural protector...

»Suelen poner las mujeres en esas empresas solapadas, admirable habilidad y ejemplar constan-

»cia. Su acción es la continua gota de agua, que al
»fin horada la piedra...

»Así, por ejemplo, un día presentaba Rosaura á
»su marido el menor de los chicos todo lastimado.
»Habíase lastimado cayéndose de su silla, ó de
»cualquier otro modo fortuito... No obstante, de-
»cíale :

»—El muchachón de Paco tiene la culpa. Creo
»que lo ha tirado jugando... ó por gusto... ¡ Es tan
»malo !... Las lastimaduras supuran algo... Me pa-
»rece que hay que llamar al médico...

»El marido, que volviera cansado del trabajo y
»se fastidiara en la incomodidad de llamar al mé-
»dico, preguntaba entonces :

»—¿ Y has castigado á Paco como se merece ?

»—No me he atrevido de miedo á que se inso-
»lente.

»Entonces Felipe llamaba á Paco y le reprendía
»y pegaba por haber lastimado á su hermanito
»menor. El chico, altivo de suyo, no negaba ni se
»defendía, apretando los dientes de dolor y de
»amargura... ¡ Era Rosaura quien luego le defen-
»diera y le consolara en silencio, arrojandb en su

»pequeña alma inocente la venenosa semilla del temor y el menosprecio hacia su padre!...

»Decíale á escondidas, besándole con beso de Judas :

»—¡ Pobrecito, hijo mío!... El te ha pegado en un momento de rabia... Asimismo tú serás bueno, ¿verdad?...

»Y lo mismo obraba con Lía... Pero Lía, como mujer, era más precoz y tenía una vaga intuición del manejo de su madrastra. Por eso, creyéndole menos, se defendía mejor.

»Claro que Felipe, al principio, no se dejaba sugerir tan fácilmente ideas de oposición hacia sus hijos mayores. Era menester la repetición diaria de sugerencias indirectas y expresivas incidencias para que, á la larga, se sintiera harto de las travesuras y de las «maldades» de sus dos hijos mayores... Además, es de notarse que no dudaba un instante del afecto maternal que les profesaba Rosaura, sin distinguirlos de sus propios hijos, como ella decía ¡y hasta prefiriéndolos!»

—Contra la lenta acción de la esposa, no hay defensa posible—observó Fantus.—Y es muy curioso el fenómeno psicológico de cómo una mujer

infiltra sus ideas en el ánimo de su marido y lo convence. Si le dice de buenas á primeras: «Esto que tú ves blanco, es negro», el marido protesta, sin creerle... Ella seguirá repitiéndole mansamente: «No lo dudes, querido, es negro...» El esposo seguirá protestando, mas ya con menor convicción... ¡Y llegará un día en que él reconozca, contra toda lógica, que realmente es negro lo que él viera blanco!

—No «contra toda lógica»—dijo Murriondo.—Recordemos que la mujer, aunque con menos invención creadora que nosotros con menos inventiva, es sin embargo más lógica. Posee una lógica utilitaria é instintiva. Por eso se dice que tiene mejor sentido práctico.

—Efecto de su egoísmo—afirmó Fantus, insistiendo en su tema.

—Efecto de su menor imaginación—apuntó á su vez Balbes.

Y Murriondo no dejó de apuntar también:

—Efecto de su mayor concentración en el hogar y de su espíritu esencialmente conservador. Porque la mujer es enemiga de las innovaciones. No lo duden ustedes. Tiene intenso apego á las formas tra-

dicionales y es avara. No conozco mejores administradores que las viudas. Pero dejemos por ahora esto del «misonéismo femenino» para que Balbes prosiga su historia de Rosaura Fuenclara y sus hijastros.

IV

Y Balbes prosiguió:

—«Las argucias de la señora de Fuenclara dieron su fruto. No diré que llegase Felipe á odiar como ella á Paco y á Lía, pues en el corazón de un padre hay casi siempre su fondo de generosidad y de verdad... Sólo llegó á juzgarlos desfavorablemente y á cansarse de sus eternas historias y dificultades. Y en tal disposición de ánimo, fácil le fué á Rosaura colmar la medida de su paciencia...

«Y singularmente fácil. Porque Felipe, entonces gravemente enfermo del hígado, se hallaba en

»continuo estado de febril irascibilidad. El menor
»contratiempo lo sacaba de quicio...

»Paco, que tenía dieciséis años, cometió en esas
»circunstancias no sé qué travesura propia de la
»edad. Creo que se dejó seducir por la niñera, una
»vasca hermosota y frescachona, creyendo que la
»seducía... La cocinera denunció su delito, y Ro-
»saura, en vez de despedir en silencio á las dos sir-
»vientas, denunciada y denunciante y de amones-
»tar privadamente á Paco, puso el grito en el
»Cielo...

»¿Cuál crimen más abominable que deshonar
»así la casa paterna?... ¡Qué escandaloso ejemplo
»para sus hermanos menores!... Un sujeto que
»principiaba así la vida, mataría de disgusto á sus
»padres, para acabar en una cárcel ó en un patí-
»bulo... ¡Aquello clamaba un castigo, un castigo
»ejemplar, un verdadero escarmiento!

»Ultimamente, atacado de nuevo por su dolen-
»cia, hallábase Felipe en uno de sus peores días.
»En vez de sangre, diríase que corriera bilis por sus
»venas. Al saber la acusación que pesaba sobre la
»cabeza de su primogénito, montó en un frenesí
»de cólera. Y sin más ni más, desatendiendo las

»lágrimas de eccodrilo que derramara su hipócrita
»mujer, enroló á Paco por dos años en un regimien-
»to de línea. Con esto evitaba el mal ejemplo en
»su hogar... y se desahogaba.

»No tardó Lía, que era ya casi una señorita, en
»salir también de la casa, para ingresar como pu-
»pila interna en una escuela de religiosas. ¿Cómo
»se las arregló Rosaura para conseguir este nuevo
»extrañamiento, dada la especial ternura que pro-
»fesaba el padre á aquella niña angelical? Eso lo
»he ignorado siempre, á pesar de lo mucho que
»interesara á mis observaciones...

»Supongo que Rosaura provocó á su hijastra al-
»gunas escenas lamentables... Que la niña lloró y
»la señora tuvo su consiguiente ataque de nervios...
»Y que Felipe, para que no se repitiera el choque,
»vióse obligado á separarlas, optando naturalmen-
»te por quedarse con su mujer y sus demás hijos...

»Un año más tarde agonizaba. En el instante
»agónico de esa suprema lucidez que médicos y
»psicólogos suelen llamar «euforia», penetrado qui-
»zás de su injusticia, llamó junto á su lecho á los
»dos hijos desterrados de la casa. Pero ninguno
»vino.

»Paco estaba en el cuartel y Lía en el colegio.
»Rosaura, por su parte, no se apresuró á hacerlos
»venir, temerosa de que los favoreciese en un tes-
»tamento de última hora, perjudicando á los demás
»herederos de su sangre... Ciertamente que más tarde los
»llamó ; pero, para salvar las apariencias, fué sólo
»en el postrer instante, cuando Felipe se olvidada
»del mundo y se perdía en la eternidad...

»Ante el cadáver, todavía caliente, se reconcilió
»ella con sus hijastros. Los abrazó llorando, los lla-
»mó «sus hijos» y anuncióles que nunca se separa-
»ría de ellos. Conmovidos en lo más íntimo de su
»alma, los dos huérfanos se arrojaron hambrientos
»á ese mendrugo de ternura que se les arrojaba. Só-
»lo Lía, la más maliciosa, sospechó un momento
»que tan imprevistas manifestaciones pudieran te-
»ner por fin, evitar dificultades en el arreglo de la
»testamentaria. Mas como nada le importaban los
»motivos generadores del cariño, sino el cariño mis-
»mo, desechó pronto esa idea, calificándosela de
»mezquina y aun de absurda. Como todos los ánge-
»les humanos, acusábase á sí misma de las culpas
»ajenas. .

»En el fondo de esa conciliación, había, realmen-

»te una cuestión de intereses, ¡y bien meditada por
»la viuda!... Felipe debía tener una buena fortuna... Pero el caso es que Paco y Lía no recibieron
»un céntimo. ¡Todos los bienes estaban escriturados á nombre de doña Rosaura! Astuta y previsora, ella había aprovechado los últimos meses de
»enfermedad del marido, para hacerle firmar varios
»papeles, que facilitarían la liquidación de los bienes testamentarios...

»No puedo decir cuánta ternura y bondad demostró Rosaura á sus hijastros. Rodeábalos de cariños, de mimos y de zalamerías... ¡Hasta consiguió, paseando sus negras tocas y sus lágrimas de
»viuda por las antesalas del Ministerio de Guerra, que, previo examen, se ascendiera á Paco al grado de alférez! Pues Paco, habiéndose hecho hombre, había tomado afición á la carrera militar, estudiaba, era ya un cumplido sargento primero...

»Todas las relaciones de la familia se hacían lenguas de la bondad de doña Rosaura. No había palabras para ponderar su cariño á los hijos de su esposo. Y ellos, ambos excelentes muchachos, pensaron entonces que antes habían juzgado mal
»y sólo como niños inconscientes, á su madrastra;

»ella los quería y era la más virtuosa y caritativa
»de las matronas.

»Sentíanse felices al vivir ótra vez en el seno de
»la familia, rodeados de halagos y caricias. Sen-
»tíanse hijos de doña Rosaura y verdaderos herma-
»nos de los niños... En tan plácida situación se
»hallaban, cuando una mañana los llamó urgente-
»mente su tutor...

»Durante el almuerzo, comentaron el llama-
»miento...

—¿Qué querrá de nosotros el tutor?—preguntó
»el flamante alférez.

—»Cualquier insignificancia—repuso doña Ro-
»saura, con la mayor indiferencia.—Estos curiales
»están siempre llenos de historias y distingos....

—¿Le parece á usted mamá, que debo ir yo
»solo, ó también Lía?

»Lía puso mala cara á eso de ir á ver al tutor. Ol-
»fateaba cualquier desagradable cuestión de inte-
»reses...

»Con el tono de cariñosa autoridad que emplea-
»ba con sus hijastros, desde la muerte de su espo-
»so, doña Rosaura les observó:

—»Deben ir puntualmente, hijos míos. Un tutor

»es siempre respetado y obedecido como un padre.
—Y agregó, encarándose con Lía :—Irán en el cu-
»pé cerrado, porque el día está muy frío, y tú po-
»drías tener una recaída de tu última influenza.
»No dejes de abrigarte bien con tu tapado de pa-
»ño y tu cuello de pieles.

»Fueron Paco y Lía á entrevistarse con su tutor,
»un respetable viejo, pariente muy lejano, á quien
»apenas conocían. Y él, revisando y mostrándoles
»muchas escrituras y papelotes, les salió con una
»estupenda ocurrencia...

—»Debo advertirles—díjoles, con el compungido
»tono del que da un pésame,—que después de li-
»quidados los autos testamentarios de su finado pa-
»dre, quedarán ustedes sin ninguna fortuna... Se
»les ha despojado... Los bienes del causante están
»todos á nombre de su viuda. Ella y sus hijos son
»hoy los ricos ; ustedes serán pobres... á lo menos
»si no intentamos una enérgica y decisiva resolu-
»ción...

—»¿Cuál?—preguntó Paco.

—»Demandar á la señora de Aval por ocultación
»de bienes y acaso algo más... Yo, como tutor, es-
»toy en el ineludible deber de hacerlo. Si fueran

»ustedes niños, mañana mismo entablaba la acción
»sin consultarles... Pero es el caso que á usted,
»Paco, le faltan dos ó tres meses para la mayor
»edad ; que usted, Lía, es ya una mujer de dieci-
»nueve años ; y que ambos viven con doña Rosau-
»ra... Yo no puedo proceder antes de que cambie-
»mos ideas. Para eso les he llamado.

»Los huérfanos se miraron atónitos é indecisos...

»Y Lía preguntó á su tutor :

—»¿ Está usted seguro de que ganaríamos el
»pleito, recuperando... lo que perdimos ?

—»Nadie puede estar nunca seguro del resultado
»de un pleito—repuso el tutor.—Además, doña
»Rosaura, como previendo la posibilidad de una de-
»manda judicial, ha tomado excelentes precaucio-
»nes. Debió aconsejarla un abogado competente...
»Veo así, debo confesarlo, aunque me duela, tan-
»tas probabilidades de ganar el pleito como de per-
»derlo...

»Paco y Lía volvieron á consultarse con ansiosa
»mirada...

—»Pues si hay dudas—dijo Lía, al cabo,—lo
»mejor me parece no exponerse...

»Paco opinó :

—»No exponerse sería resignarse á la pobreza y
»la injusticia... ¡ Piénsalo bien, Lía !... Si mamá...
»si Rosaura nos ha despojado, justo es que nos de-
»vuelva lo nuestro...

—»Sí, Paco...—contestó Lía.—Pero recuerda
»que no está todavía probado que... Rosaura nos
»despojase...

—»A mí no me cabe la menor duda—manifestó
»el tutor.

—»Aunque así sea, el pleito podría perderse...—
»argumentó Lía.—¿ Y qué haría entonces yo, pe-
»leada con mi madrastra, y pobre y sola en el
»mundo? ¡ En su casa de usted, señor tutor, no
»sería conveniente que yo viviera, con todos sus
»hijos varones !

—»Siempre te quedo yo...—dijo Paco.

—»Pues precisamente por eso, Paco, si siempre
»me quedas tú, ¿ para qué correr el riesgo de un
»pleito dudoso y que nos dejaría sin hogar?

—»De todos modos, yo debo entablarlo—afirmó
»débilmente el tutor.

»Y Lía contestó, no sin firmeza :

—»Perdone, señor ; pero creo que ni Paco ni yo
»somos ya unas criaturas... Declararíamos como

testigos en el pleito... ¡Y después, apenas entablado, dentro de dos ó tres meses, ya podría Paco desautorizar su gestión!...

»La indiferencia de Paco por la cuestión de intereses y la seguridad de Lía, determinaron al tutor á lavarse las manos, dejando las cosas como se hallaban... ¡Y así doña Rosaura pudo gozar en paz del resultado de sus afanes y ardidés!»

Dejando un momento que doña Rosaura «gozara en paz» de los caudales despojados á sus hijastros, Balbes se detuvo. Tiró la colilla del cigarro, sacó su petaca y se dispuso á encender uno nuevo. Mientras lo encendía, dijo Murriondo:

—Hasta ahora, la señora de Aval no me ha parecido, francamente, tan perversa. No son menos desprovistos de altruismo los hombres de negocios, que sumen en la miseria á tantos infelices, viudas y huérfanos, para aumentar sus millones.

—Poca disculpa tienen los hombres de negocios que buscan el dinero por el dinero, los sensuales del dinero—observó Fantus.—No seré yo quien les defienda. Pero la generalidad de los hombres no son negociantes... ¡Y la generalidad de las mujeres lo son por temperamento!

—; Otra vez adelantando las conclusiones!—exclamó Balbes, al tiempo que arrojaba la primera bocanada de humo, encendido ya su cigarro.—Déjese me siquiera terminar la historia de la señora de Aval. Si esta señora se contentara con el provecho económico de su conducta para con sus hijastros, sin llevar más lejos sus sentimientos de antipatía y celos, no pudiera presentarse como un caso típico de perfidia femenina...

«Desgraciadamente lo fué. Y lo fué cuando, »ya señorita su hija mayor, llamada Irene, la vió »siempre eclipsada por Lía, en elegancia, en belleza y en inteligencia. Los mejores candidatos »á marido para Irene se quemaban las alas junto »á Lía, atraídos como las mariposas nocturnas por »la luz. Y lo peor era que, como el corazón de »ésta no hablara aún, ella no se decidía por nadie...

»Doña Rosaura estaba ya harta de los triunfos »y desdenes de Lía... No sabía cómo desembarazarse de ella...»

—Eso es raro—observó Murriondo.—¿Qué más quería la señora que tener en su casa una criatura tan encantadora como Lía?... Atraíale ella los can-

didatos que Irene por sí sola jamás hubiera atraído... Con Irene pudiera bien casarse alguno de ellos al fin, pues que Lía los desdeñaba siendo la pobre, y aceptábalos Irene, siendo la rica...

Justamente entre todas las perversidades de la coquetería femenina, ninguna me ha chocado tanto como el sistema de «reclamo». Una madre de herederas feas, junta á sus hijas para que la acompañen en teatros y paseos, alguna niña pobre y atrayente. Ella sirve de «reclamo» para atraer á los tortolillos incautos; la vieja es el cazador... ¡Y nada más triste que el desairado papel de la pobre niña-reclamo, á quien se hace pasar luego por casquivana y coqueta y se la deja apolillarse, mientras sus feas amigas le roban los novios que atrajera y con ellos se casan!

—No fué ese el caso de Lía—dijo Balbes.

«Era Irene demasiado tonta y fea, y Lía demasiado seria y hermosa... ¡Por eso deseaba doña Rosaura desembarazarse de ella cuanto antes!

»Pronto halló, sin pensarlo, la oportunidad propicia. Habíase ido la familia á pasar el verano á un hotel de las sierras. Encontráronse allí con un rico solterón, don Lisandro Segaro. No pudiendo

»resistir á los encantos de Lía, Segaro la cortejó
»asiduamente... Lía se mostró menos esquiva que
»antes se mostrara con otros pretendientes, pero
»sin comprometerse... La situación era plácida y
»pudiera bien prolongarse, hasta que intervino do-
»ña Rosaura, en una forma que nunca me expliqué
»claramente...

»Lo cierto es que hubo una escena terrible en-
»tre doña Rosaura, Segaro y Lía... Rosaura agra-
»vió á Segaro, Segaro devolvióle sus agravios, Lía
»declaró entonces que jamás se casaría con «ese
»hombre»...

»Muy satisfecho de su reciente ascenso á tenien-
»te primero, Paco había llegado esa mañana al ho-
»tel... Pues llorando fué doña Rosaura á quejarse
»de Segaro á Paco. Segaro era un infame, un co-
»barde que acababa de ofenderlas á ella y á Lía,
»porque eran dos mujeres solas é indefensas...

»Paco no pudo contenerse... Abofeteó á Segaro...
»Se batieron... Y los resultados del duelo bien los
»conoce toda la sociedad : Paco murió á consecuen-
»cia de un balazo recibido en el vientre ; poco des-
»pués Lía profesó de religiosa en el convento don-
»de se educara...»

Calló Balbes y se hizo un melancólico silencio, profanado sólo por el crujir de las mecedoras. Los tres amigos conocieron y trataron á Lía en su breve paso por los salones. Y en las penumbras de su memoria, veían alejarse lentamente la esbelta silueta de la niña, embozada ahora en el prematuro sudario de unas tocas negras y blancas...

V

Balbes interrumpió el silencio, sacando las conclusiones de su historia, casi en serio y casi en chanza...

—El *animal impudens* que Séneca fulmina—dijo,—el *instrumentum diaboli*, el «diente del escorpión», la «puerta del infierno», de que tanto hablan los viejos teólogos, no es la mujer en general... Es la madrastra.

—La madrastara no es más que una fase ó aspecto de la mujer—repuso sentenciosamente Mu-

rriondo.—En toda mujer hay su poco de madrastra, en toda madrastra hay su poco de mujer. Diremos como ciertos filósofos de las primitivas escuelas del Asia Menor, que la unidad está en el todo y el todo está en la unidad. La suegra no es más que una forma de la madrastra, y con la suegra, toda tutela femenina que no se base en el amor...

—La autoridad femenina, fuera de la familia, es siempre peligrosa—opinó Fantus.—Y la mujer, cuando no ama, propende á la autoridad... Bien dijo San Ignacio de Loyola, que «la mujer es como el demonio, fuerte de grado y débil por fuerza».

—Me parece que estamos todavía girando en un círculo vicioso, círculo de palabras y de impresiones— exclamó Murriondo.—Balbes ha hablado con criterio de esteta, y el arte es siempre exageración. Por eso exagera la psicología de la madrastra. Fantus habla con criterio de jurista, y la justicia no es más que la parcialidad. Es parcialidad por la causa que de «justa» se califica. Repito que sólo las ciencias naturales pueden juzgar á la mujer. La literatura, la historia, el derecho, la moral, no

son más que datos sueltos y muchas veces falaces...

Fantus interrumpió :

—Ninguno de nosotros niega importancia á la información biológica. Pero creo que hemos convenido en que, antes de llegar á sus conclusiones científicas, también Murriondo debe exponernos su caso... Una convicción científica es siempre un prejuicio que puede desnaturalizar los hechos observados... Veamos, pues, los hechos antes de conocer la convicción.

Murriondo recapituló un momento sus recuerdos, y comenzó así :

—«Ante todo, pienso que es absurdo hablar de «crueldad» femenina. La crueldad supone la impasible contemplación del dolor ajeno. Y la mujer, por indiferente que sea, no puede nunca contemplarlo impasible. Como es singularmente irritable, cuando ve sufrir se crispa y emociona sin poderlo remediar. Por tranquila que sea una mujer, no oirá cortar corcho sin alterarse... En una palabra, la compasión fisiológica ó mecánica es más intensa en ella que en nosotros, cualesquiera que sean sus verdaderos sentimientos. Y hago esta breve

»introducción á mi historia para precisar mejor mi
»tesis. Yo no creo en la «crueldad» femenina. Creo
»sólo en la «perfidia» femenina...

«Tampoco profeso, como Fantus, invencible re-
»pulsión á los casos mórbidos. Las formas de la
»enfermedad no son más que caricaturas de las
»formas de la salud. La salud y la enfermedad son
»meros aspectos de la vida. Mejor dicho, de la
»muerte. Porque la vida, como dijera nuestro
»maestro Claudio Bernard, es la muerte.

»El neurótico no es distinto del hombre normal.
»Es un hombre normal mirado de una sola parte
»y con vidrio de aumento. Nada más. La psiquia-
»tría es, por consiguiente, un valioso elemento de
»juicio para la psicología. De ahí que, según pien-
»so, al estudiar una mujer histérica se estudia la
»mujer puesta como un bacilo bajo el microscopio.
»Discúlpeseme así que tome por tipo á casos neu-
»ropáticos.

»Es que la perfidia femenina no se revela ente-
»ramente en la coquetería, ni en su egoísmo de fa-
»milia ó para la familia... Nunca es un fenómeno
»más neto y elocuente que en la terrible emergen-
»cia del «odio conyugal». ¿Conocen ustedes este

»sentimiento? ¿Lo han observado alguna vez en la vida?...

»Únicamente se produce en ciertos malavenidos matrimonios de dos neuróticos. Las circunstancias, las conveniencias sociales, la necesidad, acaso un amor intenso y breve como un fuego fatuo, han unido á ambos esposos para siempre bajo la coyunda del casamiento. ¡Desgraciados si no se separan á tiempo! ¡Los pequeños choques diarios generan y van paulatinamente alimentando una positiva repulsión recíproca. Los cónyuges acaban por odiarse con odio inextinguible... ¡Al fin se odian hasta en los transportes de amor!

»Sin embargo, muchas veces siguen viviendo bajo el mismo techo. Extraños el uno al otro, verdaderos enemigos implacables, mantienen su unión aparente por temor al escándalo, por tener un hogar, por afición á los hijos... La mantienen mientras pueden, porque, generalmente, llega un momento en el cual la situación se hace imposible; entonces se divorcian ó separan en silencio...

»Pues bien, en los casos de «odio conyugal», el marido, por brutal é impulsivo que sea, no alcanza nunca al refinamiento de perfidia que suele re-

»velar la esposa. Insulta como un loco, pega como
»un borracho ; pero nunca suplicia y tortura suave
»y delicadamente, envenenando á pequeñas dosis,
»enloqueciendo á alfilerazos...

»Estuve yo el año pasado en un pintoresco pue-
»blo de veraneo situado entre las sierras. En mis
»cotidianos paseos encontrábame siempre con una
»pareja que llamaba sobremanera mi atención. Ella
»era una mujer todavía joven, ni hermosa ni fea,
»pero elegante y distinguida. El era un anciano
»encorvado bajo el peso de sus achaques y estaba
»completamente ciego. Apenas podía caminar apo-
»yándose en su bastón y guiado por la mujer. En
»su fisonomía leíase la más intensa expresión que
»yo viese en mi vida. Había allí horror, desespera-
»ción, odio, cólera, ternura... Todas las experien-
»cias y pasiones parecían revelarse en aquella más-
»cara senecta y monstruosa, cruzada en la sien de-
»recha por enorme cicatriz... Yo leía claramente
»esos sentimientos y recuerdos, como en un libro
»abierto, como si las arrugas fueran signos y le-
»tras... Soy médico y estoy por ello acostumbra-
»do á indagar en los semblantes el estado de los
»enfermos, ya del cuerpo, ya del alma.

»Supuse al principio que el anciano fuera el padre de la mujer que le servía de lazarillo. Pero ella, aunque reservada en público, estaba muy lejos de revelar piedad filial en su modo de tratarlo...

»Pregunté muy intrigado quiénes eran esos personajes, y me contestaron que nadie los conocía en el pueblo. Sabían sólo que eran marido y mujer, y forasteros. Vivían retirados en una pequeña quinta que alquilaran, sin ningún trato con amigos ni vecinos. Llamábanse el señor y la señora Eduardo Lanter. Por las apariencias se colegía que fueran gente educada y bien nacida. La quinta tenía un pequeño comedor sobre la calle. Pasando yo por allí una calurosa noche en que comían con las ventanas abiertas, pispé un sugestivo cambio de palabras...

—¡Esta comida es imposible!—exclamaba el viejo, evidentemente colérico.—¡Todo está crudo ó quemado!... ¡Es preciso que vigiles á la cocinera... si es que no te has propuesto matarme de hambre!

»Con un timbre metálico y cortante, la mujer respondió:

—» ¡ Bien sabes que no soy yo quien haya querido tu muerte !... ¡ Bien sabes que te cuido lo mejor que puedo y que vivo dedicada á acompañarte !... Supongo que no me lo reprocharás...

—» Nada te reprocho, Sofía, nada... — repuso trémula y dolientemente la voz del viejo.— Ya sé que nadie tiene menos derecho que yo de reprochar nada á nadie... ¡ Bastante me lo dices !...

—» ¡ Yo no te digo !...

—» Nada me dices, ya lo sé también... Pero haces que mi conciencia me lo diga...— Y cambiando de tono, ahora con franca desesperación, exclamó:— ¡ Oh, Dios mío, cuándo acabará este tormento !...

—» ¡ Volvemos á las quejas de siempre... Y todo porque hoy te sientes desganado ó porque no te hemos servido aquellos faisanes y trufas que tanto te gustaban... ¡ Tienes que amoldarte de una vez á nuestra pobreza ! ¿ Olvidas que estamos tan pobres que vivimos de lo que nos pasa mi tía Elina ?...

» Estallando violentamente, el viejo exclamó:

—» ¡ Cuántas veces más quieres decirme que estamos pobres ?... ¿ Cuántas veces más quieres

»echarme en cara que yo te he derrochado tu fortuna, comiendo esas trufas y faisanes?... ¿No eres capaz de perdonar sus pasados errores á un miserable ciego que vive muriendo?... ¡Déjame siquiera morir de una vez con mi morfina!...

»Y ya no pude oír más, porque la mujer, habiendo tal vez advertido mi presencia en la ace-
»ra, se levantó y cerró ruidosamente la ventana.

»Me dirán ustedes que mi espionaje era indigno
»de un caballero... Yo les responderé que no fui
»dueño de irme cuando, al pasar, escuché las pri-
»meras palabras del diálogo tan puerilmente pa-
»tético, tan patéticamente pueril... Me detuve co-
»mo si á mis pies se hubiera ábierlo un abismo. Y
»era en realidad un abismo lo que acababa de per-
»cibir, ¡el más hondo abismo de las humanas mi-
»serias!

»Pude corroborarlo así pocos días más tarde, al
»oir á un amigo mejor informado, que viniera á
»veranear al pueblo. La historia del matrimonio
»era extraña y dramática ...

»Eduardo Lanter había sido el más completo
»tronera. Apasionado cultor de la clásica trinidad
»del vicio—el juego, el vino, las mujeres,—disipó

»en su juventud varias fortunas. Como última solución para pagar sus deudas y procurarse un refugio, cuando ya pasaba de los cuarenta años, pensó en casarse con alguna heredera rica y fea. Encontróse entonces con que Sofía Iriarte, una mujer más joven, más agradable y hasta más rica de lo que él pudiera pretender, se enamoró de su personalidad donjuanesca. Vividor y hombre de mundo, Lanter supo aprovechar la oportunidad. Y ambos se casaron, á pesar de la enérgica oposición que hiciera á tal enlace la familia de la novia. La novia, huérfana y de mayor edad, no necesitó del consentimiento de padres ni tutores.

»No fué larga la luna de miel. Sin cariño á su esposa, Lanter volvió pronto á su disipada vida de soltero. En ella derrochaba indignamente la dote de Sofía, quien, queriéndolo de veras, cerraba los ojos á la realidad. Después de una amable caricia, él la hacía firmar cuanto pidiera. Los embustes, las trampas y las infidelidades del marido se sucedían como sombras chinescas... Y conforme disminuyera la fortuna de Sofía, amonóbase su cariño. Diríase que iba pagando á peso de oro la hartura de su amante corazón...

»Mientras duró el dinero, Lanter guardaba las apariencias, y al menos en modales y palabras respetaba á su mujer. Mas, una vez que hubo dilapidado sus últimos pesos, y que ya nada pudiera conseguir de ella, se quitó su máscara galante para tratarla como acostumbraba á tratar á las mujeres de mala vida. La gritaba, la insultaba, llegó á golpearla... Como un neurótico que era, impacientábase de su resignación y su estoicismo, befándola y vejándola sin tregua ni cuartel...

»Con la muerte en el alma, Sofía aguantaba en silencio sus maldades. No se quejaba en lo mínimo. Aparentaba vivir tranquila y feliz... Es que era una mujer orgullosa, esencialmente orgullosa, morbosamente orgullosa. Así como su esposo era un neurótico del vicio, ella era una neurótica del orgullo. Si su familia le había reprochado tan severamente su elección de marido, ella no quería la victoria de su familia, reconociendo su error...

»De este modo, Lanter, por costumbre y conveniencia, y Sofía por no humillarse, los dos cónyuges siguieron viviendo juntos en una perpetua lucha de almas. Si se separaran á tiempo, el odio

»conyugal» hubiérase evitado. Desgraciadamente
»para uno y otro no se separaron...

»Tocóle á Lanter una época terrible. Juntáron-
»sele todas las contrariedades: la miseria, el odio
»reconcentrado y pasivo de su mujer, una enfer-
»medad á los intestinos y... una pasión desenfre-
»nada, una verdadera pasión de neurótico, por una
»*chanteuse* de voz aguardentosa y canallescós mo-
»dales... Llegó á seguirla á todas partes como un
»perro, ¡él, el hombre brutal y tiránico, el Lau-
»nay de ciertas mujeres! mendigando con sus ojos
»húmedos una mirada de desprecio ó siquiera un
»puntapié.

»Una noche, el escándalo pasó de punto. La
»*chanteuse* lo presentó en el escenario de su «café
»concierto», corriéndolo con un latiguillo y gritán-
»dole «¡hop! ¡hop!» como acababa de hacer otra
»de las «artistas» con un «burrito sabio»... El es-
»taba evidentemente borracho y como dominado
»por una fuerza extraña y fatal...

»A pesar de su encanallamiento, don Eduardo
»Lanter conservaba todavía, entre los vulgares
»concurrentes del café, un cierto prestigio de hom-
»bre que pertenecía á otra esfera social. Por eso

»su presentación en las tablas, en un domingo,
»desbordando la sala de gente, fué una nota sensa-
»cional. Aunque, fuera del programa, su improvisa-
»do «número» fué el que tuvo más éxito, un éxito
»loco, sin precedentes.

»Pasado el primer momento de general estupe-
»facción, estalló la homérica carcajada: «¡ El se-
»ñor Lanter! »... «¡ Don Eduardo! »... «¡ Viva don
»Eduardo! »... gritaron cientos de bocas. Y se ar-
»mó la mayor marimorena que registran los anales
»de los cafés-conciertos... El público reía, gritaba,
»pataleaba, insultaba, silbaba... ¡ Y la *chanteuse*
»seguía sonriendo zafadamente, con su latiguillo
»y con su «¡ hop! ¡ hop! » detrás del «señor Lan-
»ter», detrás de «don Eduardo»!

»El entusiasmo del público rayó entonces en de-
»lirio. Y volaron vasos, botellas, sillas, sombreros,
»bastones... ¡ Parece que un hércules de chamber-
»go llegó hasta arrojar al escenario una de las ca-
»mareras, muchacha bajita y regordeta, como si
»fuera un vaso ó una silla, y que, por suerte, el
»empresario mismo la abarajó en sus brazos!

»... Tres días después de ese «debut» improvi-
»sado é inconsciente, Eduardo Lanter, se desce-

»rajaba un tiro de pistola en la sien derecha y caía
»envuelto en sangre á los pies de la *chanteuse*, en
»su propio dormitorio. Muy oportunamente avisa-
»da, tal vez por sus propios presentimientos, ocu-
»rrió Sofía... Halláronse frente á frente con el sui-
»cida de por medio, las dos rivales.... Y la *chanteu-*
»se tuvo todavía el macabro cinismo de decirle á
»la señora :

—»¡ Ahí tienes á tu tesoro !... ¡ Puedes llevárte-
»lo para ahorrar trabajo á mi basurero !...

»El suicida no estaba muerto. Sofía le hizo trans-
»portar á su casa y buenos médicos le curaron. La
»bala, que no le quitara la vida, habíale arranca-
»do los dos ojos, dejándolo ciego para siempre.

»Todo el mundo creyó fueran el amor y la com-
»pasión los sentimientos que impulsaran á Sofía
»á atender á su marido... Y la mujer engañó una
»vez más al mundo. Su pasión dominante, su pa-
»sion insaciable era ahora el odio. ¡ Habíale sona-
»do la hora de la venganza !

»¡ Y cuan horrible fué su venganza, cuan horri-
»ble ! Tuvo ella el difícil arte de los verdugos ciru-
»janos de la antigua China, que convertían á un
»hombre, sin matarle, en una masa informe, pal-

»pitante y sangrienta. ¡Y todavía es más intenso
»tal vez el suplicio que sufre Eduardo Lanter!...

»Ciego y domado, está sometido á la constante
»acción de su mujer, y su mujer no vive más que
»para su venganza. ¿crecrán ustedes que el desqui-
»te de Sofía se reduce á agraviarlo y maltratar-
»lo?... ¡Pues nada de eso! Y ahí está precisamen-
»te el intelectual refinamiento del suplicio que su-
»fre ese cadáver andante... ¡Sofía se ha hecho
»amar de su marido! Teniéndole constantemen-
»te á su lado, ella es la única mujer que él trata.
»Y ella, con su voz metálica y sus maneras gatu-
»nas, ha despertado en el cálido temperamento de
»Lanter una pasión mucho más violenta aún que
»la inspirada por la *chanteuse*. A pesar de su as-
»pecto de anciano, Lanter no pasa de cuarenta y
»seis ó cuarenta y siete años de edad.. En su in-
»terior es un joven lleno de fuego, ¡un joven que
»tiene en el pecho una hoguera infernal!

»Más fría que el mármol, su mujer no le permi-
»te que le bese ni la punta de los dedos. Y provo-
»cándolo, y exasperándolo, incitándolo con aten-
»ciones y reproches cariñosos, está junto á él en
»todos los momentos, de día y de noche... Cuando

»el ciego, en su paroxismo de amor y de rabia se
»lanza sobre ella como una fiera, ella se escurre
»y él se golpea contra los muros... Entonces acu-
»de un guardián que Sofía tiene siempre cerca.
»Este guardián la ha salvado más de una vez de
»las manos rígidas y crispadas del inválido. Por-
»que, sin duda en la voluptuosidad de su larga y
»sabia acción suplicadora, ella arriesga á cada ins-
»tante su propia vida...»

VI

La narración del médico dejó en el ánimo de sus amigos el amargo sabor de una fruta venenosa. Apenas si Balbes se atrevió á objetar, diciendo :

—Más despreciable y perverso que ella me parece él...

—Distingamos—repuso Murriondo.—Más «despreciable» es, sin duda, el misérrimo calavera que imploraba de rodillas ante la *chanteuse*, que su

honesto y soberbia esposa. Pero no más «perverso». Sólo una mujer es capaz de vengarse como Sofía. ¡Con razón llama Michelet á los pueblos decadentes y cobardes, á los pueblos perversos, «pueblos-mujeres»!... La hombría es la fuerza, y la fuerza es generosidad.

Después de una pausa, Balbes dijo :

—Su disertación sobre el «odio» conyugal, Muñondo, es interesante. Mas presentar al odio conyugal femenino como tipo de los sentimientos de la mujer, me parece una paradoja mayor que mi referencia á las madrastras. ¡Me parece una verdadera monstruosidad! Confieso que hasta he dudado mucho de que tal pasión exista, salvo en uno u otro caso patológico...

—No puede dudarse de que esa pasión existe—afirmó concisamente Fantus.—Yo la he observado ya en los pleitos de divorcio. En diez de estos pleitos, siempre hay unos cinco ó seis casos de recíproco odio de los cónyuges.

—Pero no desconocerá usted, Fantus—dijo Balbes,—que en la mayor parte de los divorcios la culpa es del marido...

—Judicialmente, así parece—repuso Fantus.—

Acaso hasta moralmente lo sea así... No obstante, es de recordarse que el cónyuge que tiene la culpa y la responsabilidad no es casi nunca el verdadero iniciador y promotor... ¡Cuántas veces la perfidia femenina exaspera y enloquece al marido, provocándole actos decisivos!...

—Otra vez me veo precisado á interrumpir—exclamó Murriondo.—para decirles que lo que ustedes llaman jurídica y literariamente la «culpa» es casi siempre la enfermedad. Es la neurosis, la enfermedad moderna por excelencia. Los esposos sanos rara vez se divorcian.

«Y nada más difícil que determinar con un criterio ético—continuó Murriondo,—cuando un matrimonio neurótico se divorcia, que cuál de las dos partes tiene la «culpa». Las dos partes tienen generalmente la «culpa». El marido fastidia y hastía á su mujer con sus arrebatos y constantes cambios de humor. La mujer, cada vez más cansada, va cobrándole repulsión... Los altercados se suceden cotidianamente... El odio recíproco nace. y en la mujer, la más débil y humillada de ambas partes, antes acaso que en el marido... Entonces es cuando

ella opone, contra la brutalidad masculina, la femenina perfidia... Tal es el proceso.

«Si en este proceso consideramos la culpa desde el punto de vista de la iniciación del malentendido conyugal, el marido es el culpable. Si la consideramos desde el punto de vista de la clara conciencia de los actos, la mujer es la culpable... Y si, más psicológica que moralmente, investigamos la personalidad afectiva de los cónyuges, no ya uno respecto del otro, sino respecto de las demás personas, parientes, amigos y extraños, hallaremos que el marido es más capaz de afectos... En general, el hombre es más sensible, la mujer más irritable... Los histéricos son en gran mayoría hipersensibles; las histéricas suelen tener como anestesada su capacidad afectiva... No hay que creer en sus ataques de nervios, sus lágrimas, sus escenas... Cuanto menos siente una mujer, más irritable se muestra. Sus sentimientos están en la epidermis, su corazón es lógico y frío.

...En síntesis biológica, mis opiniones de psicología sexual podrían reducirse á pocas palabras... Por herencia y organización fisiológica, en la mujer priman tres condiciones: espíritu de con-

servación, irritabilidad y aptitud para el fraude. Al hombre corresponderían las opuestas cualidades de espíritu de evolución, sensibilidad y sinceridad...

—Conocíamos estas opiniones por sus obras—dijo Balbes al médico.—Tal vez tengan su partícula de verdad. Al leerlas, interesan sobremanera... No obstante, como todas las generalizaciones psicológicas, tienen tanto de literato como de científico... Y aunque fueran del todo científicas, difícilmente cambiarían nuestros criterios... Así como en amor, cuanto más se habla del alma, mayor parte tiene el cuerpo, en nuestros juicios sobre las mujeres, cuanto más se invoca la ciencia, más habla el corazón.

Fantus observó, siempre implacable :

—En los hombres habla el corazón, en las mujeres el estómago.

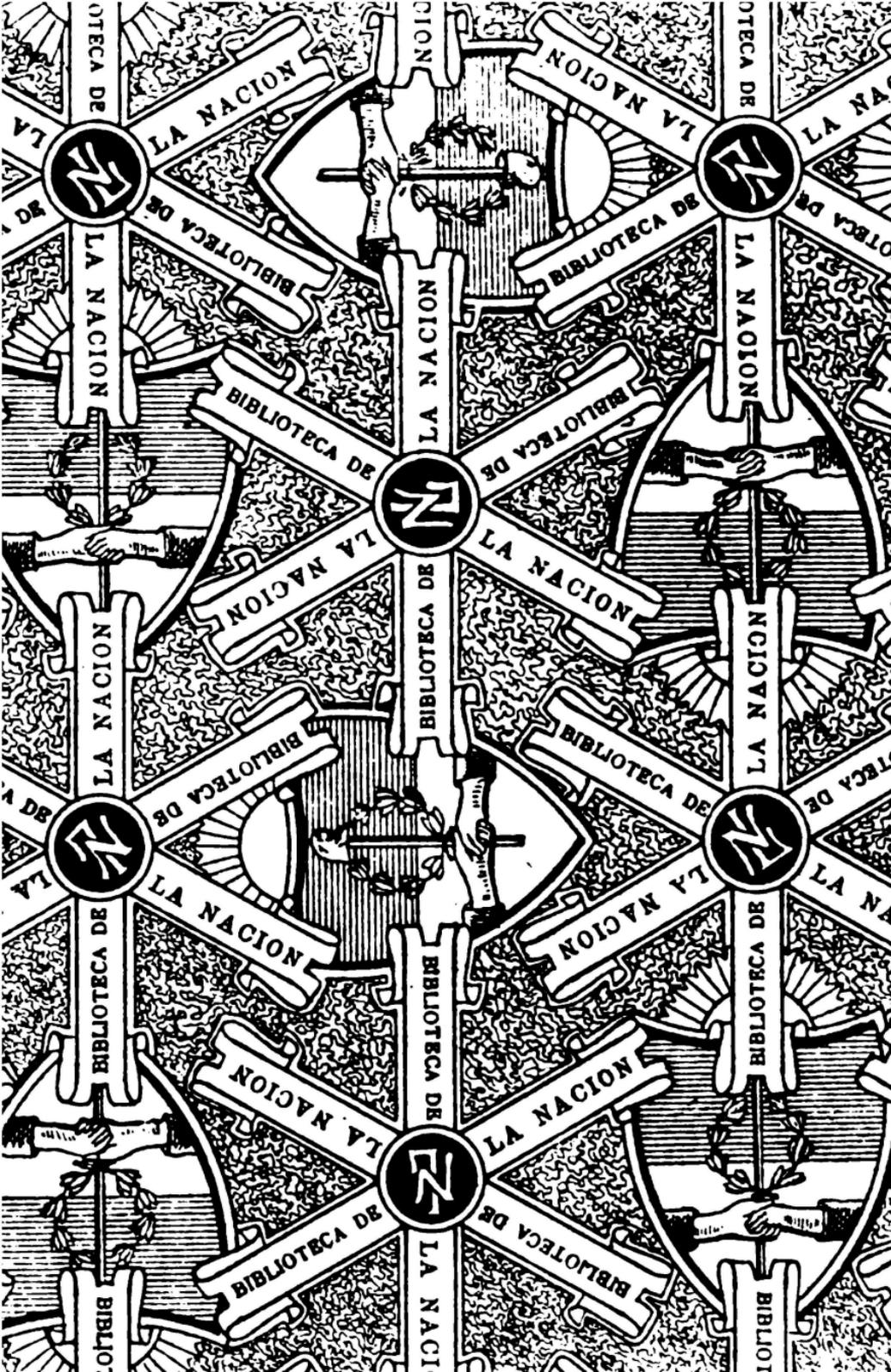
Y Murrión dijo :

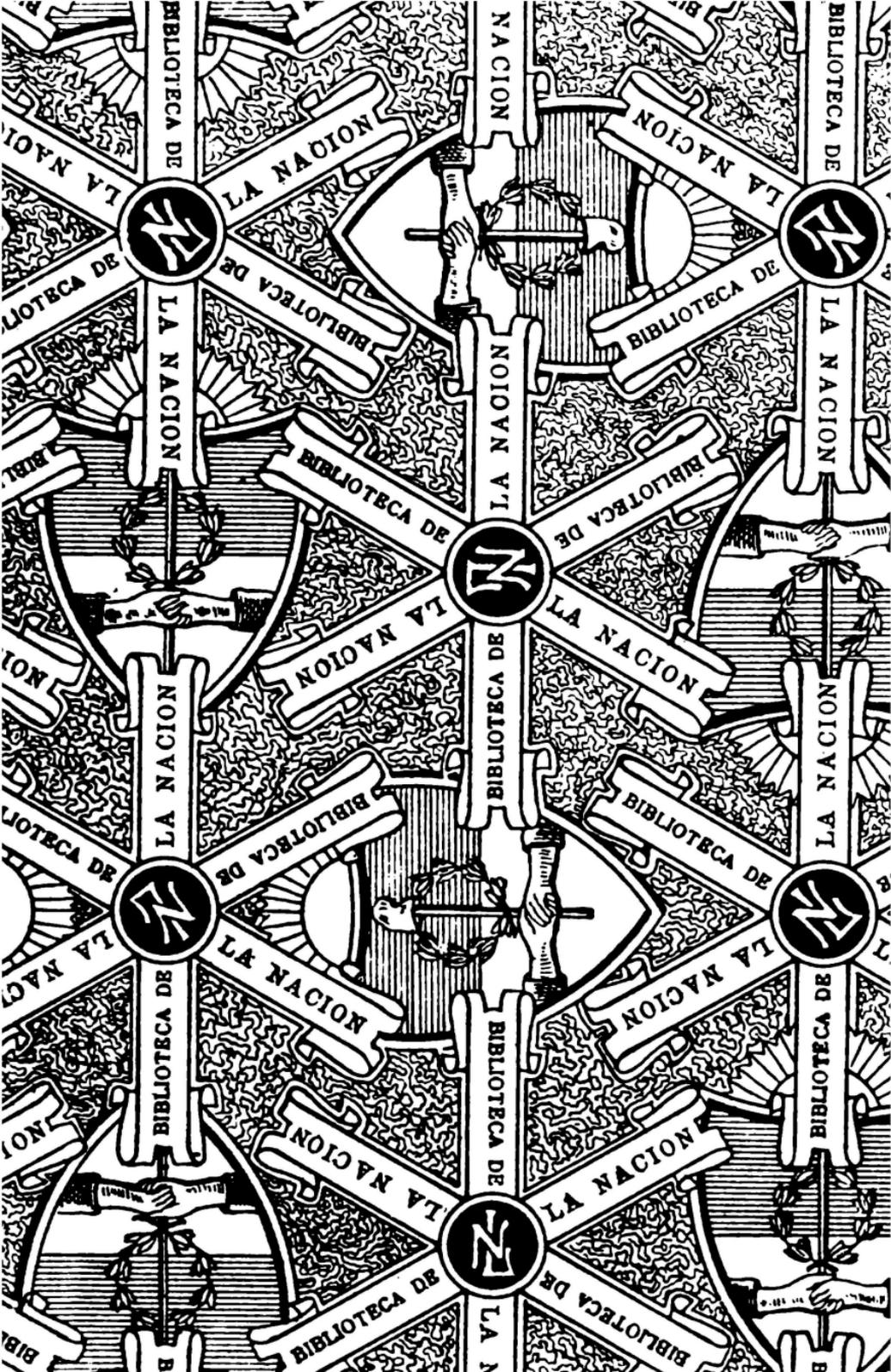
—Entonces, ¿qué objeto tiene la inteligencia?

Balbes repuso :

—La inteligencia es la sombra del viajero. No lo guía, lo sigue...

FIN





1842

1843

1844

1845

1846

1847

1848

1849

1850

1851

1852

1853

1854

1855

1856

1857

1858

1859

1860

1861

1862

1863

1864

1865

1866

1867

1868

1869

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900